



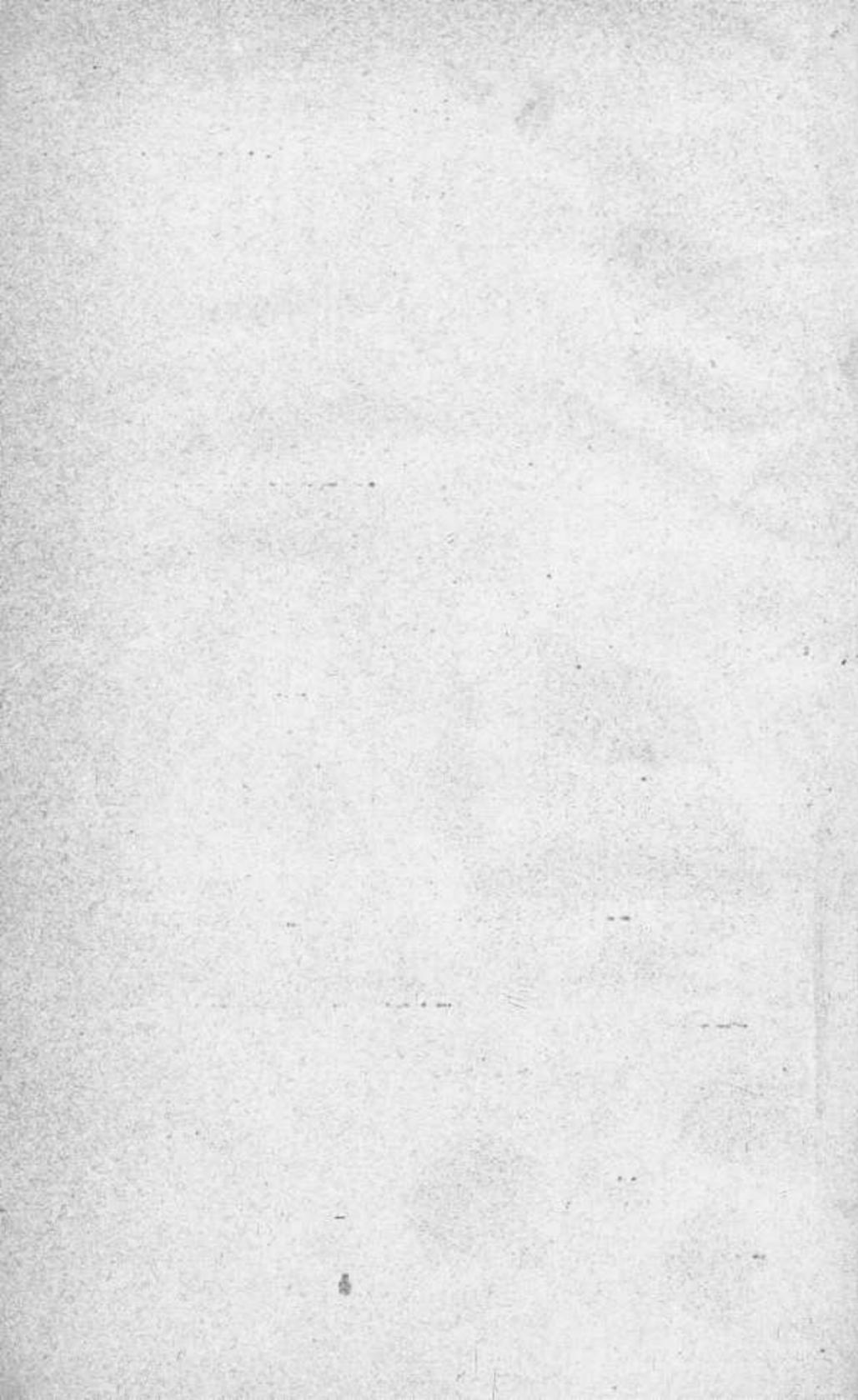
PRIMORES

Alma Torera

CUENTOS TAURINOS

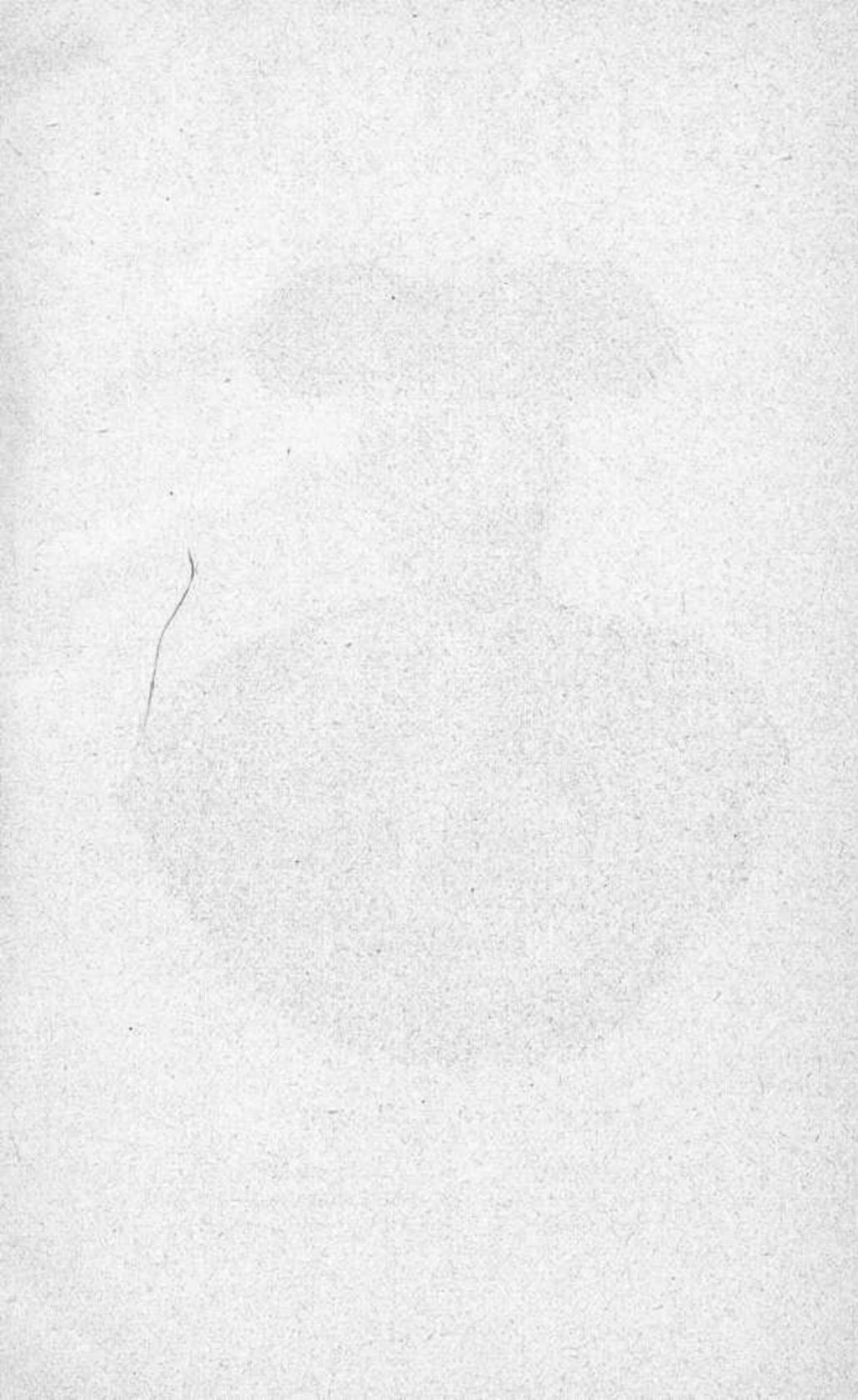


Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166 y 168.—BARCELONA



ALMA TORERA







EMILIO TORRES (BOMBITA)

dy

ALMA TORERA

(CUENTOS TAURINOS)

POR

F. CABAÑAS VENTURA

(PRIMORES)



A large, stylized handwritten signature in dark ink, located to the right of the floral ornament.

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Mallorca, 166



BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Cuyo, 1057 al 1065

1911



ES PROPIEDAD DE LA
CASA EDITORIAL MAUCCI
DE BARCELONA

(Compuesto en máquina «Typograph»)

El Vaquerillo

I

El simpático niño de la sonrisa eterna, como dieron en llamar todos los cornígrafos, desde que uno de éstos inventó la frase, al lidiador de toros Emilio Torres (*Bombita*), y sus hermanos Ricardo y Manuel, cuando éste último no se había dedicado todavía á la arriesgada profesión de la tauromaquia, habían acudido, invitados por los dueños de la dehesa del Tamujal, á la curiosa operación de la tienta de novillos que aquel día se celebraba en la hermosa finca.

Con los hermanos «Bombita» habían llegado además buen número de aficionados al toreo, y la dehesa del Tamujal veíase por todas partes llena de pisadas, entre las que un observador curioso hubiera distinguido las huellas de algunos pies chiquitines, lo que quiere decir que, atraídas por la novedad habían ido á presenciar la fiesta no pocas señoras y señoritas aristocráticas con la esperanza de divertirse.

Era la primera vez que en el Tamujal se celebraba esta operación, y los dueños habíanse mostrado rumbosos, obsequiando á todos los amigos, y á otras muchas personas que, sin serlo, podían contribuir con su presencia al esplendor de la fiesta.

Todos los mozos de labranza que en el cortijo había, abandonaron sus aperos, para dedicarse al servicio de los señores, y movíanse bulliciosos de una parte á otra, satisfechos de la ocurrencia del amo.

El dueño del Tamujal era un señor inmensamente rico, que sólo por su riqueza, había llegado á ser elegido diputado durante unas cuantas legislaturas consecutivas, y por la misma razón no había tenido inconveniente en ceder á los deseos de su único hijo, cuando éste le manifestó que quería poseer una ganadería de reses bravas.

Don Julián, que tal era el nombre del propietario de la finca, había comprado varias puntas de ganaderías, y, por consejo de su hijo Telesforo, había hecho sacrificar los machos, quedándose solamente con las vacas, para las que adquirió á buen precio dos bravos sementales. Con estos elementos confiados á la dirección de un entendido mayoral, había comenzado la formación de aquella ganadería, cuya primera tiente iba á verificarse, en medio del mayor entusiasmo.

Los mozos de la finca y los de otros muchos cortijos próximos, también de la propiedad del mismo don Julián, estaban muy gozosos por la ocasión de holgar que aquella «festijorra» les proporcio-

naba. El único que no parecía tomar parte en la alegría general era Ambrosio, un zagal de dieciocho años, fuerte y robusto, que desde muy pequeño andaba en el Tamujal al cuidado de las vacas de leche, y que por su seriedad y buen juicio habíase hecho acreedor á las distinciones y cariño de cuantos le trataban.

Ambrosio habíase criado en el Tamujal, ó poco menos, porque, aun siendo todavía muy joven, llevaba once años sin salir de la finca, á donde lo condujo un hermano de su padre, al quedarse el chico huérfano, y de la finca no había vuelto á salir.

Sin parientes que lo quisieran, y sin dinero para distraerse, ¿á qué había de ir Ambrosio á la ciudad, los días de ~~la~~ sueto, si en la ciudad no había cosa ni persona alguna que reclamase su cuidado ni atención? Que se divirtieran los demás, que él bastante diversión tenía con andar detrás de las reses desde el amanecer hasta la noche.

Y así, libre de preocupaciones y graves cuidados, creció Ambrosio el vaquerillo en la dehesa del Tamujal, conquistándose las simpatías de cuantos lo trataban, y siendo considerado como el Benjamín de aquel centenar de braceros que labraban y cuidaban la finca.

El mismo don Julián y Telesforo, su hijo, lo distinguían mucho cada vez que iban á la dehesa, y la señorita Consuelo, una rubia más bonita que un sol, que estaba para casarse con Telesforo, habíase dignado bailar con el vaquerillo en la cocina del cortijo, una vez que entró en ella en ocasión de hallarse divirtiéndose todos los mozos.

Ambrosio, que desde hacía algunos meses, había perdido su natural alegría y su característico buen humor, traía muy preocupados á toda la gente del Tamujal, que no acertaba á comprender la razón de aquel cambio tan notable del vaquerillo.

—¿Estás enamorao, chiquillo?—preguntóle en cierta ocasión el aperador, que era un anciano bondadoso que deliraba por el zagal.

—¡Enamorarme yo! ¿De quién, si las mozas no vienen á verme á la jesa, y yo no salgo de la jesa pa buscarlas?

—Qué se yo de quien estarás tú enamorao; pero me barrunto que ninguna cosa más que algún querer mal correspondió es lo que se come el coló de tu cara, y lo que te tiene flaco y paliúcho, Dímelo, hijo mío; dime qué pena te atosiga, que ya verás cómo yo te curo.

—¡Pero si yo no tengo penas, señó Pedro!

—No debías tenerlas; pero las tienes. A mí no me engañas tú, porque soy viejo, y he aprendío muchas cosas, y naide me la dá. De modo y manera que ya estás desembuchando, á ver si te puedo aliviar esa pasión de ánimo que te consume.

—Está usté equivocao, señó Pedro; no tengo pasión de ánimo, ni me atosiga ninguna dolencia.

—No seas simplón, ni vengas con pamplinas.. Te quiero como á un hijo, me da pena de verte tan acabao, y es necesario que me cuentes lo que te pasa á ver si la cosa tiene remedio.

—Pero si...—balbuceó el mozo.

—O me hablas con franqueza, ó no vuelvo á mirarte. Dime: ¿quién es la rapaza que te está consumiendo? ¿Alguna mocosa desastrá?

—¡Desastrá no, señó Pedro! Desastrá, no.

—¿Ves como estás enamorao? Pues no te apures, que si la moza es lo que tu te mereces, yo mismo hablaré á sus parientes pa que no pongan reparos al casorio.

—Usté no tiene poer pa tanto, ni yo me hago ilusiones. Cá oveja con su pareja, señó Pedro.

—¿Tan alta está esa rapaza?

—Muy alta, si señó.

—Más alto está el sol, y llega hasta nosotros.

—Mos calienta; pero no se deja coger.

—En fin, ¿quieres ó no decirme quién es la zagala que así te trae de entontecío y quejumbrón?

—Naide lo sabrá nunca, porque no se me antoja que de mí se rían, y no faltarían motivos, si se supiera.

—Pué ser, pué ser que yo lo averigüe.

Y dando por terminada la conversación, separóse de Ambrosio el señor Pedro, quien inútilmente trató de averiguar lo que tan cuidadosamente ocultaba el mozo.

Esto aumentó las simpatías que el vaquerillo inspiraba á todos en la dehesa, y todos se desvivían por distraerlo y alegrarlo. Hasta don Julián, á quien el aperador había puesto en antecedentes, trató de consolar al muchacho, sin conseguirlo.

No era extraño, pues, que Ambrosio, el día de la tiente no mostrase gran alborozo ni participase de la alegría general, al menos en apariencia; pero, gustosísimo, acudió á servir á los señores, solicitando él mismo esta distinción, después de confiar la custodia de las vacas al hatero.

El mozo mostraba aquel día, como siempre, la melancolía y tedio que tan simpático lo hacían, la misma palidez en su semblante, igual vaguedad en su mirada; pero cualquier espíritu observador hubiera advertido en los ojos del mancebo algo así como llamaradas de placer y anhelos de vida, que de vez en cuando le subían del alma, envolviendo todo su ser en una aureola de felicidad transitoria, que, mientras duraba, le permitía sonreír. Eran sensaciones bien extrañas las que experimentaba Ambrosio, algo parecido al tenue resplandor de los fuegos fatuos que el aire trae y el aire se los lleva.

Las emociones del vaquerillo pasaban desapercibidas para todos, excepto para la señorita Consuelo, que lo observaba más atentamente, y que lo había sorprendido en más de una ocasión embelesado contemplándola.

—Dicen que estás enamorado, Ambrosio—exclamó la señorita Consuelo, sacando al vaquerillo del éxtasis con que la contemplaba.

—Se dicen muchas cosas, señorita.

—¿No es verdad?

—No lo sé á punto fijo, porque ignoro qué cosa es el amor.

—¿De veras te sucede eso?

—No sé mentir, y si tuviera esa fea costumbre, no podría engañarla cuando la señorita me pregunta.

—Ya sabemos que eres muy virtuoso. Pero dime: ¿no amas á ninguna mujer, no la quieres?

—Eso sí, señorita. Quiero con toda mi alma á una mujer, que más que mujer se me antoja un

querubín que Dios ha mandado del Cielo para hacerme un hombre honrado.

—Explícame eso, porque es cosa muy interesante.

—Es muy sencillo. Desde que el sol viene conmigo todas las mañanas á ayudarme á sacar del tinaón las reses, hasta que me deja camino de la choza por las tardes, ni tengo otros pesares más que los que ese ángel del Cielo me inspira ni van encaminados mis sentires más que á su persona, y como jamás he de llegar á ella, porque está muy alta, hago cuanto puedo por acercarme, á ver si me abrasa la luz de sus ojos, que es la única luz que alumbra mi vida.

—¿Cómo no le dices á ella lo que me estás contando á mí?

—Porque no me escucharía si se lo dijese, y porque mi cariño no necesita correspondencia.

—Bueno, pues si algún día logras conquistar el corazón de ese querubín—dijo la señorita Consuelo, riéndose,—y te casas, avísame, para que te haga un buen regalo.

—Gracias; pero ese día no llegará nunca.

Y alejóse la señorita Consuelo, dejando al vaquerillo sumamente preocupado.

Llegada la hora, y después de haber avisado el mayoral que los novillos estaban encerrados en la corralada que juntamente con una pequeña plaza se había construído al efecto, todos salieron presurosos en dirección al lugar donde la tiesta había de verificarse.

II

Las señoras y señoritas, invitadas al acto, habíanse colocado en una especie de plataforma que se había levantado con palos y maderas sobre los últimos peldaños de la gradería de la plaza.

Los señores y los mozos que no tenían que intervenir directamente en la operación, ocupaban el tendido, y los hermanos Bombita, don Julián, Telesforo, algunos aficionados y aspirantes á toreros que sin invitación alguna habían acudido á la finca, el picador que había de probar la bravura de las reses, y algún otro atrevido más, estaban en el ruedo.

Ambrosio se había encargado de abrir la puerta de la corralada donde se hallaban encerrados los novillos, precisamente frente al sitio donde se había levantado la plataforma para las señoras.

Don Julián había tenido el buen acierto de llevar algunos mazos de cigarros puros, que distribuyó entre los mozos, á quienes había obsequiado también con algunos tragos de vino, y todos estaban satisfechos y alegres.

Emilio Torres, el primero de los diestros de la dinastía de los «Bombita», de Tomares, ha-

bíbase encargado de dirigir la operación, y Telesforo, á cuyo nombre se puso la flamante ganadería, llevaba el libro de la tienta, que comenzó bajo los mejores auspicios, puesto que las primeras reses que se probaron fueron declaradas buenas para la lidia por haber tomado muchas puyas.

La operación era divertidísima, porque no faltaron revolcones, y ante alguno que otro novillejo los hermanos Bombita lucieron su habilidad y su arte profesional con gran regocijo de la concurrencia.

Cuando ya se habían tentado más de veinte reses, y algunos de los aficionados que andaban por el ruedo, se habían cansado de la faena, Telesforo entregó el libro á don Julián para que éste continuara tomando notas, y cogió un capote, deseoso de mostrar su valor ante su prometida, la señorita Consuelo.

La concurrencia aplaudió la decisión de Telesforo, que en su vida las había visto más gordas, mientras don Julián intentaba disuadir á su hijo de semejante empeño.

El novillo que entonces estaba en el ruedo era de los más bravos, y Telesforo, confiando en la pericia de los demás, más que en la suya propia, atrevióse á tender el capote á respetable distancia del cornúpeto. Envalentonóse Telesforo, al ver que el novillo no le hacía caso, y acercóse más, extendiendo entonces el brazo para acariciar el testuz del cuadrúpedo, que al ser provocado tan arrogantemente, quiso castigar la osadía del temerario.

Telesforo fué derribado y corneado por el bicho ;

Bombita acudió presuroso á separar al cornúpeto que, furioso continuaba dando derrotes á Telesforo, y la señorita Consuelo, al ver tan comprometida la situación de su novio comenzó á gritar desesperada..

Ambrosio, que apenas atendía á lo que en el ruedo pasaba, cuidándose sólo de mirar á la señorita Consuelo, al ver que ésta palidecía y oír sus gritos de angustia, abandonó su puesto, y velocísimo saltó al redondel, arrojándose entre Telesforo y el cornúpeto para librar al primero de las acometidas de este.

Bombita separó, al fin, al bicho de Telesforo y de Ambrosio, coleándolo, y cuando los dos jóvenes fueron levantados del suelo por los mozos que en su auxilio acudieron, vióse que el primero tenía el cuerpo lleno de varetazos y una pequeña herida, que no le obligaba á guardar cama. Ambrosio, en cambio, sufrió la ruptura de una pierna.

La tiente dióse aquel día por terminada, y el joven vaquerillo fué objeto del cuidado y atenciones de todos, trasladándosele á una de las alcobas de los señores, para que nada le faltase.

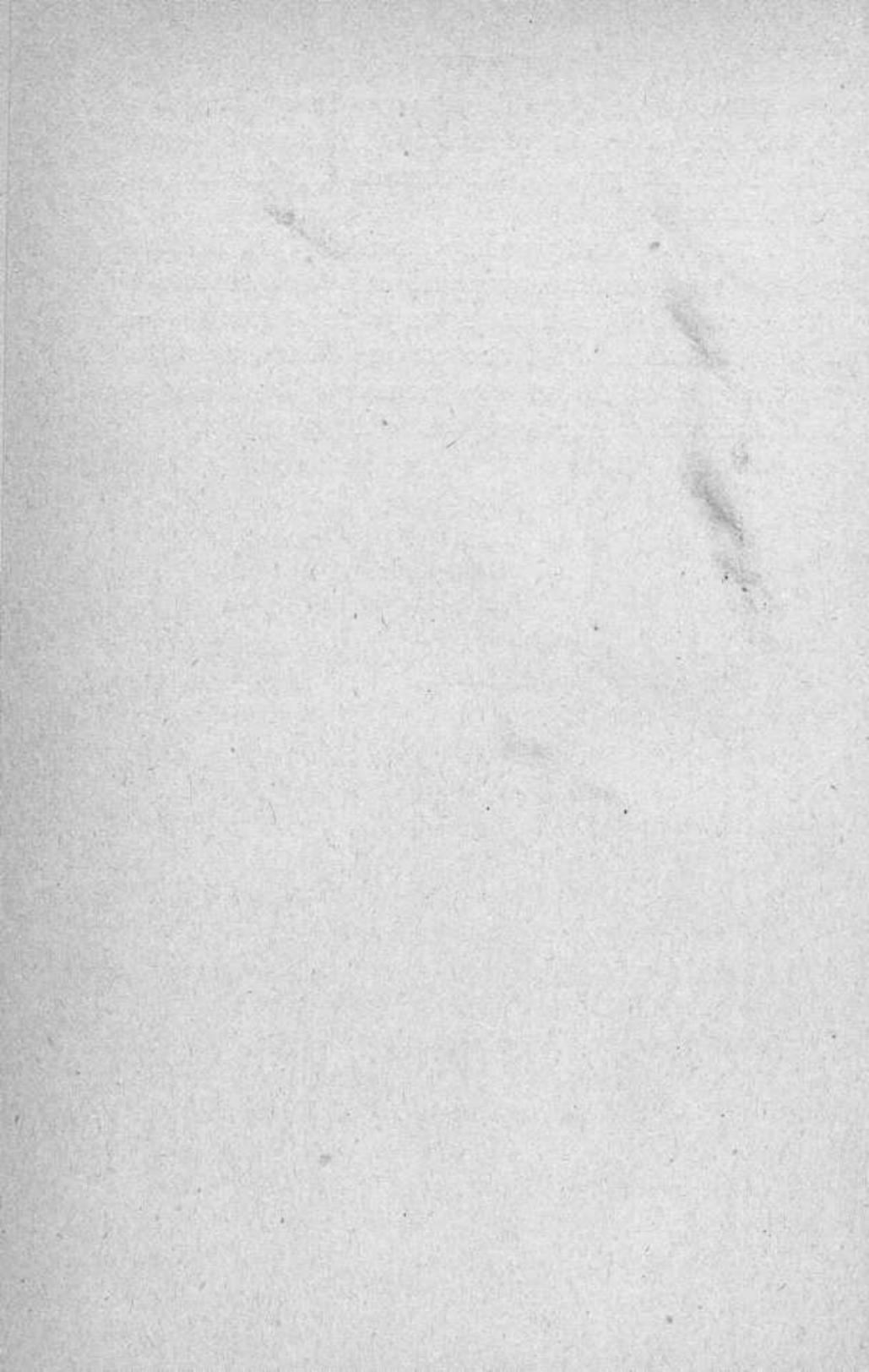
La señorita Consuelo visitó al vaquerillo, como lo habían hecho las demás señoras, y al preguntarle si sufría mucho, Ambrosio, con apresuramiento y alegría contestó: No sufro, señorita; no me duele na, estoy muy contento.

—¿Contento, por estar en la cama con una pierna rota?

—Muy contento, porque mi pierna no vale un momento de tranquilidad de la señorita.—Cuando el señorito Telesforo fué cogido, la señorita se asus-

tó mucho, y pa que el susto se le quitara me pronto, me tiré á la plaza pa que el novillo me cornease á mí y no á la persona á quien quiere la señorita.

—Tienes un corazón muy grande. ¡Qué lástima que no te llames más que Ambrosio y no seas más que vaquero! ¡Qué lástima que yo sea quien soy!— dijo separándose del lecho en que el rapaz estaba postrado, mientras se enjugaba una lágrima que furtiva deslizábase por su rostro de querubín.





La muerte de Ginesillo

I

Hacia ya «la mar» de tiempo, que Ana María y Ginesillo habían «tarifado».

¿Por qué? Ellos mismos no podían asegurarlo.

Lo cierto fué que una tarde, cuando Ginesillo se presentó en casa de Ana María, ésta se encontraba ausente, y el muchacho, interpretando mal aquella ausencia, dióse por ofendido y no volvió.

Ana María, que estaba muy hecha á los injustificados berrinches de su amante, no se alarmó por tan poca cosa, y esperó á que volviese. Suponía que, como siempre había ocurrido, no había de tardar, y no intentó buscarlo.

Pero Ginesillo, que, cansado de ceder y de quebrar de su derecho, había hecho propósito de no dejarse dominar tanto como hasta entonces, esperaba inútilmente que Ana María lo buscara, y el uno por la otra, y la otra por el uno, deseán-

dolo ambos ardientemente, ninguno se movía para procurar la reconciliación.

Ana María, que era una muchacha jerezana, menudita de cuerpo, pero con un corazón muy grande, que conocía mucho mejor que el más profundo psicólogo, los misteriosos arcanos del alma humana, había logrado dominar tanto al pobre Ginesillo, que éste no sabía ver más que por los ojos de su amada.

Ana María no era precisamente una divinidad; pero tan graciosa é interesante era su carita pálida y alegre, que le bastaba proponérselo, para trastornar el juicio del hombre más avisado y menos impresionable.

Ginesillo, por su parte, no desconocía en absoluto los secretos del arte que para arrebatarse y seducir suelen poner en práctica las mujeres de mundo, porque desde bien pequeño había mostrado excesiva y casi punible afición á las hembras, frecuentando los lupanares donde pasaba semanas enteras en vergonzosa orgía.

Tenía suficiente criterio Ginesillo para no dejarse embaucar por los cantos de sirena que en su loor entonaban las sacerdotisas de Venus, y creía ser inmune á los arrebatos ciegos de una pasión insensata; pero, como el hombre propone y Dios dispone, Ginesillo fué víctima, al fin, de su erotismo, y aquellos amoríos prosaicos que empezó por pasatiempo, dieron al traste con las resoluciones del mozo que, una semana después de haber entablado su comercio carnal con Ana María, se hallaba «espiritualizado» completamente.

Ana María sabía llorar oportunamente, y Gi-

nesillo que, aunque voluble y tornadizo, era profundamente impresionable, concluyó por adorarla con la misma fe y veneración con que el fanático adora á Dios.

Por ella, por estar á su lado, por aspirar su aliento y embriagarse con los arrebatos de su voluptuosidad, Ginesillo olvidóse de sus más sagrados deberes, dedicaba todos los instantes de su vida á pensar en ella, y le asustaba la idea de una posible ruptura.

No fué, por consiguiente, raro, que el mozo gastase en breve tiempo el pequeño capital de que disponía, y que la escasez comenzase á hacerle á Ana María menos simpática y atrayente la persona de Ginesillo.

Ella estaba acostumbrada á gastar, á tirar mucho dinero; había arruinado á muchos, después de enloquecerlos, y no podía vivir sin el boato y el lujo, de que sus amantes la habían rodeado. Por esta causa, cuando Ginesillo no pudo entregarle cuanto para sus trajes costosos y sus fiestas favoritas ella necesitaba, vendióse nuevamente á otro amante.

Ginesillo creyó volverse loco; pero ¡la amaba tanto! que transigió con ello, por no perderla completamente, y desde entonces veíanse ambos amantes durante una sola hora cada día.

No se le ocultaba á Ginesillo lo poco airoso de su situación; y cuando trataba de poner término á ella, le faltaba el valor necesario, y vivía muriendo en medio de las mayores torturas. Ana María tampoco creía conveniente á sus intereses el sostener relaciones que ningún provecho ma-

terial le reportaban, y podían comprometer su situación si llegaba á enterarse su amante último, con quien no le convenía en modo alguno terminar, puesto que era quien satisfacía sus gastos.

Ana María, sin embargo, profesaba á Ginesillo todo el afecto que una mujer de su condición puede sentir por un hombre, y como Ginesillo se moría de amor y ella no estaba acostumbrada á sufrir contrariedades, no quería privarse de aquel elemento de apoyo, que, cuando la situación variase, podía serle nuevamente provechoso.

Además á Ana María no se le ocultaba que alguna vez había de llegar el momento en que su persona no fuese apetecible, y para cuando este momento llegase quería contar con la ayuda de Ginesillo, que mil veces le había jurado que jamás la abandonaría.

Pero, por grande que fuese el amor de Ginesillo, como éste no veía en Ana María la debida correspondencia, comenzó á sufrir gran quebranto, y aquella tarde en que ella había faltado á la cita, juró no volver á verla si ella no iba en su busca.

Ana María confiando en la locura de Ginesillo, y Ginesillo esperando inútilmente que ella lo buscase, dejaron transcurrir el tiempo, terminando así aquellos amores, que habían arruinado á Ginesillo y le habían sorbido el seso.

II

Joaquín Navarro «Quinito» y Nicanor Villa «Villita» eran los dos espadas que alternaban en una de las corridas del primer abono, en la plaza de Madrid, el mismo año y tres meses después de la ruptura de relaciones de Ginesillo y Ana María.

La tarde era espléndida, y la plaza estaba rebotando. En los palcos, en las gradas y en todas las localidades muchas mujeres hermosas realzaban la fiesta con sus encantos, luciendo la airosa y clásica mantilla.

Ana María lujosamente ataviada, y recostándose indolentemente sobre su amante último, iba, por la calle de Alcalá, en un coche en dirección á la plaza de toros, media hora antes de que empezase la corrida.

Ginesillo, cediendo á los deseos de un amigo que lo había invitado y tratando de hallar, en la diversión, alivio á su constante melancolía, iba también á la plaza, á pié.

Miraba distraídamente, Ginesillo, á los aficionados que bulliciosos y alegres iban á la fiesta, cuando su desgracia quiso que acertase á pasar

por su lado el coche en que Ana María, más bella é interesante que nunca, subía por la calle de Alcalá, y una oleada de fuego azotó el rostro del joven, coloreando sus pálidas mejillas. Sin dar un paso, quiso gritar, y su lengua permaneció muda, viendo con ojos espantados cómo se alejaba Ana María sonriente y satisfecha con su nuevo amante sin compadecerse del desgraciado, cuya alma envenenaba tan cínicamente.

Ginesillo hizo un esfuerzo supremo de voluntad, y después de un instante de vacilación, logró reponerse, y fingiendo una sonrisa prosiguió su camino lentamente llegando á la plaza de toros momentos antes de comenzar la fiesta.

Divirtiése el público con los variados y emocionantes lances de la lidia, de la que «Quinito» y «Villita», afortunados unas veces y desgraciados otras, procuraban quedar lo mejor parados que sus conocimientos taurinos les permitían, mientras Gnesillo, nervioso y excitado, miraba á todos lados menos á la arena, volviendo la vista en todas direcciones para buscar entre los millares de espectadores la simpática é interesante figura de aquella mujer, malvada y perjura, que lo había hecho desgraciado.

Al fin, cuando ya se «jugaba» el tercer toro, logró verla allá, muy alta, con su amante al lado, llamando la atención de los menos entusiastas por la fiesta, que en vez de mirar al ruedo, distraíanse contemplando el busto gentil de la voluble jerezana, aquel cuerpo menudito é interesante que había trastornado la razón de Ginesillo.

El tercer toro de la corrida, que correspondía

estoquar á «Quinito», era un cornúpeto difícil, y los peones lo miraban con temor sin atreverse á lidiarlo como los cánones taurinos ordenan, y, llegada la hora de banderillearlo, el público pidió que se le pusieran rehiletos de fuego, conforme dispone el reglamento, cuando el bicho no ha tomado más de tres varas. Así lo ordenó el presidente, pero las banderillas ardían en manos de los peones, atronando el espacio con sus estampidos, y el toro no era castigado. El público comenzaba á inquietarse, revolviéndose furioso contra los toreros, cuando Ginesillo, que acababa de divisar en una de las localidades altas á su inolvidable Ana María, nervioso y agitado, sin darse cuenta de su acción, arrojóse al ruedo, y, sombrero en mano ante el palco presidencial, pidió autorización para banderillar aquel toro.

El Usía de tanda negóse á autorizar semejante desatino, y los guardias pretendieron detener al osado; pero el tiempo transcurría, el toro continuaba sin ser banderilleado, y Ginesillo volvió á saltar la barrera, solicitando permiso para hacer lo que la cuadrilla no hacía.

El público, deseando poner término á aquella situación, apoyó la pretensión del muchacho, y el presidente, para conjurar el conflicto, cedió á los deseos del público, concediendo al fin la autorización que se le pedía.

Veloz como un relámpago, y después de arrebatarse á uno de los banderilleros un par de rehiletos, dirigióse al toro y lo citó en forma, teniendo la fortuna de clavar ambos palos en su sitio, con

lo que entusiasmó á la concurrencia que tributó al improvisado torero una ovación frenética y entusiasta. El ruedo quedó alfombrado de flores, tabacos, sombrillas y sombreros, que el público arrojó al valiente Ginesillo, quien pudo observar que Ana María, quitándose del pecho un hermoso ramo de rosas blancas, lo arrojaba también á la arena.

Ginesillo cogió presuroso las rosas de Ana María, colocólas sobre su pecho, después de besarlas apasionadamente, y con otro par de banderillas en la mano volvió á colocarse frente al cornúpeto. La concurrencia continuaba aplaudiendo.

Pero, por desgracia, ya porque Ginesilla estuviese muy afectado, ya porque el toro, más avisado que la vez anterior, se saliera de la suerte, el improvisado banderillero fué cogido y corneado horrorosamente, manchando de sangre que brotaba de sus heridas las rosas blancas de Ana María, que sufrió un desmayo al presenciar la desgracia.

«Quinito» y «Villita» acudieron presurosos á auxiliar á Ginesillo, pero por pronto que separaron el toro, era ya tarde, porque Ginesillo estaba muerto.

El público se afectó mucho; pero aquellos espectadores, á quienes no había parecido bien la autorización presidencial concedida á un aficionado, promovieron un escándalo mayúsculo. La prensa de la noche, al dar cuenta del suceso, lo hizo en términos muy agresivos contra el Usía que presidió el espectáculo.



RICARDO TORRES (BOMBITA II)

El inanimado cuerpo de Ginesillo fué trasladado á la enfermería, donde los médicos certificaron su defunción.

III

Al día siguiente, una mujer joven y bella, envuelta en un amplísimo manto, se arrodillaba en el depósito judicial ante el cadáver de Ginesillo, que ostentaba aún sobre su pecho el ramo de rosas blancas, que había recogido de la arena.

Las rosas ya no eran blancas. Habían quedado teñidas con la roja sangre de Ginesillo.

Aquella mujer no era otra que Ana María, que arrepentida de su conducta iba al fin á buscar á su Ginesillo, cuando éste no podía ya devolverle aquellos besos vehementes que en algún tiempo lo hicieron estremecer de voluptuosidad.

Ana María lloró, por primera vez en su vida con sincera amargura, ante el inanimado cuerpo del mozo que más la había amado, y, al separarse

de él para siempre, juró ser fiel á su memoria.

Si los muertos pensaran en algo, Ginesillo seguiría pensando en la tumba en su adorada Ana María, su única y profunda pasión.

Venganza de Filigranas

I

... Y una mañana temprano, apenas la campana del asilo dió la señal para levantarse, Juan de Dios, que durante toda la noche no había podido cerrar los ojos, esperando con impaciencia la llegada del nuevo día, saltó del lecho, vistióse apresuradamente con asombro del capataz que casi siempre tenía que despertarlo á latigazos, y, escabulléndose de entre sus camaradas, veloz como una centella, salió al patio de aquel benéfico establecimiento con propósito de escalar la tapia, cosa que no pudo conseguir porque las paredes eran altísimas y sus fuerzas muy débiles.

No se acobardó por ello el joven asilado, limitándose por entonces á desistir temporalmente de su resolución, hasta que la fortuna pusiera en sus manos el medio de hacer la escapatoria.

Lo que es decidido, lo estaba; pero, para efectuar su proyecto, necesitaba meditarlo detenidamente,

porque no quería él que lo cogiesen «in fraganti» y le diesen una paliza, como la que se había ganado su compañero Enrique, á quien habían tenido una semana en el calabozo por intentar la fuga. Ya llegaría la ocasión; todo estaba en ser un poco atrevido, y no arriesgarse sin probabilidad de éxito. Estaba muy cansado de aquella vida y quería ser hombre, verse libre como los pájaros que á bandadas cruzaban el patio de aquel caserón donde Juan de Dios había crecido. El sabía que en Madrid vivían felices muchos niños sin padres, y trabajando podía ganar lo necesario para mantenerse.

Y como todo en la vida se consigue, cuando se tiene perseverancia y se buscan los medios de llegar al fin, Juan de Dios pudo evadirse del asilo, una tarde en que habiendo salido de paseo, el encargado de su custodia se distrajo.

¡Y poco contento que corría el hombrecito por las calles de la populosa urbe; al verse libre de aquella tutela á que la caridad oficial lo tenía confiado!

Corría, corría siempre, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia atrás para convencerse de que nadie iba en su busca, hasta que rendido y sudoroso cayó en la puerta de un templo, en donde se acurrucaban tres ó cuatro «gurriatos», temblando de frío.

Juan de Dios no sabía qué hora era; pero debía ser tarde, porque ya no transitaban tantas personas por las calles de la ciudad, y él estaba muy cansado del mucho andar.

No sabía adónde dirigirse; pero, como los pies

apenas podían sostenerle, y, al cesar en su carrera, el sudor empezaba á enfriársele en el cuerpo, tomó el partido de acurrucarse también junto á aquellos otros niños que descuidadamente dormían á la puerta del templo sin que nadie les molestara.

Y, aun con más comodidad que en su cama del asilo, durmióse Juan de Dios, sin que el frío ni el hambre fuesen obstáculo á su sosiego.

Al despertar estaba tiritando, pero una cabecita rubia y desgredada recostábase sobre su pecho, y él, por no molestar, no quiso moverse, recreándose en la contemplación de aquella compañera que la suerte le deparaba, porque una «golfilla», preciosa por cierto, era la que tan sin aprensión descansaba sobre el asilado.

Un guardia de orden público puso al pequeño bando en dispersión, y Juan de Dios, al ver abiertos los hermosísimos ojos de la cabecita rubia, sintió llegar al fondo de todo su ser una impresión tan grata, que juró no separarse jamás de aquella criatura que por primera vez había dormido sobre su cuerpo.

La golfilla se llamaba Julia, pero los golfos, sus compañeros, no le daban otro nombre que el de «Greñúa», acaso porque llevaba siempre en desorden su rubia cabellera. Tenía diez años de edad, según creía, porque de ello no estaba muy segura, y era bonita como un sol. Sin pariente alguno que la amparase, habíase visto en medio del arroyo al morir algunos meses antes la tía Niceta, una vieja que la obligaba á pedir limosna castigándola mucho cuando no había conseguido reunir más de dos reales, y la chiquilla,

al verse libre de aquella opresión tiránica, respiró con satisfacción yendo á engrosar la falanje de criaturas abandonadas que por las calles de Madrid pupulan.

Juan de Dios, que ya era todo un hombre, puesto que contaba doce años de edad, fué también simpático á la Greñúa, y gustosos los dos pactaron ayudarse y protegerse mutuamente, constituyendo un fondo común para atender á las necesidades de ambos.

La Greñúa seguiría provisionalmente pidiendo limosna, Juan de Dios buscaría colillas hasta que encontrase otra ocupación más lucrativa, porque ni quería que ella mendigase, ni se había él escapado del asilo para coger puntas de cigarros. ¡Se necesitaba inclinarse muchas veces para reunir una cantidad de tabaco por la que diesen dinero, y no era profesión muy honrosa aquélla!

No hubo, sin embargo, más remedio que hacerlo así; pero trabajaba él tantas horas, se metía en en tantos sitios, exponiéndose á sufrir pescozones, que á los pocos días la Greñúa dejó de mendigar para dedicarse á la venta de periódicos, y Juan de Dios pasó de la categoría de colillero á la de mandadero de un señorito enamorado, quien utilizaba sus servicios para que entregase á su novia las cartas sin que nadie se enterase.

La profesión no disgustaba al asilado, que sacaba un producto de tres reales diarios por término medio, con cuya cantidad y con la peseta que venía á ganarse la Greñúa vendiendo papeles, comían como unos príncipes y podían pagar un rincón en una posada, cuyo dueño para que

no se arriciesen les dejaba por cuarenta céntimos una manta con que arroparse.

La cama era algo dura, porque no tenían otro colchón que el santo suelo; pero no se quedaban á la intemperie, como les había sucedido hasta que mejoraron de fortuna.

Entonces comenzó á preocuparse Juan de Dios del aseo de la persona de su compañera, y todas las mañanas hacía que se lavara y peinara, con cuya operación consiguió ir desalojando la cabeza de Julia de los importunos huéspedes que la poblaban.

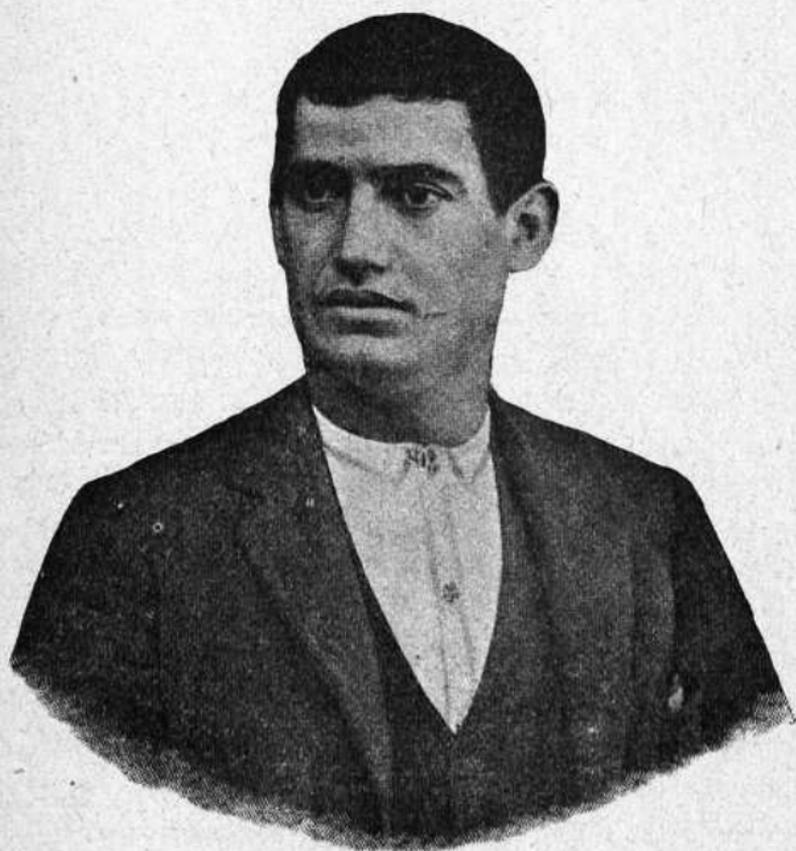
Lavada y peinada, Julia era otra chiquilla; pero al ganar en belleza, perdió algo de su infantil candor, porque no faltaba alguno que otro caballero que, al comprarle el periódico, deslizase en sus inocentes oídos palabras que ella no comprendía bien.

El instinto de la mujer se despierta muy pronto, y Julia, presintiendo que no era bueno lo que los señoritos le decían, se abstenía de referirlo á Juan de Dios; pero ¿cómo ocultarle también que muchas veces, en vez de darle por el periódico, que ofrecía á los transeuntes, una moneda de cinco céntimos, dejaba el comprador en su mano una peseta? La primera vez que esto le ocurrió, había dicho que se la había encontrado, pero como el caso se repetía con frecuencia, y las monedas de plata no están tiradas por las calles, no se atrevió á mentir, y las guardó cuidadosamente para que Juan de Dios no la regañase.

La Greñúa comenzó entonces á vender billetes de la lotería nacional, y habiendo tenido la

suerte de vender ella el número agraciado con el premio mayor de uno de los sorteos, la persona favorecida la gratificó con cincuenta duros, que sirvió á los gurriatos para comprarse ropa y alquilar una pequeña habitación amueblada en la calle de la Arganzuela, donde fabricaron su nido.

Julia había aprendido mucho y Juan de Dios que, al escaparse del asilo, sabía ya lo suficiente de la ciencia de la vida, á pesar de los trece años del uno y de los once de la otra, al encontrarse juntos en el mismo lecho, sintieron despertar su naturaleza, y á ella rindieron su homenaje. Esto hizo que el mutuo cariño que se profesaban fuese en aumento, pero no impidió á la Greñúa escuchar, entonces ya con atención, las frases que unos y otros deslizaban en sus oídos.



MANUEL GARCÍA (ESPARTERO)

II

Dos años más tarde, Juan de Dios, después de rodar por muchas casas, se encontraba de mozo de estoque de aquel famoso diestro sevillano, que se llamó Manuel García, *Espartero*, quien apreciaba en su verdadero valor las condiciones de laboriosidad y honradez del muchacho.

Julia seguía dedicada á la reventa de billetes de la lotería, en cuya ocupación obtenía una ganancia tan grande que tenía alarmado á su compañero.

—¡Si yo pudiera ganar mucho dinero, si yo fuese rico,—monologaba frecuentemente el asilado, pensando en la Greñúa,—no saldría ella á la calle, ni para vender billetes ni para nada! pero ¿cómo?

—Trabajando—le replicó un día un amigo del *Espartero* que al ir á visitar al diestro, sorprendió al chiquillo haciéndose por millonésima vez la misma pregunta.

—Bien trabajo en todo cuanto me sale, y poco consigo—repuso Juan de Dios, pasado el primer momento de sorpresa.

—La cuestión no está en trabajar mucho, Juanillo, sino en trabajar útilmente, en cosas productivas, y tú como todos los españoles que tengan redaños pueden juntar muchos miles de pesetas, hasta millones, sin gran esfuerzo.

—Dígame usted lo que hay que hacer, que no deshonre, y sirva para juntar esos miles de que habla.

—¡Es extraño que á tí no se te ocurra!

—Pues no se me ocurre, no, señor.

—Pues voy á decírtelo. En España todos los jóvenes pobres que no se conforman con su humilde posición, y desean ser pronto ricos, hacen lo que tu amo.

—Y ¿qué es lo que hace mi amo?

—Matar toros.

—Tiene usted razón. Seré torero.

Y desde aquel día Juan de Dios, que estaba decidido á todo trance á ganar lo necesario para que la Greñúa no vendiese billetes de la lotería, comenzó á adiestrarse en el arriesgado arte de la tauromaquia, procurando por el pronto ocultar al *Espartero*, su amo, la resolución adoptada para que no intentase disuadirlo.

Pocos meses después, cuando Juan de Dios creyó saber lo suficiente para presentarse ante el público, manifestó su resolución á Manuel García, quien, no habiendo observado en su mozo de estoque ningún detalle que revelase su afición, quedó asombrado, tomándolo á broma; pero, cuando el chico insistió, suplicando que lo amparase, el diestro sevillano en quien la bondad fué proverbial, prometiéndole su ayuda, llegando su generosidad has-

ta comprarle un traje de luces para que Juanillo saliese en su cuadrilla.

En la primera corrida en que Juan de Dios tomó parte, el novel lidiador de toros no hizo más que echar dos capotazos al bicho que *Maoliyo* le permitió; pero tanta habilidad demostró y tan bravo fué su comportamiento, que todos lo felicitaron con entusiasmo.

En vista de ello, el *Espartero* no vaciló y lo hizo figurar en su cuadrilla en concepto de banderillero con el apodo del «Filigranas».

Entonces pudo retirar á Julia de su ocupación callejera; pero ya era tarde. La Greñúa había adquirido hábitos perniciosos, que en lo sucesivo habían de proporcionarle graves disgustos, y Juan de Dios comenzó á sospechar que aquella criatura, cuya naturaleza había él despertado prematuramente, no era tan suya como imaginaba.

Los celos, unos celos rabiosos que atormentaban su vida llenándole el corazón de preocupaciones y de amarguras, apoderáronse del banderillero, que en más de una ocasión, cuando Julia no lo podía observar, sintió correr por sus mejillas el llanto.

El amor inmenso de Juan de Dios no disminuyó, sin embargo, en lo más mínimo, procurando atraerse á la Greñúa con halagos y caricias, y suponiendo que el matrimonio había de ligar sus corazones más estrechamente, decidió casarse .

Julia no consideraba necesario el «casorio»; pero puesto que Juanillo se lo proponía, accedió gustosa, y ambos presentáronse una mañana en la sacristía de la parroquia de San Lorenzo, en cuya

jurisdicción habitaban, para que el cura les enterase de los papeles y trámites que necesitaban para el caso.

Manuel García, á quien el Filigranas había comunicado su resolución, ofrecióse á apadrinarlo y desde entonces comenzó á darle mayor retribución por banderillar los toros que le correspondían en las corridas en que aquél tomaba parte.

El diestro sevillano cumplió su palabra, y Juan de Dios (Filigranas) y Julia (la Greñúa) quedaron unidos en santo lazo, algunos meses después, recibiendo muchos obsequios de los muchos amigos que en el barrio y entre la gente aficionada á la fiesta nacional contaban.

La boda fué un gran acontecimiento, porque el *Espartero*, el padrino mostróse muy dadivoso, y, además de regalar á los jóvenes contrayentes alhajas de alto precio y de satisfacer todos los gastos de la ceremonia nupcial, llevó á todos los invitados á una finca de los alrededores de Madrid, obsequiándolos con un banquete, en el que reinó la alegría y se vaciaron muchas botellas en honor á los novios.

III

El Filigranas y la Greñúa fuéronse á vivir, después de casadas, á una casita de la calle de Lavapiés, donde, de vez en cuando, recibían á algunos amigos. Uno de éstos, el que con más asiduidad frecuentaba el domicilio del simpático matrimonio, era un novillero apodado el «Virutas», individuo de la cuadrilla de *Frascuelo*, que, deseando cuanto antes, erigirse en maestro, habíase declarado independiente y lanzádose á torear por su cuenta y riesgo por esos mundos de Dios.

El *Virutas* demostraba gran afecto á Filigranas, desde que se habían conocido, y, como Juan de Dios era muy agradecido y sabía corresponder con el suyo al cariño que los demás le demostraban, ambos llegaron á intimar de tal manera que ninguno de los dos tenía secreto para el otro. Hasta la Greñúa, siguiendo el ejemplo de su marido, llegó á considerar al *Virutas* como miembro de su familia.

Muchas veces, cuando Juan de Dios, por ocupaciones del oficio, veíase obligado á abandonar su casa durante semanas enteras para ir á torear,

Virutas quedaba encargado de ir diariamente á ver á Julia por si ésta necesitaba algún auxilio, dando lugar á la murmuración de los vecinos que atribuían al Filigranas un papel poco honroso.

El Virutas era en toda la extensión de la palabra lo que vulgarmente se dice un buen mozo, y como la maledicencia pública incita muchas veces á pensar en el mal, para el que no se estaba dispuesto, dando por comido un manjar en el que ni siquiera se ha pensado, el novillero comenzó á pensar en la Greñúa más de lo que á la amistad que con el Filigranas le unía, interesaba, creyendo posible una empresa que muchos creían ya realizada.

Por haber sorprendido la Greñúa la conversación que algunas vecinas sostuvieron una tarde con la portera de su misma casa, quedó enterada de lo que por el barrio se decía y comentaba, y con tan poderosos alicientes, no fué extraño que en una ocasión en que el Filigranas tardó en regresar más de un mes al lado de su esposa, ésta cediese á los requerimientos del Virutas.

Educada en medio del arroyo, sin conciencia casi de la importancia de la ofensa que iba á inferir á su marido, acostumbrada á escuchar las insolentes y cínicas proposiciones de los señoritos que le compraban los billetes de la lotería nacional, algunos de los cuales también le habían comprado los besos, durante el tiempo que estuvo dedicada á dicha ocupación, y cediendo á los impulsos de su joven naturaleza, Julia concluyó por rendirse, y una noche en que se habían sentido ru-

mores extraños en la casa y tenía miedo de hallarse sola, el Virutas ocupó en el lecho de la Greñúa el sitio que la ausencia del Filigranas dejaba vacío.

Cuando Juan de Dios, al regreso de su excursión, estrechó entre sus brazos amante y cariñoso como siempre á su bella mujercita, sorprendióse de que ésta no sintiese por él aquel deseo vehemente y apasionado de otras veces; pero no concedió al caso gran importancia, creyendo que Julia trataba así de rebelarse contra las ausencias prolongadas de su marido.

Era que el instinto advertía á la Greñúa la gravedad de su falta.

El Virutas, que desde que había salido de la cuadrilla de *Frascuero*, toreaba mucho menos, era sin embargo un matador de novillos muy aceptable, y, aunque pocas, tenía algunas contratas para provincias, cuyos empresarios no podían satisfacer un presupuesto de gastos muy crecido.

Por esta razón, el novillero, para que la contrata le produjese una ganancia decente, veía-se obligado á formar cuadrilla con los «maletas» que con menos dinero se conformasen; pero él no podía lucirse ni hacer nada provechoso ante las reses con auxiliares inútiles, y cuando el precio por qué se ajustaba, lo permitía, y Filigranas no tenía compromiso, solía llevarlo para que lo ayudase.

Filigranas, que tratándose de su íntimo amigo el Virutas se conformaba con menos de lo que á otro hubiera exigido, se prestaba gustoso á torear á su lado, tanto por hacer un favor cuanto

porque era un ingreso más para satisfacer las necesidades de su Julia.

Al fin, como no hay secreto que no se haga público, sobre todo cuando en el mundo hay tanta gente que goza amargando la dicha ajena, el Filigranas llegó á enterarse de la infamia de su mujer y de la traición del Virutas; pero tuvo el valor suficiente para callar esperando una ocasión de vengarse. El dolor del banderillero no tuvo límites cuando un amigo de esos que nunca faltan para comunicar las malas noticias, después de muchos rodeos que mortificaron al Filigranas aun más que la revelación misma, le notificó el caso. El, que hubiera dado su vida por evitar una lágrima á su Julia, las vertió en abundancia, devorando en silencio las angustias horribles que la desilusión le ocasionaba.

El banderillero, sin embargo, quiso enterarse de toda la verdad y, gratificando espléndidamente á la portera, consiguió que ésta le dijese cuanto sabía y cuánto en el barrio se murmuraba; pero supo fingir, y, aparentando ignorar la infamia que sobre él había arrojado Julia, mostróse tan apasionado como siempre.

La Greñúa, al agitarse estremecida por los espasmos del placer entre los brazos de Juan de Dios, se arrepentía de su traición prometiéndose á sí misma no volverle á faltar, y aun á veces llegaba su arrepentimiento al extremo de hacerla llorar, viéndose sumamente comprometida cuando el Filigranas pretendía que le diese explicación de aquel llanto.

El Filigranas desde que supo toda la verdad,



SALVADOR SÁNCHEZ (FRASCUELO)

aquella verdad terrible que había ahuyentado para siempre su sueño, vigilaba constantemente á su esposa, pero ésta jamás dió ocasión con su conducta aparente para que Juan de Dios la recriminase.

Pensando siempre en su venganza el banderillero y convencido de que, cuando se sabe perseverar, los hombres pueden ver realizados sus propósitos, esperaba confiado en que la suerte no había de privarle de medios de castigar la ofensa que se le había inferido, y, aunque cada momento que transcurría era para él toda una eternidad de dolor, no se impacientaba. Afortunadamente no tuvo que esperar muchos días, porque habiéndose ajustado el Virutas para torear seis bichos, desecho de tienda y cerrado de la ganadería de Concha y Sierra, y necesitando el auxilio del Filigranas, éste se prestó gustoso á acompañarle como otras veces había hecho.

No sabía Filigranas de qué manera llevar á cabo su resolución; pero, tenaz y firme en su propósito, acostóse tranquilo aquella noche convencido de que durante esta excursión habían de terminar sus anhelos y preocupaciones.

Hasta la Greñúa, alarmada del júbilo y gran deseo que en salir á torear con el Virutas demostraba esta vez Juan de Dios, llegó á interrogarle.

—¿Por qué te alegras tanto, Juanillo?

—No te debe sorprender, porque siempre que voy á ganar dinero para tí, experimento igual satisfacción.

—Es que ahora te alegras más que nunca.

—¡Bah! Lo mismo que siempre.

—No estoy tranquila, sin embargo, porque esa tu alegría extraordinaria es síntoma de mal agüero.

—¿Qué temes, Julia? Dí, ¿qué temes?

—No lo sé; pero esa risa que ahora mismo tienes, me suena como una campana que toca á muerto.

—¡El muerto es mi corazón!—dijo Juanillo con un dejo de amargura que atemorizó á Julia.

—Pero no hagas caso—agregó el banderillero, algo más tranquilo.—No hagas caso que ningún mal, que me duela, puede ocurrirme ya en la vida.

La Greñúa no se atrevió á insistir, y dió por terminada aquella conversación que consideraba peligrosa, y bien convencida de que su Juanillo dudaba, si no era que sabía, la traición que juntamente con el Virutas había ella cometido.

IV

Llegó el día de la corrida, para la que había sido ventajosamente contratado el Virutas, y Filigranas, sonriente y satisfecho, salió á la arena acompañando á su amigo, para no separarse de él en el momento de estoquear las reses, y tender su capote oportunamente, si el espada sufría la desgracia de ser cogido por los cornúpetos.

El público estaba muy satisfecho del espectáculo, y aplaudía sin cesar las lucidas faenas del Virutas, que aquella tarde estaba de suerte, batiendo también palmas en honor de Filigranas, que había metido bien los brazos al banderillar los dos primeros toros, y no cesaba de hacer habilidades con el capote.

El tercer toro era un «marrajo», que alargaba el pescuezo y sin obedecer al engaño, se iba derecho al bulto, por lo que los individuos de la cuadrilla, exceptuando el Virutas y el Filigranas, se habían echado atrás temerosos de una cogida.

—Este ladrón va á darme que hacer—dijo Virutas al Filigranas, cuando se enteró de las malas intenciones que el toro «traía».

—No lo creas. Este bicho no se trae nada.

—Ya lo veremos.

—A éste lo despachas más pronto que á los demás—replicó Filigranas.—Sin que lo pases de muleta, te tiras bien por derecho, metes mucho el brazo, procurando llegarle al corazón. No te cuides más que de herir, que yo le daré la salida para que no te coja.

—Así lo haré; pero ten mucho cuidado.

—Para eso vengo, para que no sufras ningún percance.

Y continuó la lidia del «marrajo», sin más incidente que el pánico de la cuadrilla, habiendo quedado el Virutas, después del diálogo sostenido con el Filigranas, completamente tranquilo.

Como los muchachos no se atrevían á arrimarse al bicho y Filigranas no lo quiso banderillar para que los demás peones no dijese que él lo quería hacer todo, el cornúpeto llegó á la muerte más entero de lo que convenía y casi con todas sus facultades; pero sin vacilación alguna el espada cogió el estoque y la muleta, tan pronto como los clarines anunciaron el cambio del tercio, y fuese hacia el toro resueltamente.

El Virutas no necesitó, para que el bicho se cuadrara, darle más que dos telonazos, y á la voz de «ahora» que el Filigranas le diera, perfílóse bien y muy de cerca, y lanzóse sobre el animal mirando donde clavaba el estoque para no verse obligado á repetir la suerte. Seguro el Virutas de que Filigranas, su amigo, llamaría la atención del toro oportunamente, y siguiendo sus consejos, casi no se cuidó de marcar la salida, y fué enganchado, y corneado horrorosamente.

El Filigranas, que estaba próximo al espada, cuando éste fué cogido, tardó mucho en tender su capote, porque al ir á desplegarlo, se le enredó en el cuerpo, como el público observó bien claramente; los demás peones de la cuadrilla estaban muy separados, y cuando acudieron, el Virutas tenía tres grandes cornadas.

Cuando los muchachos lograron separar el toro, y los monosabios recogían el cuerpo del Virutas, Filigranas que también se había acercado al herido para convencerse de su estado de gravedad, murmuró á su oído algunas palabras que el moribundo no pudo oír.

La mayoría de los espectadores que presenciaban la corrida, abandonaron la plaza; pero la fiesta no se suspendió, y el Filigranas, que iba de sobresaliente, «despachó» los demás toros con mucha valentía.

Al regresar á su casa, Juan de Dios sostuvo con la Greñúa el siguiente brevísimo diálogo.

—El Virutas murió ayer tarde en la plaza.

—¡Muerto!

—Sí; pero más muerto y peor herido que lo fué él ayer tarde por el tercer toro de la corrida, lo estoy yo por su traición y tu infamia.

—¡Perdón, Juanillo! ¡Perdón!—prorrumpió Julia, postrándose á los pies de su marido.

—Estás perdonada—contestóle el banderillero mientras la ayudaba á levantarse.—Estás perdonada, puesto que al saber tu mala acción, no te ahogué entre mis brazos. Mañana nos vamos de Madrid, viviremos en otra población donde nadie nos conozca, y procura que yo me olvide de lo

mucho que me has ofendido. Eres mi vida, y sin ti no puedo vivir; por eso estarás á mi lado, pero Julia la Greñúa no puede ser mi mujer, no es desde hoy más que mi hermana.

Así el banderillero Filigranas toma venganza de tu crimen: matándolo á él y protegiéndote á ti.

—¡Perdón, Juanillo! ¡Perdón!

Flor de la Sierra

1

—¿Qué tienes, Alifonsa? ¿Qué tienes que asina te vas poniendo de desmejorá y descoloría?

—¿Pos y tú, que te vas queando flacucho como un fideo de los finos?

—Pós bien lo sabes. Toos mis pensares y sentires están fijos en tu presona, y asina que te veo con esas congojas me entran á mí unas ajoginas, que la sangre se me pudre en el cuerpo, y me falta el aire pa respirá, y siento deseos de irme á correr mundo, pa buscá fortuna y jacerme rico, á ve sí se acaban toas nuestras penas.

—¿Y cómo vas tu' á jacerte rico, desastrao, si no sabes más que cuidá vacas, y no tienes ande caerte muerto?

—Yo sé muchas cosas, negra de mis ojos. Muchas cosas, que en su día han de valerme pa buscar la gandalla, y pa tener lo que se necesita pa vestirte como una reina.

—¿Tú eres capás de eso, Pepillo?

—¡Ya lo creo! Y pa que lo sepas, te diré que tengo ajuntaos veintisiete duros y tres riales, y estoy asperando á tené treinta, que será pronto, pa tomar el camino de Aracena, y no golver hasta que puea comprarte toas las majuras que quiero.

—¿Pero es verdá lo que me dices?

—¡No ha de sé verdá, si tu eres la causa de toas mis cavilaciones, y por verte jecha una señorona y que no tengas naide que mande en ti, daría la sangre de mi cuerpo!

—¿No me engañas, Pepillo?

—No sabría, aunque lo intentase, Alifonsa.

—Pos, escúchame. Yo tengo ajorraos once duros y dos pesetas.

—Pos guárdalos.

—No los guardo, que te los voy á dar á tí, pa que ajuntes más pronto lo quieres ajuntá y salgas del cortijo, y te dejes de guardar vacas, y te vayas á correr mundo.

—No será que quiés que te deje asosegá, pa que no te atosigue con el aquél de mis quereres?

—¡Qué bruto eres, Pepillo! Lo que yo deseo es que me saques pronto de este infierno en que estoy metía, y me llesves á tu vera, pa no tené que serví á naide.

—¿Me quieres mucho?

—Con toa mi alma.

—¿Te da reparo en venir conmigo ande yo vaya?

—¡Qué reparo me va á dar, si estoy deseando que tú me lo digas!

—¡Bendita seas!—exclamó Pepillo, lleno de júbilo, y abrazando á la moza, que inútilmente tra-

taba de apartar su rostro de los labios del joven y robusto vaquero.

—Pero oye, oye con calma. Con tu dinero y con el mío tenemos bastante pa viví probemente dos ó tres meses en Aracena, ó en otra parte ande vayamos, mientras que yo encuentre ocupación. Pero figúrate, Alifonsa, que los cuartos se concluyen; que no encontramos ande ganá la jamancia, y que nos queamos sin comé. ¿Qué dirás tú de mí?

—¡Vaya unas preguntas! Pos no diré naa. Que no habemos tenío suerte, y me pondré á serví.

—Pero no te dirás con otro.

—¡Desagradeció! ¿Qué motivos tienes pa que asina me ofendas? ¿No sabes que te he dao too mi querer, y toa mi alma, y te entregao mi cuerpo, y que pa mí toos los demás hombres son unas sombras, porque mi Pepillo es mi vía? ¿No estoy pronta á salí del cortijo y dirme ande tú vayas pa no separarme de tu vera? ¿No sabes demasiao que, si no fuese por el querer que te tengo, gustaría ahora mucho lujo, por que el señorito Luis ha querío ponerme mu maja? ¡Desagradeció!

—¡Mu maja! Vámonos, Alifonsa, vámonos mañana mesmo, porque si me tropiezo al señorito Luis, va á ocurrir en el cortijo una esaborición mu grande y no voy á recrearme más en esos ojos tuyos, que asina me matan, cuando me miras enojá, como alegran mi alma cuando con gozo los pones en mi presona. Vámonos.

Y después de prometerse, por millonésima vez, amor eterno y eterna fidelidad, regresó Alfonsa á la casa del cortijo, donde ya la buscaba el apera-

dor por orden de los amos, mientras que el vaquerillo se forjaba en su juvenil fantasía mil castillos en el aire, prometiéndose dichas sin fin al lado de aquella robusta moza, que tan en absoluto le había absorbido el seso.

II

Tembloroso é impaciente, como quien va á poner en práctica una resolución de la que depende la felicidad de toda la vida, esperaba Pepillo, al amanecer del siguiente día, la aparición de su novia por entre el ramaje del frondoso bosque de castaños que circunda la aldea de Las Chinas, pareciéndole cada minuto de espera una eternidad.

La mañana, aunque de primavera, estaba muy fría; pero Pepillo apenas si se daba cuenta de la temperatura, que á otro que no estuviese en sus circunstancias, le hubiera mortificado, y con un enorme envoltorio de ropa al hombro, atento al más leve rumor que llegase del bosque, con la vista fija en la puerta del cortijo, que, más que veía, adivinaba desde la carretera, agitábase convulso deseando y temiendo tender el vuelo en busca de un porvenir, que él suponía venturoso.

Los pasajeros que desde Jabugo se dirigían á Galaroza, á Fuenteherido ó á Aracena, quedábanse contemplando con curiosidad, porque realmente llamaba la atención aquel mozo de diecisiete años, con la faz curtida por el rigor de todas las in-

clemencias del tiempo, que con su envoltorio á cuestras permanecía, sin mover los pies, en el mismo sitio, con la vista clavada en el bosque por donde no se veía aparecer á nadie y de donde no llegaba otro rumor que el leve que producía el ramaje al ser agitado por el viento.

Los pasajeros, á cuyas saluciones y bromas, no contestaba Pepillo, acaso porque no las oyera, proseguían su camino, volviendo la vista atrás para ver al mozo que continuaba siempre en el mismo sitio y en la misma posición, hasta que la curva de la carretera se lo hacían perder de vista.

Al fin, ya muy entrada la mañana, y cuando Pepillo empezaba á dudar de la promesa de su novia, apareció la chiquilla, saltando por entre las hierbas, más hermosa que nunca y rebosando alegría, con otro envoltorio de ropa bajo el brazo.

Pepillo respiró entonces satisfecho, dando por bien empleado el tiempo de angustia que esperándola había consumido, y adelantóse presuroso á recoger el envoltorio que su novia llevaba.

Pálidos tornáronse los rostros de ambós, al reunirse, y sin pronunciar palabra alguna, presentó Alfonsa sus labios, rojos como las cerezas, á Pepillo, quien se apresuró á recoger todas las mieles de la voluptuosidad que en ellos llevaba la moza, «Flor de la Sierra», como por aquellos contornos la llamaban.

Y realmente merecía Alfonsa el sobrenombre con que en aquellos pueblos la conocían, por su gentileza y donosura. Alta, robusta y bien proporcionada; con ojos alegres y juguetones, muy expresivos, y más negros que las angustias de que

hacía víctima á Pepillo; con el cabello más negro que sus ojos, y con unos dientes blanquísimos y chiquitines, que se escondían tras la púrpura de sus finos labios, para besar, era «Flor de la Sierra» una provocación, exquisito manjar que á cuantos señores pasaban por el cortijo para visitar á los dueños se les antojaba, y que ninguno había saboreado más que Pepillo, dicho sea en honor á la fidelidad de la moza.

Pero tantas habían sido las proposiciones que los señoritos habían hecho á la moza, que ésta, ¡al fin mujer! sintió deseos de correr mundo, de conocer gentes, de hacer fortuna, para ver si, como otras que valían menos, podía gastar un día las joyas y galas que tanto llamaban su atención cuando se las veía lucir á las señoras, que de muy lejos venían de vez en cuando á pasar algunas temporadas á la finca.

Por eso se decidió á abandonar el cortijo acompañada de su novio, á quien á pesar de todo amaba, porque Pepillo era quien había abierto su alma á las dulces impresiones del amor. Y bien pensado ¿por qué su novio no podía hacer fortuna, como otros la habían hecho? Pepillo, aunque algo rudo, por no haáberse separado, desde muy pequeño, de las vacas que guardaba, era listo, muy noble, y estaba loco por ella. Si llegaba á ser rico, para ella serían las riquezas, por ella las ambicionaba, y por ella las iba á buscar. Todo esto y más tuvo en cuenta Alfonsa para no vacilar en seguirlo, y aquella mañana de primavera, fría porque de lo alto de la serranía llegaba un viento que helaba, abandonaron ambos el cortijo donde

habían nacido, y donde habían visto morir á sus padres, y sin decir á sus amos una palabra de sus proyectos, llenos de ilusiones, salieron al bosque y emprendieron á pie el camino hasta Galarozza, donde tomarían la diligencia que pasaba más tarde y que había de conducirlos á Aracena.

Después de saludarse con un beso, todo pasión, Pepillo hizo del envoltorio de Alfonsa y del suyo, uno solo, se lo echó al hombro, y comenzaron á andar, mudos al principio, locuaces después, hasta que llegaron al inmediato pueblo de Galarozza, tomaron los billetes para la diligencia, y mientras llegaba el vehículo, compraron pan y un poco de tocino, con cuyo frugal alimento almorzarón.

.

Tres horas después ambos jóvenes entraban en una posada de Aracena, con sorpresa del dueño que al principio se negó á recibirlos, porque, al verlos tan jóvenes, creyó que las familias de ambos no tardarían en ir en su busca, y no quería verse en manos de la justicia por causa de aquellos «mocosos», á quienes tan fuerte les había entrado el amor.

Pepillo y Alfonsa lograron convencer al posadero de que ninguno de los dos tenía familia que los buscara, y hospedados quedaron provisionalmente los dos «gurriatos», que al tender el vuelo para buscar nido propio, ignoraban las adversidades que la suerte les tenía reservadas.

III

Un año había transcurrido desde que Pepillo y «Flor de la Sierra» abandonaron el cortijo, aquel cortijo enclavado en medio de un hermoso bosque de castaños, á medio kilómetro de la aldea de Las Chinas, lugarcillo alegre, que, en las faldas de una montaña, ostenta sus casitas blancas, desde donde se ve pasar dos veces al día la diligencia que conduce desde la estación del Jabugo á los viajeros que van á Aracena, y ya habían experimentado ambos rapazuelos las amarguras que la lucha por la vida proporciona.

Habían aprendido mucho; pero lo que habían ganado en conocimiento y reflexión, lo habían perdido en inocencia y sencillez, y ya aquella zagala, con un año más, conocía mejor el camino que conduce á las riquezas, y ya el mozo aquel comprendía que no todo es en las hembras desinterés y cariño.

Como era consiguiente, los ahorros de Pepillo y los ahorros de Alfonsa no habían bastado á cubrir las necesidades modestas de ambos rapaces más que tres meses, tiempo que transcurrió para ellos con gran velocidad, quedándose sorpren-

didos el día en que la bolsa quedó completamente vacía y el posadero les negó habitación donde arrullarse, y no pudieron adquirir el pan necesario para matar el hambre.

Entonces fué preciso buscarse la vida separadamente, y después de muchos apuros, ella entró al servicio de un matrimonio joven que, en plena luna de miel, acababa de llegar de Madrid, y Pepillo entró de mozo en un café, donde solían reunirse muchos aficionados al arte en que tanta gloria conquistaron Cúchares y «Chiclanero», aquellos dos famosos matadores de toros que ilustraron la historia de la Tauromaquia con sus habilidades y proezas.

Era muy «aperreada» aquella manera de vivir, porque no podían verse tan frecuentemente como deseaban; pero se veían con más frecuencia de lo que sus quehaceres les permitían, y esto dió lugar á que uno y otro fuesen despedidos por sus respectivos dueños.

«Flor de la Sierra», que había adquirido modales y actitudes más sociales, y á quien los señores á quienes servía habían afinado un tanto, estaba completamente desarrollada y era por su belleza la admiración de todos los hombres, jóvenes y viejos, para quienes la misma privación les hacía más apetitoso y deseable el manjar.

Pepillo, oyendo hablar constantemente en el café á sus parroquianos de los miles de pesetas que el arte del toreo proporciona, y deseando poner término á la situación precaria que lo había separado de su mujercita, como él llamaba á Alfonsa, ardía en ansias de demostrar su valor ante

los toros, y hasta se había puesto un pantalón de talle que le había regalado un émulo de Montes.

Por esta causa, cuando ambos, despedidos de las casas en que prestaban sus servicios, volvieron á quedar en medio de la calle, Pepillo participó á «Flor de la Sierra» su resolución de dedicarse á la lidia de reses bravas, el medio único y más breve de que no tuviera ella quien la mandase, si la suerte lo protegía como esperaba.

—Pero ¿tienes tú valor, Pepillo, para ponerte delante de un toro?—le preguntó Alfonsa sorprendida.

—Por tí, soy capaz de too. Además que los toros no me dan mieo, porque, ¡ya ves! acostumbrao dende chico á andar entre las vacas, los cuernos de los bichos creo que no jasen daño.

—Pero, hombre, ¡si tú no sabes torear!

—Ya aprenderé. «El Corneja» me está enseñando lo que necesito, y como no tengo mieo, en seguida pienso salir á la plaza.

—¿Y si te coge un toro, y te da una cornada?

—Pos entonces, al otro barrio, y asina te queas libre. No quió que vayas por la calle más que agarraíta de mi brazo, y no se me antoja que naide te diga chicoleos.

—¿Eres celoso?

—Mucho, y pa no morirme de rabia, quió ajuntar dinero, porque habiendo dinero, no dejarás de quererme.

—Yo te quiero siempre, Pepillo, y para nadie es mi persona más que para ti. Para ti y para siempre, con dinero y sin él.

—Más segura te tengo, siendo rico, y quió serlo.

—¿Y si te mata un toro?

—Más pronto matan los celos, y más cornás da el hambre.

—¿De manera que estás decidido?

—Del too.

Y el domingo siguiente, en unión de otros cuantos novísimo toreros, presentóse Pepillo en la plaza de un pueblo cercano, donde se «jugaron» cuatro vaquillas, ante las cuales se mostró nuestro héroe con más valor del que convenía á la integridad de su persona, aunque por fortuna no sufrió ninguna lesión.

En aquella su primera salida, no ganó Pepillo más dinero que unos cuantos reales que le correspondieron de los ocho duros que para toda la «troupe» había dado el Alcalde; pero fué lo suficiente para que el muchacho cobrase ánimos y acabara de decidirse por el arte taurino.

Durante todo aquel año Pepillo no tuvo ocasión de lucir su gallarda persona en ninguna otra plaza ni de demostrar su valentía ante otras reses; pero, perseverante y tenaz en su resolución, esperaba con ansia el momento de que las empresas solicitaran su concurso.

Este momento se retardaba más de lo que á su paciencia y á sus escasos medios de vida convenía, y «Flor de la Sierra», que había entrado á servir en una fonda cansada de atender á las más precisas necesidades del mozo, desapareció un día de la población en compañía de un huésped, viejo ridículo y casi repugnante, que disponía de muchos miles de duros.

Pepillo al conocer la traición de Alfonsa, creyó morir de pena, pero como para los hechos consumados no hay apelación, convencido de lo irreparable de su desgracia, y deseando con más vehemencia que nunca hacerse rico, á los pocos días salió de Aracena y, andando, se dirigió á Sevilla, donde esperaba que la suerte le fuera menos contraria, que lo que le había sido en aquella localidad, á donde él había llegado con el alma llena de ilusiones y acompañado de la persona á quien más amaba en el mundo, y ahora abandonaba, solo y completamente desesperado.

IV

Transcurrieron tres años más.

Pepillo no había vuelto á ver á «Flor de la Sierra», ni de su paradero había llegado hasta él la menor noticia; pero, convencido de que, rodando los dos por el mundo, se encontrarían alguna vez, habíase puesto bajo la protección de un diestro de primera fila, á quien consiguió inspirar simpatías, y era ya un novillerito muy afamado, cuya contrata se disputaban las empresas.

Pepillo no se llamaba ya Pepillo, sino José Bermúdez, el «Pintúras», quien, completamente transformado, lucía con gentileza su pantalón de talle y su chaqueta corta, amén de algunos brillantes en la pechera de su siempre blanca camisa.

Pepillo había llegado á ser, en fin, un personaje, cuya fisonomía reproducían los periódicos taurinos cada vez que el aplaudido diestro pisaba la arena. Llevaba siempre en su cartera una porción de billetes del Banco de España, y esperaba con impaciencia el día de su alternativa como matador de toros en la plaza de Madrid.

Y como todo llega en la vida, cuando se persigue un fin y se sabe esperar, la alternativa de

José Bermúdez, el Pinturas, llegó también, con gran regocijo de los aficionados al arte nacional, que tenían en el simpático y valiente novillero puestas todas sus esperanzas de regeneración de esta fiesta española.

Aquella tarde, la tarde de su alternativa, el Pinturas no cabía en sí de gozo.

Un sol espléndido caldeaba la atmósfera haciendo sudar á los aficionados madrileños que en las gradas, tendidos y en todas las localidades del inmenso circo de la villa y corte se estrujaban disponiéndose á presenciar la fiesta, para la que había mucha expectación:

La empresa había hecho un gran negocio, y los revendedores de billetes se habían desquitado en aquella tarde de las grandes pérdidas de toda la temporada.

Impacientábanse ya los espectadores, que habían ocupado sus respectivas localidades, por haber transcurrido un minuto después de la hora en que la fiesta debía comenzar, cuando ocupó su sitio el presidente, y aparecieron los alguacillos haciendo el despejo.

Momentos después presentóse la cuadrilla en la arena, y el público, de pie, tributó una ovación inmensa al Pinturas, cuando, comenzada la lidia, el muchacho se abrió de capa y lanceó al miura con la guapeza y arte de los buenos toreros.

En un quite en que el nuevo maestro coleó valientemente al astado bruto, el entusiasmo de los espectadores llegó al delirio, y todos los aficionados, satisfechos y gozosos, á pesar del subido precio á que habían pagado los billetes, comentaban

y elogiaban la pericia del Pinturas, cuando los clarines anunciaron que era llegado el momento de coger la mujeta y el estoque para dar muerte á la fiera.

Cedió el primer espada los trastos al Pinturas, dirigióse éste sonriendo al palco presidencial para pronunciar su brindis, cuando, de repente y sin que ninguna causa aparente lo justificara, viósele palidecer, y tartamudeando dijo algunas palabras incoherentes que nadie entendió, y se fué al bicho, no sin que antes hubiera tenido que recostarse sobre la valla para reponerse de la emoción sufrida.

La opinión del público se dividió entonces, pues mientras algunos creían que el muchacho había cobrado miedo, otros, los que más se habían entusiasmado con las valentías del lidiador, supusieron que que éste se había puesto enfermo repentinamente; pero ni los unos ni los otros estaban en lo cierto.

Repuesto de su emoción, Pinturas se dirigió al bicho, le dió tres pases cambiados, cuatro de pecho, cinco naturales, y citó á recibir; la fiera acudió prontamente al cite del espada, y este extendió el brazo, volviendo entonces la cabeza hacia un palco contiguo al de la presidencia, donde una mujer hermosísima, se cubría temblando el rostro con el abanico.

El Pinturas clavó el estoque hasta la empuñadura; pero, distraído indudablemente, no dió salida al bicho, y fué empitonado.

Cuando la fiera abandonó el cuerpo del Pinturas, por atender á los capotes de los peones que acudieron prontamente, el matador de toros no pudo

pronunciar más que una palabra, que los monosabios ignoraban á quien fuese dirigida.

«¡Ingrata!» Tal fué la única frase que los labios exangües del infeliz Pinturas pronunciaron, al expirar sobre la arena de la plaza de Madrid, según aquella misma noche relataron los periódicos dando cuenta de la muerte del lidiador, defraudada esperanza del arte.

Con la impresión recibida y atentos solamente á lo que pasaba en el ruedo, pocos espectadores se enteraron de que la famosa mujer, que en la villa y corte era conocida por el sobrenombre de «Flor de la Sierra», y á quien un Embajador colmaba de riquezas, se había desmayado en la plaza, al caer Pinturas herido por el toro.

«Flor de la Sierra» ocupaba aquella tarde en la plaza un palco, contiguo al de la presidencia, y por haberla visto el Pinturas en el momento de brindar, palideció; y únicamente para volver á verla volvió el diestro la cara en el momento de clavar el estoque.

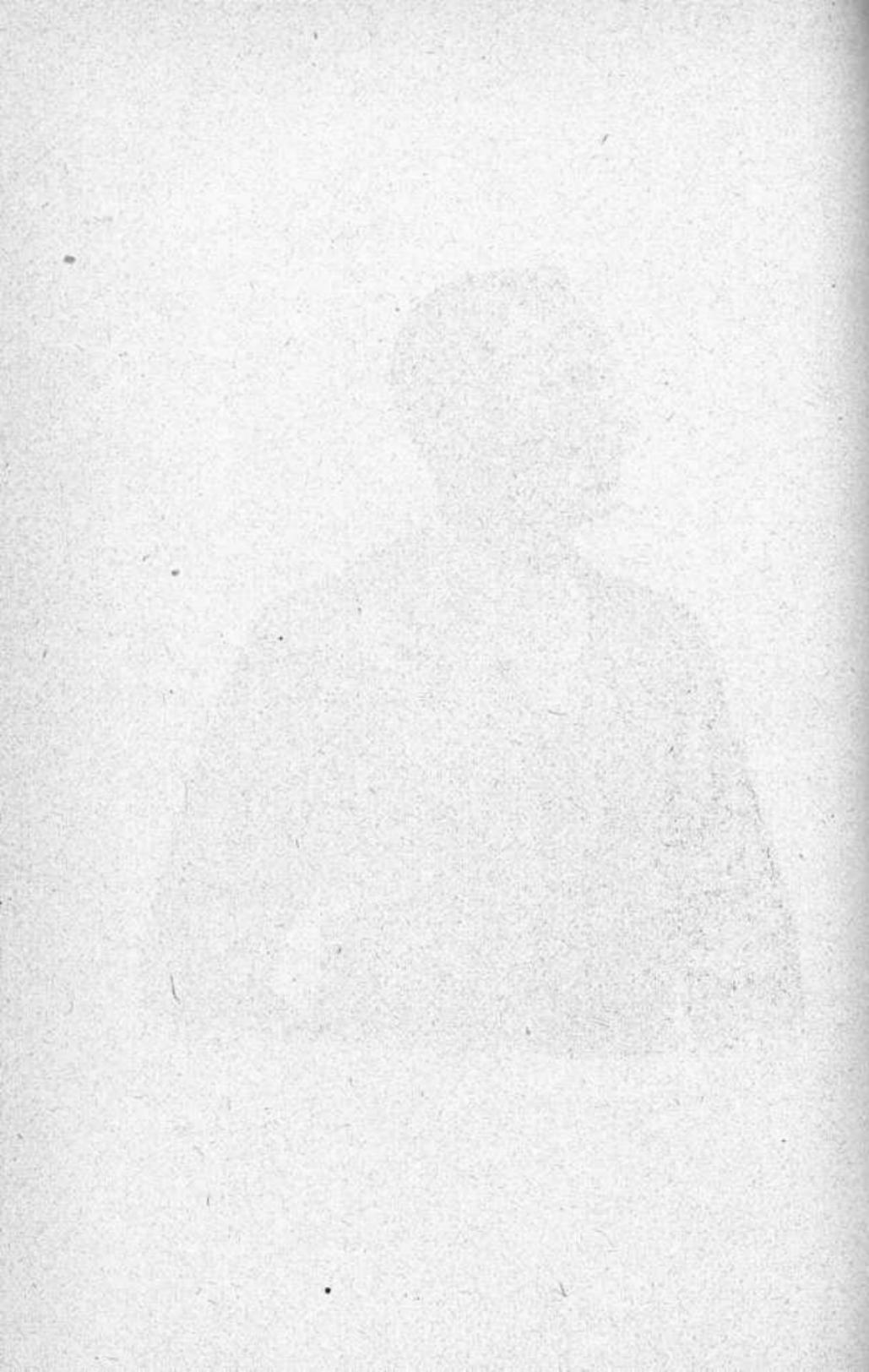
Aquel funesto amor lo había matado.

Pepillo abandonó su aldea, sufrió hambre y toda clase de amarguras por «ella»; por «ella» quiso conquistar gloria y dinero, y cuando empezaba á ser rico, y su nombre se había hecho popular, «ella» le dió la muerte.

Como «Flor de la Sierra» hay muchas mujeres en el mundo.



RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO)



La fiesta del Patrono

I

La víspera del Patrono, todo era júbilo y algazara en el pueblo.

Las mozas se habían ataviado con lo mejor de sus trajes, y los mozos, abandonando sus aperos de labranza, habían regresado á sus domicilios dos ó tres horas antes de la de costumbre, para disponerse á pasar la noche de ronda.

En la plaza pública del pueblo unos cuantos jayanes colocaban apresuradamente los carros y empalizadas necesarias para la corrida del día siguiente, y el Alcalde, moviéndose sin cesar de una parte á otra, daba órdenes y más órdenes á fin de que todo estuviese dispuesto y ordenado para la fiesta.

Era la primera vez que iban á correrse toros en el pueblo, y por esta causa el vecindario estaba que no cabía en sí de gozo, porque, exceptuando media docena de personas, que habían visto la fiesta en la capital, el espectáculo era completamente nuevo.

Al principio se había pensado contratar una cuadrilla de toreros; pero costaba mucho, no se podía atender á tanto gasto, sin suprimir radicalmente algunos capítulos del presupuesto municipal, y entonces se convino que los mozos más valientes del pueblo hiciesen de lidiadores.

Pronto se completó la cuadrilla, una cuadrilla muy numerosa porque no había habido medio de desairar á tanto solicitante, y aunque la mayoría de los pretendientes no sabían de la fiesta nacional más que lo que el Farmacéutico les había contado, todos se hallaban dispuestos á tomar parte activa en ella. Periquito Fernández, sobrino del Párroco, que había estado fuera del pueblo unos cuantos años, se comprometió á enseñar á los más ignorantes, y gracias á este poderoso auxiliar, los mozos aprendieron á tender el capote ante una silla, si bien ellos afirmaban que lo mismo habían de hacerlo ante los toros.

El hijo mayor del Alcalde era el primer espada, pues para algo había de servirle el ser hijo del Alcalde; y los demás puestos de la cuadrilla habíanse distribuído convenientemente por orden de categorías y posición de las familias de los solicitantes. El único que no exigió el lugar que le correspondía fué Antonio Regúlez, quien se conformó con ser picador, aunque, por sus riquezas, pudo aspirar el primero ó segundo puesto.

Las mozas hacían mil apuestas acerca de cual de los mozos se portaría mejor y más valientemente en la corrida, y las que no tenían novio torero excitaban á las que lo tenían para que no les consintieran el salir á divertir á los demás.

Desde que se había tomado el acuerdo, hasta la víspera de la corrida, en el pueblo no se habló de otra cosa, y más de una vecina fué apaleada por causa de los toros, y más de un noviazgo se deshizo por la misma razón.

Una de las mozas á quienes más disgustos ocasionó la dichosa fiesta fué Rosalía, la novia de Antonio Regúlez, que se había propuesto no consentirle que picara; pero el muchacho se había gastado mucho dinero en comprarse un traje, había adquirido una jaca muy ligera para el caso, y se defendía heroicamente cada vez que su novia intentaba disuadirlo.

Y en estos días y directes, llegó la víspera del Patrono, cuya festividad jamás fué tan deseada como aquel año.

Al obscurecer, ya todos los mozos estaban puestos de punta en blanco, y las mozas muy «empejiladas», esperando con impaciencia que llegara la hora de ir al cortijo del tío Lucas á recoger los toros que habían de encerrarse en el corral del Síndico, quien habitaba en la plaza pública, cuyas bocacalles se habían obstruído con carros, para la corrida.

Rosalía, en medio de un corro de mozas, sostenía que no era una razón el que Antonio Regúlez picase toros para que la quisiera, sino que por el contrario ningún hombre, después de comprometerse á una cosa, debía dejar de hacerla so pena de pasar por informal. Además que si Antonio Regúlez, después de haber comprado la jaca, no «salía de picador», sería calificado de cobarde, y no se le antojaba á ella, que por su causa llamase

nadie cobarde, á quien siempre había demostrado ser un valiente.

Pero las mozas acosaban sin cesar á la pobre Rosalía, que ignoraba ya cómo defenderse, y hasta la ofendían diciéndole que no quería á su novio si lo dejaba picar.

—¡Pero si no puedo quitárselo de la cabeza!—replícaba la novia de Antonio Regúlez.

—Cuando una mujer quiere, siempre encuentra medio de defender del peligro á su novio—agregaban ellas.

—Mi novio es muy valiente.

—Ya verás, si le pasa algo malo cómo luego te pesa.

—En fin, ya veremos. Todavía no se ha puesto delante de los toros, y puede ser que no se ponga.

—Si te quisiera, haría caso de lo que tú le dices.

—¿Pero es que vosotras dudáis de que Antonio me quiera?—preguntó Rosalía, algo amostazada.

—No te querrá mucho, cuando no le importa que tú pases mal rato.

—¡Ah! Pues eso sí que no lo sufro. Mi novio no pica toros mañana.

—Ya veremos si eres capaz de impedirlo.

—Lo veremos—agregó Rosalía con resolución.

Ya muy entrada la noche, cuando los mozos se disponían á ir al cortijo del tío Lucas á recoger los toros que habían de lidiarse al día siguiente para encerrarlos en el corral del Síndico, circuló por el pueblo una noticia que hizo subir de punto la animación del vecindario.

Un arriero, que acababa de llegar del pueblo

próximo, refirió que *Lagartijo*, el famoso califa cordobés, que entonces arrebatava á los públicos de todas las plazas de España, había perdido el tren, y noticioso de la fiesta que se organizaba decidió venir á presenciarla.

El caso era muy sencillo. *Lagartijo* se dirigía á Madrid, donde tenía que torear al día siguiente seis toros de la ganadería de Veragua; al pasar el tren por la estación del pueblo inmediato se apeó para beber, no sabía el arriero que comunicó la nueva si agua ó vino, pero lo cierto es que la locomotora se puso en marcha antes que el acreditado diestro llenara su necesidad, y éste se quedó en la estación, en donde le contaron la gran fiesta que allí había de celebrarse, decidiendo entonces divertirse á costa de los improvisados toreros.

Mozos y mozas alegráronse aún más de lo que ya lo estaban, al conocer la noticia: ellos, porque así tendría ocasión aquel coloso de la tauromaquia de saber las proezas que eran capaces de hacer, ellas porque era el único medio que tenían de conocer personalmente á un hombre que tantos miles de pesetas ganaba toreando.

Periquito Fernández, el sobrino del Párroco, concluyó de colmar el entusiasmo de sus convecinos, sacando á relucir unas cuantas fotografías del afamado diestro Rafael Molina, de quien era gran admirador, y hasta se pensó que una comisión compuesta del Alcalde, el Sacristán y el Farmacéutico fuesen al pueblo inmediato á invitar al torero á presenciar la fiesta; pero hubo que desistir de ello, en vista de que el Alcalde quería presenciar el encierro de las reses, y el Farmacéutico no se

atrevió á abandonar su farmacia en previsión de que fuesen necesarios sus servicios.

Entre unas y otras discusiones, se pasaron algunas horas, y á la media noche, cuando era llegado el momento de ir á por los toros al cortijo del tío Lucas, presentóse en medio de la plaza Antonio Regúlez, luciendo su hermosa jaca, y causando la envidia y la admiración de casi todos los demás mozos.

Antonio Regúlez no había sido visto desde el obscurecer por parte alguna, y como Rosalía, su novia, estaba á la puerta de su casa charlando con los amigos, cuando el mozo había sido echado de menos, se refirieron mil historias, y se inventaron muchos embustes, creyendo que el mozo, por miedo á ponerse delante de los toros, habíase fugado del lugar.

Todo se aclaró cuando Antonio Regúlez, jinete sobre su jaca, se presentó á media noche, manifestando que había ido al pueblo inmediato á invitar á Lagartijo á la fiesta. Todos prorrumpieron entonces en aplausos, y la alegría del vecindario llegó al colmo, al saber que el incomparable diestro cordobés había aceptado la invitación, prometiendo ir á la mañana siguiente.

Y, ¡aquí fué Troya! desde el Alcalde al último vecino todos tomaron parte en la discusión que se promoviera al tratar del alojamiento del torero. Todos querían llevárselo á su casa; pero entonces Antonio Regúlez manifestó que *Lagartijo* no necesitaba alojamiento, porque llegaría por la mañana y regresaría á media tarde al pueblo inmediato para coger el tren que iba á Madrid,

y los ánimos se calmaron. Antonio Regúlez manifestó además que Rafael Molina comería con él en su casa, pero que el señor Alcalde, en representación del vecindario, los podía acompañar, y así quedó convenido, terminando toda la discusión acerca del particular.

Acto seguido, todos los mozos del pueblo se dirigieron al cortijo del tío Lucas, en animada y bulliciosa cabalgata.

II

Rosalía, que estaba loca de contento porque su novio había tenido la tan celebrada idea de invitar á *Lagartijo*, al ver partir á los mozos en dirección al cortijo del tío Lucas, apresuróse á salir al paso á Antonio Regúlez, quien tuvo que hacer un gran esfuerzo para no atropellarla con la jaca, por que la moza se había puesto delante.

—¿Qué quieres, Rosalía?

—Decirte por última vez que no se me antoja que sirvas de diversión al pueblo, como los demás zánganos que van á torear mañana.

—Es un conpromiso, mujer, y no puedo volverme atrás.

—¡Un conpromiso! ¿Es que para ti no significa yo nada? ¿No soy nadie para ti?

—Para mí lo eres todo, Rosalía. Ya lo sabes tú, mi alma y mi vida.

—No se conoce, cuando no haces caso de mis consejos.

—Pídeme cuanto quieras; pero á ese capricho no puedo acceder, porque me pondría en ridículo.

—Aunque te pusieras en ridículo, que no es verdad, debes hacer lo que te digo para demostrarme que me quieres. En ridículo mayor me pones tú

ante todas las mozas que se figuarn que yo no te amo, si permito que expongas tu vida.

—Eso son tonterías.

—Será lo que tú quieras; pero me duele mucho que dude nadie de mi amor.

—Conque no dude yo, tienes suficiente.

—¡Ingrato!—agregó Rosalía, no sabiendo ya que decir, y enjugándose una lágrima con la punta del delantal.

—No llores, porque soy capaz de bajarme de la jaca, y fingirme enfermo por darte gusto—dijo entonces Antonio Regúlez, al ver á su novia aparentemente tan compungida.

—¡Si tú hicieras eso!...

—¿Qué?

—Nada. Si lo hicieras... me demostrarías que correspondes á mi cariño.

—Está bien. Pues mira, ahora voy á por los toros para que los demás no me echen de menos, y cuando los bichos estén encerrados, iré á hablar contigo, si no me niegas este favor, y así me venceré de que me quieres.

—El encierro va á concluirse muy tarde y á esas horas no me parece bien.

—Cuanto más tarde, mejor. De esta manera no me verá nadie entrar en tu huerto, adonde saldrás por la puerta trasera para esperarme.

—Pero ¿qué pretendes, Antonio?

—Ya te lo he dicho, convencerme de que me quieres mucho—dijo el mozo poniendo término á la conversación y espoleando la jaca partió con velocidad, camino del cortijo del tío Lucas, adon-

de los varones todos del pueblo, exceptuando los viejos inútiles y los niños, se dirigían.

Rosalía lo contempló, mientras se alejaba, y respirando con satisfacción como quien acaba de conseguir un triunfo, encaminóse pensativa hacia su casa, á cuya puerta se encontraban las amigas, que, como siempre, sacaron á relucir el tema de si debía ó no debía picar Antonio al día siguiente.

—Lo que sea, sonará—replicó la moza, queriendo terminar de una vez aquella conversación que le molestaba.

—Pues lo que va á sonar, ya se sabe—le respondió una de las más pizpiretas y envidiosas de las amigas.—Que tú no eres capaz de apartar del peligro á tu novio, y que tu novio no te quiere tanto como dice, cuando no te hace caso.

—Mi novio no ve más que por mis ojos, y hará lo que se me antoje.

—Mañana hablaremos.

—Hablares mañana.

Y, aquella noche, no se volvió á hablar más del asunto, con gran satisfacción de Rosalía, que había formado su resolución, y sabía que su amor propio iba á quedar satisfecho acerca de aquel particular.

III

Cuando los toros que habían de lidiarse en la corrida organizada por el Ayuntamiento con la ayuda de los vecinos, fueron tras de muchos apuros y sobresaltos conducidos desde la finca del tío Lucas al pueblo, y quedaron encerrados en el corral del Síndico, todos los mozos se fueron á descansar para estar dispuestos para la fiesta.

Antonio Regúlez, siguiendo la conducta de los demás, habíase despedido hasta el día siguiente, y, llevando la jaca del diestro, retiróse á su casa, de la que no tardó en volver á salir, encaminándose al huerto de su novia, donde Rosalía lo esperaba.

Todos dormían á pierna suelta en el pueblo, y nadie pudo ver por consiguiente á Antonio, que procurando recatarse, llegó á la puerta del huerto de Rosalía, y empujándola con suavidad entró furtivamente, temeroso de que su novia se hubiese arrepentido de acudir á aquella cita.

Faltaba poco tiempo para que amaneciese; pero como la luna llena lucía su disco esplendoroso en el espacio, la claridad de la noche era tanta

que se distinguían todos los objetos como en medio del día.

Allí estaba la moza, sentada en un banco rústico del huerto, esperando á Antonio, cuando éste llegó, tembloroso y agitado por la emoción de aquella entrevista, que era la primera que á tan altas horas y en sitio tan solitario celebraba con su novia, á quien adoraba con todo el entusiasmo de su amor primero.

Durante más de dos minutos, ni uno ni el otro acertaron á pronunciar una palabra, y cuando, al fin Antonio, más resuelto, se atrevió á hablar, Rosalía prorrumpió en llanto tan copioso, que casi hizo á su novio arrepentirse de su deseo de verla á aquellas horas.

Si era ó no sincero el llanto, y si Rosalía tenía razón para llorar, Dios lo sabe, pero como nada hay tan conmovedor como las lágrimas, Antonio sintió llegar al fondo de su ser un frío glacial que le helaba la sangre y que contribuyó poderosamente á aumentar el inmenso cariño que ya sentía por aquella moza, la mejor y más deseable de todas las del pueblo.

Profundamente impresionado. Antonio sentóse al lado de Rosalía, en el mismo banco de madera en que ésta se hallaba, y separándole las manos de los ojos, que preñados de lágrimas eran aún más hermosos y provocativos, comenzó á acariciarla, deslizándose en sus oídos las palabras más dulces que su pasión le sugería.

—¿Tomarás mañana parte en la fiesta?—preguntó, al fin, la moza, algo más tranquila.—¿Te harás caso de mí?

—¿Cómo quieres que no te obedezca—repuso Antonio,—si me lo pides con esa cara de Dolorosa, que me traspasa el alma?

—¡Gracias, Antonio de mi vida!

Y en esta sabrosa plática dejaron transcurrir el tiempo, colmándose de caricias que enardecía su sangre juvenil, hasta que, perdida completamente la razón y embriagados por la pasión que experimentaban el uno por el otro, dejaron á la madre naturaleza ejercer sus funciones augustas.

.

El sol estaba ya en alto, cuando Antonio, abandonando el huerto de Rosalía, se dirigió á su casa.

El pueblo se había ya despertado, y no faltó quien viese á Antonio, y lo saludara, por lo que todo fueron comentarios cuando, mediado el día y echándose de menos al mozo, se supo que éste se hallaba indispuesto y no podía tomar parte en la fiesta.

Algunos no se recataban en decir que Antonio Regúlez no picaba porque tenía miedo; las mozas afirmaban que porque no sabía. Rosalía, que aquella tarde estaba tan pálida é inquieta como jamás había estado, entre medrosa y avergonzada, sostenía que su novio era un valiente, que sabía picar y que era capaz de poner hasta seis puyas seguidas.

Porque Antonio Regúlez no tomase parte en la fiesta, pretextando hallarse enfermo, la corrida no dejó de celebrarse; pero tantos disgustos y sobresaltos proporcionó que el Alcalde, cuyo hijo no

fué capaz de despachar el toro que le había correspondido, juró que en aquel pueblo no se volvería á celebrar, mientras él empuñase la vara, ninguna función taurina, así fuese á pedírselo el propio Presidente del Consejo de Ministròs.

Cuadrilla de pájaros

I

No recuerdo en que año ocurrió el verídico suceso, cuyo relato, curiosísimo y por demás interesante para cuantos á las cosas que con la fiesta nacional se relaciona tienen afición, voy á hacer; pero seguramente no han transcurrido muchos inviernos, que no siempre se ha de contar por primaveras, puesto que viven y no son viejos algunos de los personajes que en él intervinieron como actores.

No es cuento, es historia, que como todas las que con los toros ó toreros tienen alguna relación, posiblemente no será completamente desconocida; pero valga por lo que valiere, para que los que la saben puedan recordarla, y para que la aprendan los que la ignoren, aquí se me antoja referirla, porque digna de referirse la creo

«Y si, lector, dijeres ser comentario,
como me la contaron, te la cuento.»

II

En Badajoz, donde hay sobra de afición taurina, que contribuyen á fomentar algunos ricos desocupados, amigos personales de todo el que viste ó ha vestido alguna vez el traje de luces, vivía no hace muchos años un viejo lidiador de toros, que en sus mocedades había lucido su «garbo» y su habilidad en casi todas las plazas extremeñas, y que era conocido por el apodo de el «Cuervo».

En la época de referencia, el Cuervo vivía retirado de la afición, atendiendo á las necesidades de su vida con el producto de su trabajo.

Era carpintero, y continuamente veíasele ocupado en aserrar maderas, fabricar muebles, ó mover la cola, que todos los menesteres del oficio tenía que ejercer el Cuervo en su taller, donde no había más oficiales ni aprendices que su propia persona.

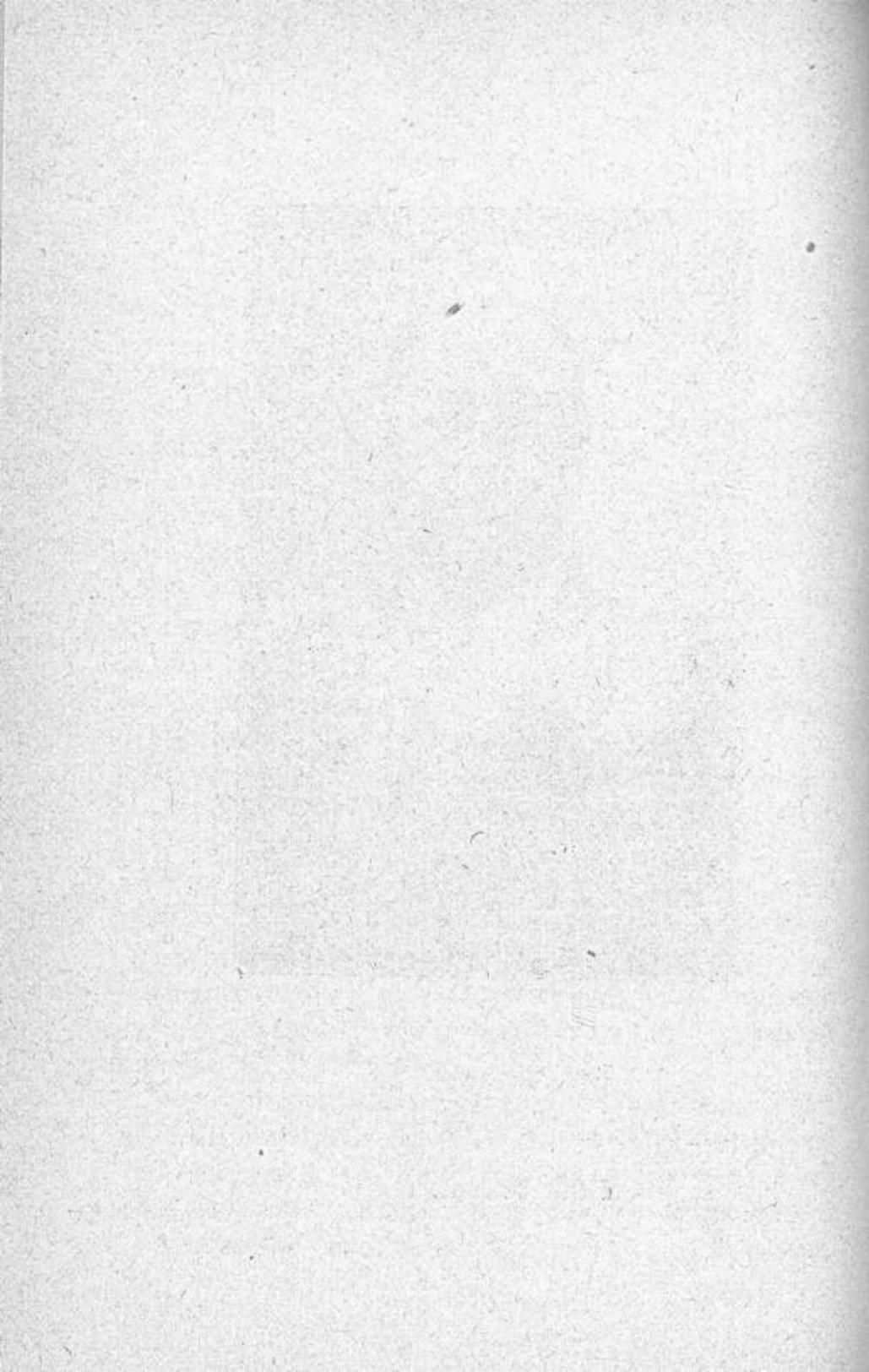
Pero, como no inútilmente el hombre había recibido alternativa de matador de toros, se acordaba con frecuencia de sus triunfos, y siempre que tenía ocasión y contaba con auditorio dispuesto á escucharle, complacíase en referir una por una



Luis Mazzantini

Julio 1910

LUIS MAZZANTINI



sus proezas, lamentándose de lo poco que el arte había adelantado desde que él se retiró, aunque sin cortarse la coleta, porque la coleta—decía él mismo—no debe cortársela ningún torero que se estime en algo, aunque deje de torear.

Un día llegó al taller del émulo de Pepe-Hillo un empresario de tres al cuarto, que tenía necesidad de buscar una cuadrilla barata, para que «echasen fuera»—como en el «argot» taurómico se dice—cuatro «pavos» en la plaza de Alburquerque. Expuso su deseo, y el Cuervo, á los sesenta años de edad, comprometióse á ejercer sus facultades de primer espada, encargándose además de buscar la gente que le había de ayudar á salir airoso de aquel compromiso.

Abandonó el hombre sus herramientas del oficio, púsose de punta en blanco, cerró su taller, y salió presuroso en busca de muchachos inteligentes y valerosos que quisieran contratarse. A éste hablo, al otro le dejo de hablar, y por una calle entro y por otra salgo, llegó al obscurecer á la de Jarilla donde encontró al «Cernícalo» sentado á la puerta de su casa refiriéndole á un corro de vecinos sus correrías.

—¿Y qué te pasó, Cernícalo?—preguntaba un mocetón recio y bravo, que medio tendido en el suelo escuchaba al aficionado con la boca abierta.

—Pos na, hombre. Que me colé en er tren sin billete, porque no aviyelaba parnés pa mercarlo, y apenas echamos á andá, llega el revisó. Er billete,—me dice.—Se me ha perdío.—Pos tiene usté que pagá doble.—¿Ha hecho usté siete

y media, amigo?—Llama á la guardia civil creyendo que me pitorreaba y me dieron un «tute» que me río yo de los buenos jugadores.

—Déjate de juegos, y vente conmigo que tenemos que hablar—dijo el Cuervo interrumpiendo al Cernícalo, que apresuróse á levantarse.

—¿Hay corría?

—Y de mucho compromiso.

Y ambos empezaron á andar, sin despedirse del grupo de vecinos, que no vieron con buenos ojos que el Cuervo se llevase al Cernícalo, quitándoles la diversión.

Ambos toreros fueron á un café, donde ya los esperaban como una veintena de aficionados, que al olor de la contrata, habían acudido diligentes en solicitud de un puesto en la cuadrilla.

Todos pedían mucho dinero al principio y todos se ofrecieron á torear gratis, con tal de «salir»; pero como eran muchos, y la cuadrilla no podía constituirse con tantos, hubo necesidad de prescindir de aquellos que menos aptitudes tenían, á juicio del Cuervo, y todo quedó convenido á satisfacción del anciano lidiador de toros, que estaba que no cabía en sí de gozo, al pensar que iba á reverdecer sus laureles.

La cuadrilla la componían el Cuervo, el «Gorrion», el «Canario», el Cernícalo, el «Lechuza», el «Gilguero», el «Pajarito» y el «Liebre», apodos de ave, excepto el del último, y por esta razón el empresario al tener conocimiento de las personas que iba á llevar á Alburquerque dijo que en vez de cuadrilla, iba á torear una bandada de pájaros.

La frase se hizo camino y cada vez que por las calles de la urbe extremeña se veía á alguno de aquellos individuos, se decía: Ese es de la «cuadrilla de los pájaros».

III

Reverte, el valeroso diestro de Alcalá del Ríó, que tan esclarecido nombre ha dejado en la historia de la Tauromaquia, comenzaba, por la época en que ocurrió el suceso de referencia, á sostener aquella famosa competencia artística que tanto dió que hablar á los aficionados, con el entonces colosal astro de primera magnitud que se llamaba Manuel García «Espartero», y por recomendación de un amigo suyo, residente en la capital de Extremadura, había prometido al Canario llevarse-lo de peón en su cuadrilla, si en las fiestas de toros que en aquel verano tomase parte, demostraba ser digno de vestir el traje de luces.

El *Cernícalo*, que había obtenido de Mazzantini, en cierta ocasión, la honra de servirle de mozo de estoque, pretexto que le sirvió para asistir *de*

gorra á una corrida, creyéndose sin duda por esta razón más torero que el célebre *Paquiro*, había escrito, al ser contratado, al diestro de Elgóibar, recordándole aquel servicio y solicitando su protección. En dicha carta ofrecía el *Cernícalo* rayar á gran altura y dar motivo para que hablasen de él los papeles. Y ya con esto veíase el *Cernícalo* tomando la alternativa de manos del propio Mazzantini, su *padrino*, como desahogadamente le llamaba él al torero-político siempre que de éste se hablaba.

Así es que el Canario, que ambicionaba torear al lado de un buen maestro, por esta causa, y cada uno de los demás de la «cuadrilla de los pájaros» por otra, el Cuervo por su deseo de reverdecer sus laureles, y todos por quedar bien, no había uno que al salir para Alburquerque no fuese decidido á nublar las glorias del propio «Chiclanero», y contentos y deseando que llegara la hora de verse en la plaza, emprendieron el camino, llegando á la citada villa al atardecer del día anterior al de la fiesta.

La mayoría de los animosos y noveles toreros, en su deseo de figurar en el cartel, no iban á cobrar dinero alguno por su trabajo; pero la empresa se había encargado de costearles el hospedaje, y por cuenta de la empresa se les habilitaron camas en la posada del pueblo, se les sirvió una buena cena, y al día siguiente, el en que iba á verificarse la corrida, se les preparó para almorzar una enorme cazuela de arroz con bacalao, que á pesar de la sobra de apetito de que

los muchachos disfrutaban, no fueron capaces de consumir.

Era la última comida que por cuenta del empresario iban á hacer y todos comieron más de lo que les convenía; pero, como á pesar de ello, les sobrara arroz en abundancia, el Pajarito tuvo el buen acuerdo de echar el contenido de la cazuela en un papel grueso, que el dueño de la posada le proporcionó, guardándoselo después entre la faja que llevaba á la cintura.

Y después de almorzar, y de pasear sus gentiles personillas por las calles de Albuquerque, cuyo vecindario los contemplaba con asombro, comenzaron á vestirse sus respectivos trajes, cuyas luces iban todas apagadas, disponiéndose así para la corrida.

La plaza estaba rebosando; todo el vecindario de Albuquerque, y muchos aficionados de los pueblos próximos y aun de la misma capital de la provincia, deseosos de ver al Cuervo torear á los sesenta años, habían acudido, prefiriendo saber por ciencia propia lo que por sí mismos podían saber antes que nadie que se lo contara.

Comenzó al fin la fiesta con regocijo de los espectadores, y no con mucha satisfacción de los toreros, á quienes, para desengrasar les soltó la la empresa un buey de doce años de edad, con muchas libras y con metro y medio de pitones, que sembró el pánico entre la cuadrilla.

Desde el primero al último de los lidiadores sintieron al ver en la plaza aquel «pavo» tal «jinda», que las piernas de todos comenzaron á temblar.

Nadie se atrevía á echar al buey su capote, y uno tras del otro, todos los individuos de la cuadrilla andaban tan atortolados y confusos, que los espectadores comenzaron á gritar llenándolos de improperios.

El Cuervo excitaba á los muchachos, diciéndoles que el bicho no se traía nada; pero éstos creían que el primer espada debía darles ejemplo de valor siendo el primero en abrirse de capa, y el uno por los otros, el tiempo transcurría, el público gritaba cada vez con más fuerza, y el Presidente no sabía qué partido tomar.

El Pajarito fué el que, deseando poner término á aquella situación embarazosa, se atrevió primero, y apenas desplegó el capote, y sin él esperar, el «buey» lanzóse en su persecución alcanzándolo y volteándolo aparatosamente.

El susto que todos experimentaron no es para descrito; porque, al ser el muchacho lanzado al aire por el cornúpeto, brotó de entre la faja del joven torero un chorro de arroz, tan prolongado y abundante, que algunos espectadores creyeron que era sangre blanca, y así lo creyó también el Liebre, quien, veloz como un rayo, tomó el partido de poner los pies en polvorosa, desapareciendo de la plaza sin que nadie volviese á verlo.

Cuando el público se apercibió de que lo que llevaba el Pajarito en la cintura era el arroz que le había sobrado del almuerzo, la «chifla» con que fué obsequiado el torero, oyóse en diez leguas á la redonda.

De escándalo en gritería, y de gritería en escándalo, pasó el público la tarde sin que ninguno de los «maletas» que pisaban el ruedo hiciera nada que justificase su afición taurina. Los cuatro bueyes fueron conducidos al corral por los cabestros, después de pasearse por la plaza donde no encontraron á nadie que se les pusiera delante.

El Presidente dió orden de detener á los lidiadores, y le impuso una crecida multa á la empresa; pero ni los toreros fueron habidos ni la empresa, como siempre ocurre, quiso pagar.

La cuadrilla, presintiendo sin duda la suerte que les esperaba, había «tomado el olivo», y uno tras otro, salieron «de najas» y á buen paso, con billete de carretera, regresaron á Badajoz, sin haber tenido tiempo de quitarse el traje de luces.

Los viandantes con quienes tropezaron en el camino, asombrados de ver á los toreros corriendo como alma que lleva el diablo, les hicieron víctimas de toda clase de burlas; pero la cuadrilla, sin darse ninguno por aludido ni volver siquiera la vista atrás, proseguía su carrera, como si los toros fuesen todavía en su persecución.

Jadeantes y sudorosos llegaron á media noche á un ventorro, próximo ya á la capital, donde el Liebre los esperaba todavía con el traje de luces y destrenzada la coleta.

Grande fué el asombro de todos, cuando al contemplarse respectivamente se dieron cabal idea de su ridícula facha y de la bochornosa situación en que se encontraban; pero todo ello no fué inconveniente para que los unos y los otros rela-

tasen el sinnúmero de proezas realizadas ante los cornúpetos, como si pretendieran, al mentir tan descaradamente, engañarse á sí mismos.

—Por qué huíste al empezar la corrida?—preguntó el Canario á el Liebre, apenas se reunieron en el ventorro.

—¿Qué querías que hiciese?—Apenas vi que el primer «pavo» echó por el aire al Pajarito, comprendí que tenía intención de que todos volásemos y como todos vosotros tenéis alas, porque sois aves, y yo soy el único que no las tengo, me dije: echaré á correr, y por mucho que corra, ellos volando me encontrarán en el camino. Ya creí que estaríais todos en casa.

A la mañana siguiente el Cernícalo entró en su casa mohino y avergonzado, y su padre, al verle en situación tan lamentable, quiso cortarle la coletas.

—¡No me la corte usted, que va usted á quitar el pan á mi descendencia!—gritó el torero, defendiéndose de las iras y de las tijeras paternas.

Pocos días después, el Canario recibió una carta de Reverte, en la que el famoso diestro le quitaba toda esperanza de llegar á formar parte de su cuadrilla.

De Mazzantini no obtuvo el *Cernícalo* contestación alguna.

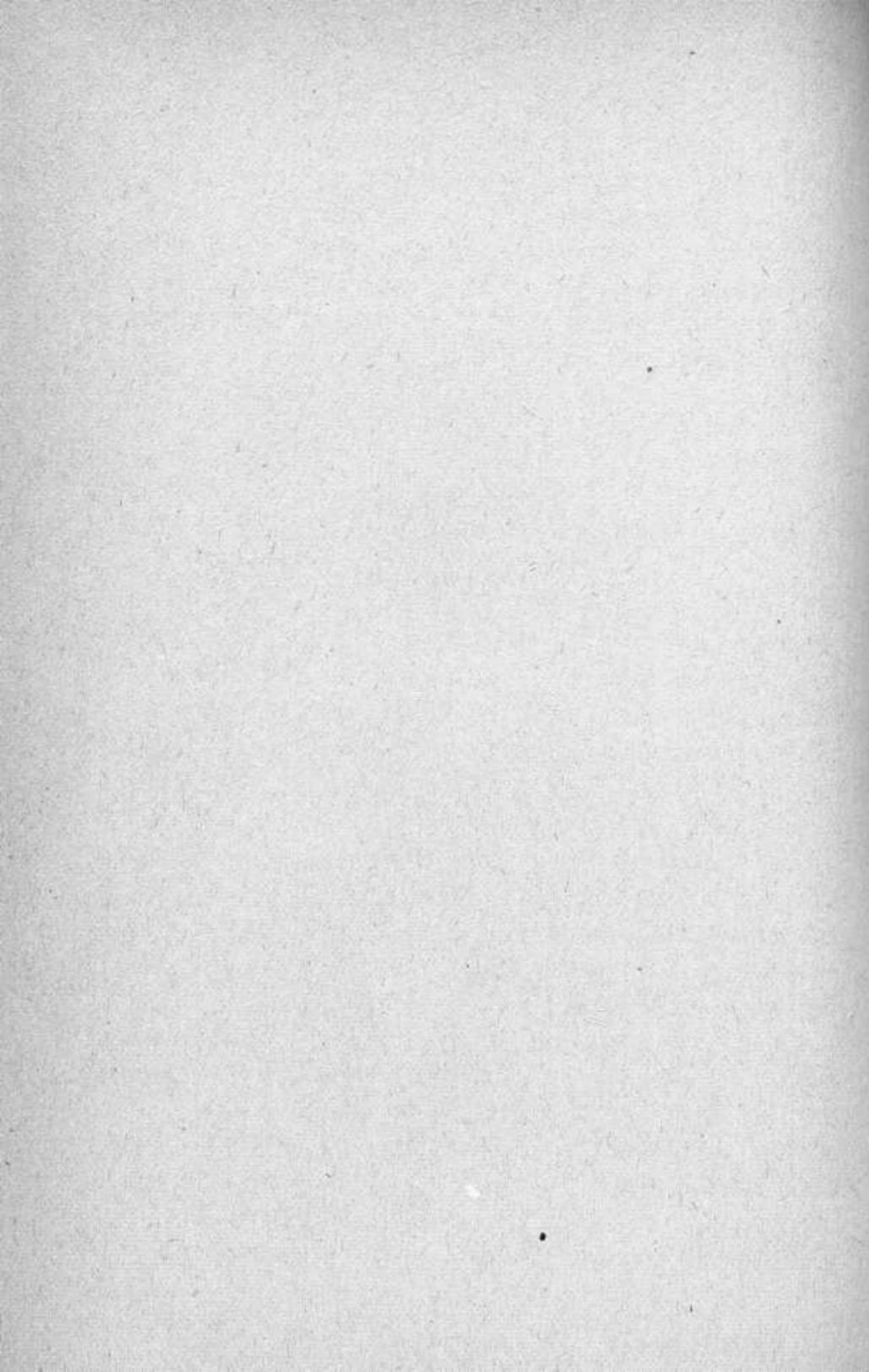
La carta del torero de Alcalá del Río terminaba con el siguiente párrafo:

«Estoy enterao de too, y no quio levá á mi vera ningún pájaro, porque mi cuadrilla se compone de hombres.»



ANTONIO REVERTE

A pesar de esta jornada tan desgraciada, el Cuervo no quiso morir siendo víctima de la «rechifla» de sus paisanos, y cuando tuvo ocasión, volvió por su prestigio y por su nombre, saliendo nuevamente á torear á la misma plaza, de donde, después de ser cogido por un buey de ocho años, se le trasladó en una camilla al hospital, falleciendo pocos días después.



La Sífide

I

La rapaza, siguiendo el ejemplo de muchas otras jóvenes que con un lío de ropa bajo el brazo habían salido de la aldea para irse á servir á Madrid, de donde luego habían regresado convertidas en unas señoronas, subi6se una mañana al carro del ordinario que iba á la capital, decidida á hacer fortuna.

De nada le sirvieron las súplicas de Angel, su novio, que á todo trance intentó quitarle de la cabeza semejante desatino; ni las amenazas de su abuelo que acudió al Párroco en demanda de auxilio.

El sermón que le predicó el Cura, pintándole con vivos colores la corrupción del mundo y los muchos peligros á que una joven se ve expuesta en las grandes poblaciones, donde el diablo se disfrazara para mejor tentar á las criaturas humanas, lo escuchó la moza como quien oye llover, y fingiendo convencerse y desistir de su propósito,

para efectuarlo con más libertad, abandonó, al fin, el hogar paterno, y plantóse en Madrid.

Tan pronto como llegó á la villa y corte, escribió á su abuelo pidiéndole perdón, y á Angel diciéndole que lo querría siempre, y dirigióse á casa de la hija del tío Nicéforo, otra muchacha que tres años antes había hecho lo que ella hacía ahora, y que en tan poco tiempo había logrado reunir un capital, no se sabe de qué modo.

Benita, que así se llamaba la moza, llegó á casa de su paisana, le expuso su propósito pidiéndole protección y la aprovechada hija del tío Nicéforo, ofreció ayudarla.

—No eres muy bonita; pero tampoco eres despreciable, y bien vestida y con gramática parda, puedes llegar adonde te propones, si te favorece la suerte—le dijo la protectora.

—¿Pero es necesario ser bonita?

—Absolutamente necesario.

—Entonces...

—No te desanimes, porque no eres fea que espantes, y la habilidad y desenvoltura suple y aun á veces aventaja á la belleza. Quédate en mi casa y déjate llevar.

Y Benita se dejó llevar, y no tardó en lucir vestidos de seda, gracias á las útiles lecciones de su protectora.

A la aldea no llegaron más cartas de Benita, que las que ésta había escrito á su abuelo y á su novio cuando llegó á Madrid; pero, como el tío Nicéforo sostenía frecuente correspondencia con su hija, no se tardó en saber la fortuna de Benita,

que había aceptado la protección de un banquero, siguiendo los consejos de su protectora.

Angel, al conocer semejante infidelidad, y deseando conquistar una fortuna para humillar un día á la que tan vilmente lo había burlado, también quiso ir á Madrid, donde hay muchos que se mueren de hambre; pero donde la audacia sirve mucho para escalar altos puestos.

No sabía Angel qué caminos había de seguir para crearse una posición, ni conocía mucho la vida para darse idea exacta del dinero que había de necesitar para que Benita volviese á él de nuevo sus ojos; pero estaba convencido de que dádivas quebrantan peñas, de que el oro es llave que abre de par en par el corazón de la mujer más desdeñosa.

Alientos no le faltaban, y, aun cuando no sabía más oficios que el de herrador, y suponía que en Madrid habían de sobrar herradores más peritos que él, á Madrid se fué tan pronto como hubo reunido cuatro ochavos.

¡Qué emoción más honda experimentó el aldeano al llegar á la estación de Atocha, y saltó del tren para lanzarse, cual nuevo Quijote, en busca de aventuras! Todas las mujeres galantes le hacían temblar; porque pensando en Benita, se preguntaba siempre á sí mismo: ¿Irá tan bien vestida como ésta?

Lo primero de qué se preocupó Angel fué de buscar á Benita, y, como el tío Nicéforo le había facilitado las señas de su hija, á casa de ésta fué, preguntando por su novia.

La hija del tío Nicéforo, que por cierto quedó

encantada de la sencillez de Angel, y de la vehemencia de su amor, le dijo que ignoraba el paradero de Benita, como era verdad, porque ésta no necesitaba ya consejos de nadie para volar libremente, y había dejado de ver á su protectora.

La decepción de Angel fué grande; pero no se acobardó por eso, encontrando en esta contrariedad un nuevo estímulo para su empresa. Después de todo era una fortuna el no haber encontrado á Benita, porque ¿qué medios de vida podía él ofrecerle entonces, ni con qué iba á humillarla? No hubiera sido él el humillado y hasta escarnecido, si se ponía entonces en su presencia?

Así pensaba el aldeano, después de la impresión de los primeros momentos, y cuando, al salir de la casa de la hija del tío Nicéforo, comprendió que era necesario mucho dinero para costear el boato con que viven cierta clase de mujeres.

Más tarde logró averiguar que Benita se encontraba en París y respiró con tranquilidad, porque, al ir por las calles, llevaba siempre el temor de tropezar algún día con aquella ingrata.

Y, sin intentar nuevas pesquisas, alentado por su deseo de alcanzar la victoria, lanzóse á la lucha, con el pensamiento siempre fijo en las lejanías de su incierto provenir.

Inútil es seguir, paso á paso, la senda recorrida por Angel hasta que consiguió sus propósitos de crearse una posición cómoda é independiente. Eternas le parecían las horas durante los primeros días de su doloroso calvario, cuya amargura era más horrible cuanto mayor era el cariño que á Benito profesaba.

Pero venció, venció, al fin, después de muchas vicisitudes, y llegó á verse dueño de un capitalito, que en otra época le hubiera parecido fabuloso, y que ya le parecía insuficiente.

Angel había sido siempre desinteresado; pero su anhelo constante de poder en alguna ocasión humillar con sus riquezas á la que por no ser rico lo había abandonado, le obligaba á amontonar los miles de pesetas, creyéndose siempre pobre.

Angel no había ejercido en Madrid más que durante los dos primeros meses su oficio de herrador. Su ingenio y su constancia le habían proporcionado medios de vida lucrativos, y cuando logró reunir las primeras quinientas pesetas lanzóse á especulaciones industriales y mercantiles, que fueron convirtiéndolo poco á poco en un burgués.

Angel, que no dejaba de concurrir á todo negocio productivo, metióse por último á empresario de la fiesta taurina, después de haberlo sido también de teatros.

Cuando esto ocurría, el antiguo herrador tenía cuenta corriente en el Banco de España, era dueño de una hermosa finca rústica en Cáceres, y propietario de varias casas en Madrid.

II

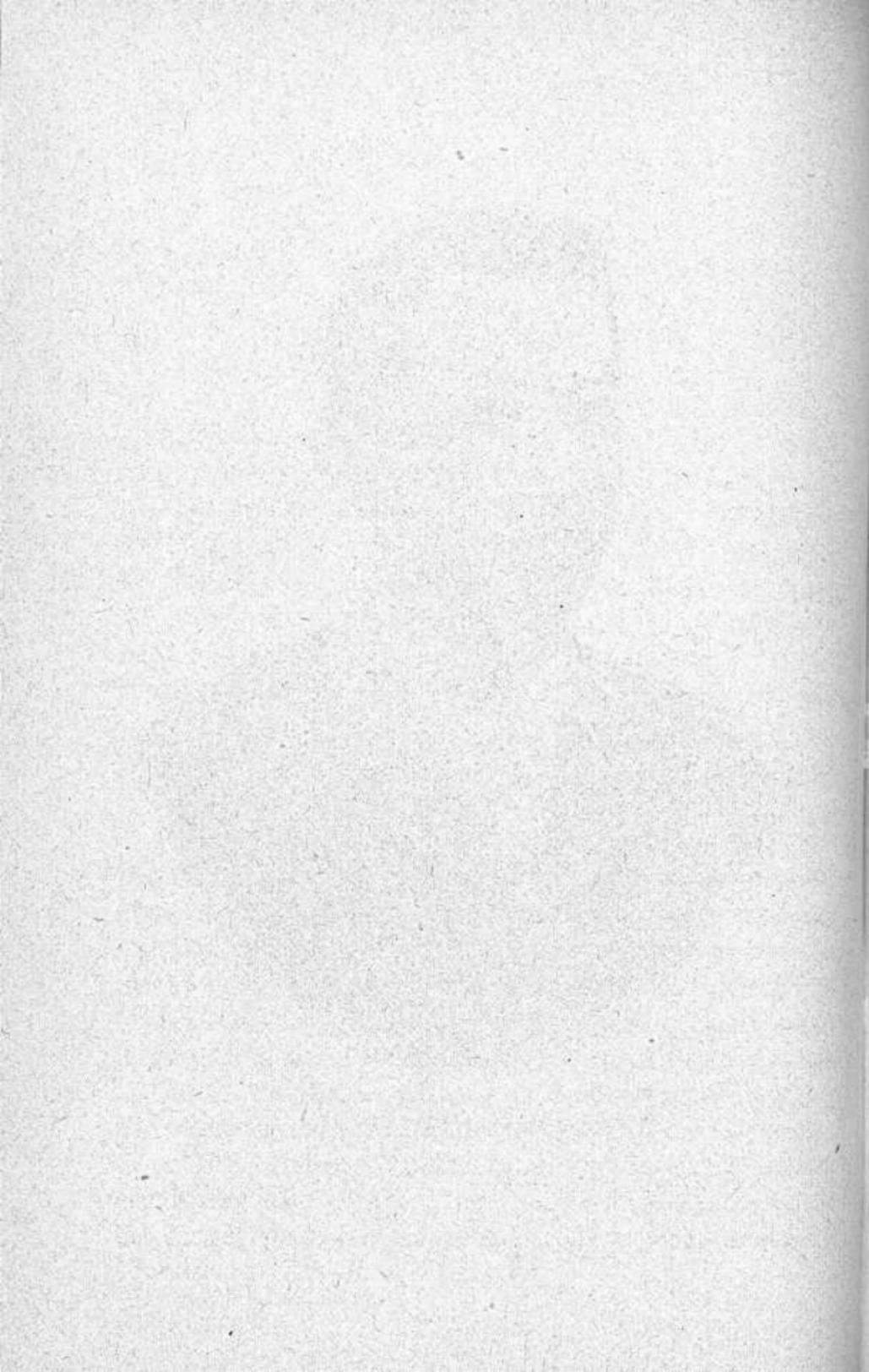
Angel había arrendado por toda una temporada la plaza de toros de Barcelona, y á Barcelona trasladó su residencia para ponerse él mismo al frente del negocio, y como en la capital del Principado no conocía á más gente que la que las relaciones de su empresa le obligaban á tratar, cuando paseaba por las Ramblas, veíasele siempre acompañado de gente de coleta, cuya amistad no rechazaba, porque siempre era ventajoso escriturar para las corridas á los amigos, cuya amistad podía invocarse para rebajar el precio del ajuste.

Una noche, la víspera de una corrida que había despertado gran expectación entre los aficionados catalanes, recibió Angel un telegrama de Madrid, en el que se le notificaba que habiendo sido cogido por un toro el diestro Antonio de Dios (Conejito), le era imposible torear en Barcelona.

Angel se sofocó mucho, porque el billeteaje para la fiesta estaba vendido casi todo y era preciso devolver el dinero. El compromiso era grande, porque no había en Barcelona espada que pudiera substituir al Conejito, ni se disponía del tiempo necesario para contratar á otro telegráficamente;



ANTONIO FUENTES



era de todo punto necesario suspender la corrida, que le iba á producir una ganancia de más de tres mil duros, y que con la suspensión le costaría una pérdida enorme, pero acostumbrado Angel á solucionar conflictos mayores, no se inmutó, y antes de dar su brazo á torcer, confiando en la fortuna que siempre lo había protegido, dirigióse al Café Suizo, punto de reunión de los toreros y aficionados residentes en la población.

Entró Angel en el café por la puerta de la Plaza Real, atravesó la sala de billares, y tomó asiento, después de saludar á algunos amigos que en el mismo lugar se encontraban.

Media hora después rodeaban al empresario gran número de gente de coleta, que como moscās á la miel habían acudido al olor de la contrata. Entre los contertulios de Angel hallábase esa noche un picador de la cuadrilla de Antonio Fuentes, que en el mismo día había llegado á Barcelona de paso para una de las plazas más importantes de la provincia, donde este torero iba á lidiar una corrida de feria.

El picador le fué presentado á Angel por el contratista de caballos, allí presente, y en esta presentación vió el entendido empresario la solución del conflicto; pero como hombre ducho y experimentado, esperó que se le presentara ocasión oportuna para plantear el problema, convencido de que esta ocasión no había de faltarle.

Angel tuvo el buen acuerdo de no mencionar para nada el telegrama que había recibido del Conejito, y cuando después de hablar de cosas

y de personas que con la fiesta nacional se relacionaba, se levantó para marcharse uno de los concurrentes, dirigió la palabra al picador, lo que todavía no había hecho directamente después de haberle sido presentado.

—¿Y usted no está cansado del viaje?—le dijo.

—Nosotros semos de jierro.

—Sin embargo, como mañana tiene también que viajar no le conviene acostarse tarde.

—Maldita la gana que tengo yo de dir á ese pueblo á que vamos.

—Pues no puedo hacer nada por usted. Tengo ya mis cuadrillas contratadas, y no faltan que llegar más que dos ó tres toreros.

—Se agraece la intención.

—Sin embargo, si Fuentes, su maestro, quiere torear dos corridas á precio arreglado, quizás le diese á la afición de Barcelona una sorpresa.

—¿Dos corrías? ¿Por qué no va á queré?

—Porque es imposible.

—Yo me comprometo á que quiera. Imposible no hay naa.

—Pues, si usted se compromete, ahora mismo voy á la imprenta á decir que me hagan unos avisos anunciando que mañana alternarán en la plaza de Barcelona tres matadores en lugar de los dos que están escriturados.

—Mañana no pue ser eso, porque tenemos que dir á otro lao.

—Pues no hablemos más del asunto. Creí que cuando un hombre da una palabra, la sabía cumplir.

—Pero ¿qué va' á decir la gente de ese pueblo?

—Que es usted un hombre que no cumple lo que promete.

—No pue ser; no pue ser.

—Imposible no hay nada, según usted dice, y como no quiero yo que un amigo como es usted quede mal conmigo, yo me comprometo á buscar un médico que certifique que Antonio Fuentes se encuentra enfermo, y no puede continuar el viaje.

—No se me había ocurrió, don Angel.

—Y conste que me perjudico, porque voy á aumentar los gastos de mi presupuesto sin utilidad ninguna; pero ya lo he dicho, y los hombres no deben decir lo que no sean capaces de hacer.

—No hay que hablar más; voy en busca de Fuentes, si doy con el sitio donde está, porque no conozco las calles.

—Las cosas se hacen bien ó no se hacen. Yo iré á buscarlo con usted.

—No se moleste usted, que yo daré con el agujero donde se esconde. Preguntando, se llega á toas partes.

—¿Cómo se llama ese agujero?

—El Trianón.

—Pues vamos allá.

Y Angel, satisfecho de haber solucionado el conflicto, tan á poca costa, pagó el gasto hecho, y salió del café Suizo en compañía del picador, á buscar á Antonio Fuentes.

Como ya en la calle le asaltara la duda de que el espada cediese á los deseos del picador y respetase el compromiso en que éste se había colocado, Angel lo manifestó así claramente.

—No tenga usted duda, don Angel, que no faltará quien lo obligue y lo ponga más blando que una jalea.

—No lo entiendo—replicó el empresario.

—Pos bien claro está. Vicentillo, el banderillero, tiene una querida, con la mar de gracia, que está loca por él dende que lo conoció en Bayona, en una noche de juerga, y Antonio Fuentes está medio chiflao por esa mujer, que ni pa Dios es capaz de conseguirla.

—Sigo no comprendiéndote.

—Déjeme usted acabá. Esa mujé, que es una cantora por lo fino mú famosa, «debuta» esta noche en el Trianón; y por eso ha dió allí Fuentes, y por eso nos hemos queao en Barcelona hasta mañana. Güeno, pues con contale el caso á Vicentillo, mi compare, y con que éste le diga á esa... amiga que le pida este favó á Fuentes, está too consiguió. Eso y mucho más, que cuando yo digo una cosa sé muy bien lo que digo y á lo que me comprometo.

—Ahora me convences.—¿Y tú sabes cómo se llama esa «coupletista»?

—Su nombre no lo sé, porque esas mujeres se llaman de una manera distinta en ca pueblo; pero su mote es mú conocio. «La Sílfide.»

En esto habían llegado al «Trianón», y ambos penetraron en la sala, donde un sinnúmero de artistas de varios géneros hacían las delicias de los concurrentes, en medio de una atmósfera de vicio.

III

Efectivamente, conforme el picador había dicho, en el «Triánón» se encontraba el espada Antonio Fuentes, rodeado de algunos individuos de su cuadrilla y de numerosos admiradores, que escuchaban, como si fuese un oráculo, al inteligente diestro.

Vicentillo no se encontraba al lado del maestro, por lo que Angel y el picador creyeron inútil acercarse á éste, adoptando la resolución de esperar, sentados, la llegada del amante de la Sílfide, que seguramente no tardaría, si es que no se encontraba ya con la coupletista en cualquier rincón reservado.

El picador y Angel se informaron por un camarero de que la Sílfide no había «debutado» todavía, y de que aun faltaban algunos números para que le llegase el turno, y decidieron pasar el rato contemplando las piruetas de las bailarinas y los gestos de las cantantes que alternativamente hacían las delicias de la concurrencia.

Pero no tuvieron que esperar mucho, porque Vicentillo, el banderillero, no tardó en aparecer,

saliéndole el picador al encuentro y llevándolo al sitio donde Angel se encontraba.

El empresario, que en la lucha por la vida, había aprendido mucho y conocía bien las debilidades humanas, mostróse muy obsequioso con Vicentillo, quien, como además no estaba él muy enamorado de su querida, se comprometió á obligar á la Sílfide á que sirviera de cimbel.

Angel estaba muy satisfecho y bendecía íntimamente su fortuna, que siempre, en los momentos y en las situaciones más difíciles, acudía en su socorro, é igual satisfacción experimentaba el picador por salir airoso de su compromiso.

Entre unas cosas y las otras, había transcurrido el tiempo, y le llegó el turno á la Sílfide que casi desnuda presentóse ante la concurrencia, que saludó la aparición de la famosa coupletista con una atronadora salva de aplausos.

Angel, que, desde donde se encontraba, no veía bien la cara de la Sílfide, que tan directamente iba á influir en su negocio quedóse espantado cuando ésta comenzó á cantar. Pálido como un cadáver, tembloroso y profundamente agitado, púsose en pie sobre el asiento, llamando la atención de las gentes, para ver el rostro de la artista, cuya voz había repercutido en su alma de una manera lúgubre, cual si la canción picaresca de la Sílfide fuese un canto funeral entonado á su amor.

Vicentillo y el picador, su compadre, asombrados como el resto de la concurrencia, y sin comprender la causa de la extraña agitación del em-

presario, obligáronlo á sentar para que no llamase la atención; pero ya era tarde.

La Sílfide había visto en medio del concurso que estaba pendiente de su voz y de sus gestos, á aquel hombre que se agitaba tembloroso, de pie sobre una silla, y que parecía tragársela con los ojos, y había reconocido en él al pobre aldeano á quien abandonara antes, por ir en busca del dinero y las joyas con que desde muy niña había soñado.

Al reconocer á Angel, la Sílfide, víctima de una conmoción terrible, perdió la voz, paralizáronse sus movimientos, cayendo al fin sobre el tablado, con asombro de la gente, que acudió aceleradamente en su ayuda.

La Sílfide, no es necesario decirlo, no era otra que Benita, la aldeana que con el lío de ropa bajo el brazo había abandonado su lugar, despreciando los consejos del Párroco y las amenazas de su único pariente.

IV

Antonio Fuentes acompañado de todos los individuos de su cuadrilla, salió la mañana siguiente de la ciudad condal con dirección á un importante pueblo de la misma provincia, para donde estaba contratado.

Vicentillo y su compare el picador pudieron leer; antes de dirigirse á la estación, el aviso que la empresa de la plaza de Barcelona había hecho fijar en los carteles anunciadores de la corrida que debía celebrarse aquella tarde.

El texto del aviso era el siguiente.

«No pudiendo tomar parte en la corrida anunciada el diestro Antonio de Dios (Conejito), que ha sido herido por un toro en la plaza de Madrid, y no disponiendo la empresa de otro espada de la misma categoría, que lo substituya, queda suspendida la fiesta hasta el domingo próximo.

»Las personas que habiendo tomado billetes para hoy, no se conformen con este aplazamiento, pueden reclamar el importe de sus localidades.»

¿Volvieron á verse Angel y Benita? No lo dicen las crónicas.



MACHAQUITO

Regalo de boda

I

Eran por los años aquellos en que los diestros cordobeses Rafael González «Machaquito» y Rafael Molina «Lagartijo» no habían tomado aún la alternativa de matadores de toros, y volvían loca á la afición toreando en competencia en las novilladas.

Las empresas taurinas se disputaban la contrata de los simpáticos y valientes novilleros, y las plazas rebosaban de público cada vez que Machaquito y Lagartijo figuraban en los carteles.

El arte estaba próximo á entrar en el período de decadencia á que hoy ha llegado, y los entusiastas defensores de las glorias españolas, que á tanto equivale el ser defensor entusiasta del toreo, alentaban con sus aplausos á los dos jóvenes lidiadores, porque en ellos veían una esperanza legítima para el engrandecimiento de la fiesta á que el ilustre conde de las Navas ha llamado la más nacional.

Habíanse constituido por entonces, en algunas

poblaciones de España, aquellas famosas ligas tau-rófobas, que no consiguieron al fin otra cosa que perder el tiempo, y era preciso demostrar á los detractores de la fiesta de los toros, que la tauro-maquia no es, como los ignorantes suponen, una lucha de los hombres con las fieras, sino un arte con sus reglas precisas, para el ejercicio del cual se necesitan poseer aptitudes y facultades que no á todos concede la madre naturaleza.

Por estas circunstancias, los aficionados al espectáculo nacional saludaron con júbilo la aparición de Rafael González (Machaquito) y Rafael Molina (Lagartijo) en las plazas, y por eso las empresas, conocedoras del negocio, contrataban á los muchachos cordobeses, que, dicho sea de paso, solían cobrar algo más de lo que acostumbra los novilleros de la categoría suya; pero ningún empresario les regateaba el precio, porque sabía que los valientes cordobeses no dejaban descontentos al público.

No era, sin embargo, solamente por su entusiasmo y decidida vocación al arte, por lo que Machaquito y Lagartijo, ponían tanto empeño en cumplir bien en cuantas plazas salían á torear, sino que también les estimulaba en su labor la competencia que les hacían «Gallito» y «Revertito», otros dos jóvenes de su misma edad que de Sevilla salieron con los mismos redaños é iguales energías que habían salido los de Córdoba.

Los aficionados tomaron gran participación en esta contienda, dividiéndose las opiniones á favor de los unos y de los otros, sin que realmente hubiera en aquella época motivo alguno para pre-

decir el triunfo definitivo de los cordobeses ni de los sevillanos.

Tan encontrados se hallaban los ánimos por una y otra parte, que la afición taurina sevillana, que como era lógico se inclinaba á favor de Gallito y Revertito, reunida una tarde en la plaza de la hermosa ciudad del Guadalquivir, apedreó á los diestros cordobeses que, dicho sea sea en honor suyo, estuvieron valientes en aquella corrida. En cambio fueron los sevillanos mal quistos en la plaza de Córdoba, en cuya ciudad la afición proclamaba las excelencias de Machaquito y Lagartijo sobre sus competidores; pero éstos, aunque no llegaron á satisfacer en absoluto las exigencias de la afición cordobesa, no fueron tan mal tratados en Córdoba, como los de Córdoba lo habían sido en Sevilla.

No es preciso decir en este libro quiénes fueron al fin los vencedores, porque sabido es por demás el número de contratas que cada uno de los diestros consigue en cada año taurino, y porque no es doctrinal precisamente la materia de que aquí se trata.

En aquella época, pues, en que más apasionada era la competencia artística entre sevillanos y cordobeses, llegaron éstos, ventajosamente contratados, á una capital de provincia, donde algunos patriotas habían organizado la corrida, cuyos productos se destinaban al socorro de los heridos en las guerras coloniales, que tan infructuosamente diezmaron á la juventud española.

Hízoseles como era consiguiente, un recibimiento cariñoso, y Machaquito y Lagartijo, cuyas sim-

patías personales eran muchas á causa sin duda de su poca edad, fueron traídos y llevados por toda la población, que con motivo de la fiesta estaba muy animada.

Con el objeto de que el espectáculo resultara lo más brillante posible, las señoritas más aristócratas fueron invitadas á regalar y adornar los rehiletes y las moñas, que habían sido expuestos en el salón de baile del casino, por donde desfiló una muchedumbre inmensa para admirarlos.

Los mismos diestros cordobeses, á su llegada á la población, fueron invitados por la Junta organizadora de la fiesta á contemplar aquellos objetos adornados y regalados por las hijas de las familias más acomodadas, y Machaquito y Lagartijo quedaron admirados de la esplendidez y gusto de las donantes.

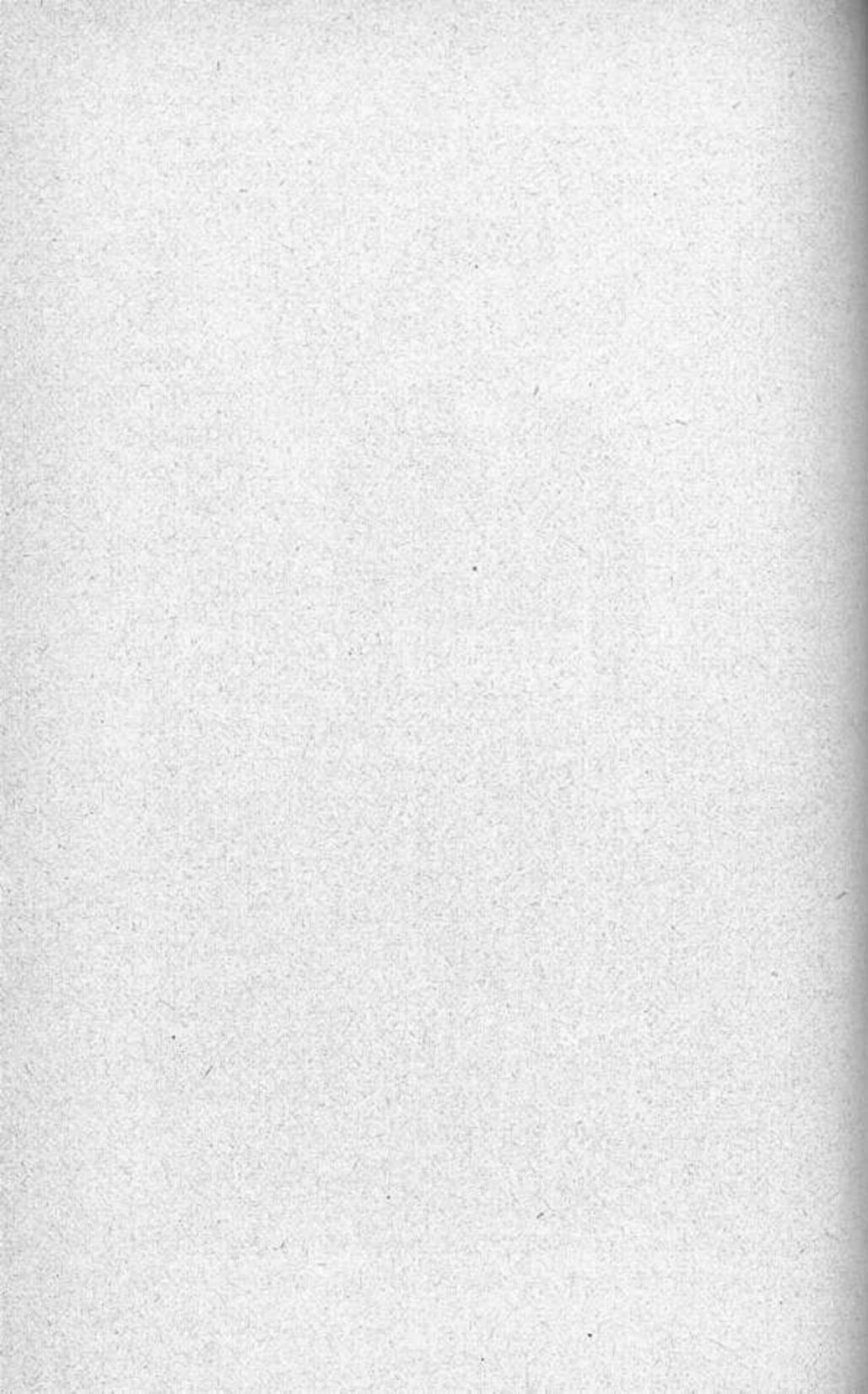
La suerte quiso que, cuando Rafael González y Rafael Molina llegaron á la sala donde las moñas y los rehiletes se exponían, estuviese allí, acompañada de personas de su familia, Blanca de la Peña y Villar de Osorio, angelical criatura de dieciséis años, hermosa y esbelta, cuyos encantos eran la admiración de los señoritos y aun de muchos señores de avanzada edad de la población.

Machaquito la vió, porque no era posible estar donde Blanca estuviese, sin detenerse á contemplarla, y embelesado ante la interesante figura de la gentilísima núbil, empezó á requebrarla.

Turbóse la chiquilla, y sintió satisfecha su vanidad de mujer hermosa, ante los requiebros y frases galantes de Machaquito que, al ver teñidas



RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO II)



por el rubor las ya sonrosadas mejillas de Blanca de la Peña, prosiguió requebrándola durante algunos minutos, ensartando una letanía de frases y y elogios, que Rafael González quiso que fuesen lo más respetuoso y florido que de sus labios saliera.

Intentó Blanca sonreír y dar las gracias al totero cordobés, y su turbación no le permitió otra cosa que inclinarse levemente ante el joven, cuya mirada la había conmovido profundamente.

La voz paternal sacó á la gentilísima Blanca de su ensimismamiento, y abandonó la sala del Casino, no sin antes volver la vista hacia el sitio en que se encontraba Rafael González, que la contemplaba asombrado, sin suponer la impresión tan honda que en la virgen alma de la graciosa chiquilla había logrado causar.

Aquella noche, Blanca no logró conciliar el sueño. Mil fantasmas vagarosos cruzaron por su imaginación juvenil, entre los cuales destacaba siempre la arrogante figura de Machaquito, cuyos elogios resonaban aún en sus oídos como sublime melodía de arcángeles y querubines.

Y sin cerrar los ojos soñó tanto aquella noche la pobre niña con Machaquito, que, al abandonar el lecho, á la mañana siguiente había grabado el insomnio en su carita siempre risueña unas líneas violáceas bajo sus párpados, signo indudable de la profunda impresión que llevaba en el alma, y que hacían más interesante su natural belleza.

Cuando saltó del lecho y contempló su rostro en la luna de un armario, Blanca, aun parecién-

dose hermosa, no creyó que su hermosura fuese digna de aquel arrogante mozo cordobés que tan profunda impresión le había á ella producido. Su fantasía y su repentino amor habían elevado tanto á Machaquito, que todo se le antojaba inferior á los méritos del valiente novillero, quien probablemente no se habría vuelto á acordar de ella.

Llegada la hora de la corrida, Blanca se hizo vestir sus mejores galas, y, anhelosa é impaciente, se hizo conducir al circo, donde ocupó uno de los asientos preferentes.

II

Jamás, como entonces, ofreció la plaza de toros un aspecto tan brillante, pues, dado el fin patriótico que los organizadores perseguían, á la fiesta habían acudido no sólo todos los aficionados de la localidad y de los pueblos próximos, sino también todas las familias pudientes que deseaban contribuir con su peculio á tan levantado propósito, dando así una prueba plausible de civismo.

Gasas, flores y perfumes, en abigarrado consorcio, realizaban los encantos de millares de mujeres hermosas, en cuya contemplación se recreaban con delectación amorosa, jóvenes y viejos, todos cuantos á la belleza femenina saben rendir el homenaje debido. La alegría rebosaba en todos los corazones, y la sonrisa estaba en todos los labios.

Únicamente Blanca de la Peña, en cuya boca bullían á millares, gérmenes de besos, estaba triste, sin que la dicha ajena lograra animar un solo instante la luz que parecía extinguirse en aquellos hermosos ojos tan retozones siempre, y tan melancólicos aquella tarde, pero siempre ne-

gros, muy negros, como la pena que la repentina pasión amorosa le causaba.

La plaza vistosamente adornada con flores y gallardetes era digno marco en que encuadraban la belleza y la juventud de los muchas centenas de cabecitas adorables con que el bello sexo contribuía al esplendor del espectáculo, haciendo acto de presencia.

Cuando la cuadrilla con sus lujosos trajes, en cuyos adornos de oro y plata se quebraba la luz, salió á la arena, á los sonos alegres de un bonito paso doble, la concurrencia saludó su aparición con una nutrida salva de aplausos, y más de un espectador, poco conocedor de las exquisiteces de la fiesta y de las reglas del arte, asombrado ante la juventud de los imberbes diestros, llegó á temblar, temeroso de que un cornúpeto sembrara el espanto entre los lidiadores.

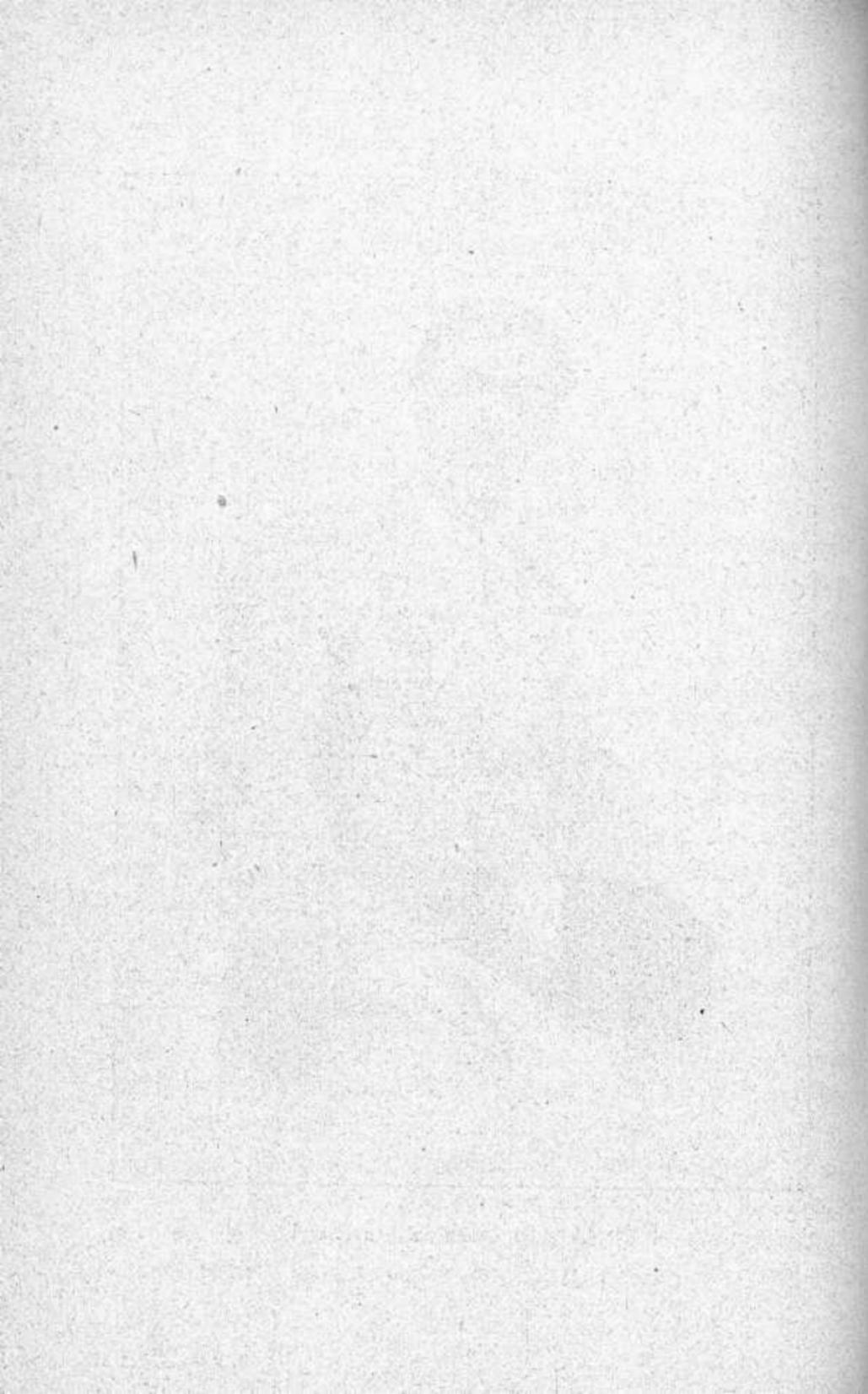
Afortunadamente la valentía que desde el primer momento demostraran los chiquillos, aquietó por completo el ánimo de los pusilánimes, y la corrida fué un triunfo grandísimo para los entonces competidores de Gallito y Revertito.

Blanca, la pobre niña enamorada, que desde que se presentó en el ruedo Machaquito, no pudo apartar de él la vista, temblaba como una azogada cada vez que el diestro se abría de capa ante las reses, ó bien con la muleta y el estoque se disponía á matar.

Desde lo más íntimo de su sér, y con toda la fe de un alma cristiana encomendaba á Dios la vida de su ídolo, siempre que, por acercarse éste á los toros, creía verlo en peligro de muerte, y



FERNANDO GÓMEZ (GALLITO)



temblando siempre y siempre azorada, hasta que la corrida no terminó completamente, Blanca no recobró la tranquilidad.

¡Qué tarde más angustiosa! ¡Qué horas más amargas las que pasó aquella criatura en la fiesta! Sólo tuvo un momento de satisfacción, pero de satisfacción grandísima, que hizo que subieran los colores á su carita pálida y ojerosa.

Fué el momento aquel en que Machaquito, después de dar al tercer toro lucidos lances de capa, le arrebató hábilmente la moña, obsequio de Blanca de la Peña, y como dió la casualidad de que al diestro no se le ocurriera coger más moña que aquella, la pobre niña llegó á creerse, en sus ilusiones de enamorada inexperta, que si Rafael González había mostrado aquel empeño era por tratarse precisamente de la moña que ella había confeccionado.

Machaquito al arrancar la moña al tercer toro, la arrojó al tendido, precisamente al tendido sobre el cual estaba el palco en que Blanca presenciaba la fiesta, antojándosele á la niña que en el pensamiento del lidiador había estado la idea de enviarle á ella aquel trofeo, y sus ojos se animaron un momento con la sensación gratisima del amor correspondido; pero esto no eran más que ilusiones que la calenturienta fantasía de Blanca se forjaba, porque ni Machaquito supuso que nadie se interesara tanto por él, ni reconoció entre las espectadoras á la bellísima joven á quien la tarde anterior había requebrado en el Casino.

Y terminó la corrida de la que todos quedaron complacidos, y Blanca no volvió á ver á Rafael González más que en los periódicos ilustrados que publicaban su fotografía; pero lo amaba siempre y tan constantemente pensaba en él, que llegó á enfermar, alarmando á su familia.

Blanca guardaba cuidadosamente el secreto de su amor, pero, como el amor ni el dinero pueden estar ocultos, los padres, asustados ante la palidez é inapetencia de la niña, llegaron á preguntarle un día si estaba enamorada, y dedujeron de la vaguedad de las respuestas, cual era la causa de aquella misteriosa enfermedad, que no había médico que entendiese ni curase.

Blanca negóse en absoluto á declarar el nombre de la persona de quien tan apasionadamente se había enamorado, y los medios que sus padres emplearon para descubrirlo fueron completamente inútiles; pero un día, y cuando menos se pensaba, una circunstancia imprevista puso la cuestión en claro con gran sentimiento de Blanca, que había hecho propósito de no revelar á nadie su pasión por Machaquito.

—¿Os acordáis—dijo una tarde el padre de Blanca al llegar á su casa con un periódico en la mano,—de aquellos niños cordobeses que torearon aquí la corrida patriótica?

—¿De Machaquito y Lagartijo?—preguntaron al pronto varias personas de la familia.

—Sí ¿qué les pasa?

—Que á uno de ellos lo ha cogido un toro, y está muriéndose.

—¿A cuál de los dos?—preguntó ansiosamente y con los ojos desencajados Blanca.

—A Machaquito.

—¡Jesús!—dijo la niña en un grito de suprema angustia, y cayó desmayada.

El golpe había sido tan terrible que Blanca estuvo varios días luchando entre la vida y la muerte, repitiendo sin cesar en su delirio el nombre del diestro, lo cual fué una revelación para los padres á quienes jamás se les ocurrió pensar que Machaquito hubiese tan vivamente impresionado á su hija.

Los padres, para no mortificarla, tuvieron la prudencia de no revelar á Blanca su descubrimiento, cuando ésta pudo levantarse del lecho, y sin que ella misma se apercibiera, evitaron en lo sucesivo que á manos de la niña llegara ningún periódico que hablase de la fiesta taurina; pero, á pesar de estas precauciones, la chiquilla no ha logrado curarse, y enamorada siempre, continúa amando con la misma vehemencia, aunque con el convencimiento de que jamás su pasión puede ser correspondida.

III

Rafael González (Machaquito), que hace mucho tiempo que tomó la alternativa de matador de toros en la plaza de Madrid, se ha casado recientemente en Cartagena con una distinguida y hermosa señorita.

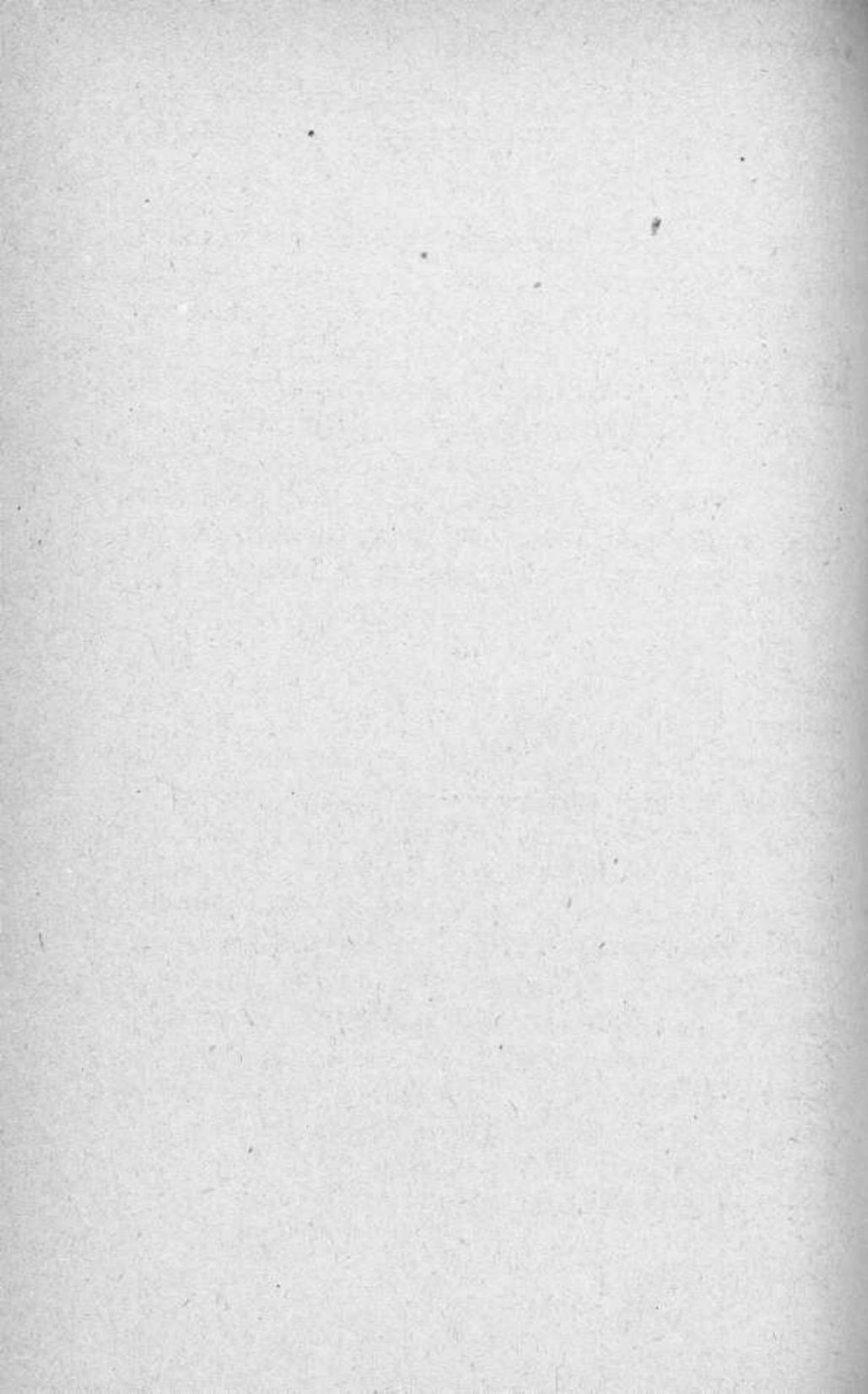
A la boda, que ha sido un gran acontecimiento del que ha hablado la prensa de toda España, han asistido muchísimas personas conocidas en la literatura, en la política y en la tauromaquia, que han obsequiado á la enamorada pareja con multitud de joyas y objetos valiosos.

Entre los infinitos regalos que con motivo de su enlace ha recibido el famoso y valiente diestro, figura una moña de plata y oro, maravillosamente labrada, y que es indiscutiblemente obra genial de algún artista prodigioso, según el parecer de los peritos que la han admirado.

Dicho regalo llegó á poder de Machaquito el día mismo de su enlace, y con el regalo una tarjeta en que el diestro, asombrado, leyó la siguiente dedicatoria:

«A Rafael González (Machaquito).—Recuerdo de la admiradora que más lo quiere, y que mayor felicidad le desea.»

El diestro de Córdoba no ha conseguido averiguar quién es la admiradora incógnita que tan valioso obsequio le ha enviado; pero el lector puede suponer que no es otra que Blanca de la Peña, que, á pesar de los años transcurridos, no ha podido curarse de su amor, y próximamente ingresará en un convento donde día y noche rogará á Dios por la felicidad de Rafael González, quien continúa ignorando que exista en el mundo persona que tan apasionadamente le ame.



La Chavala

I

Los sucesos se repiten en la historia, y la tauro-maquia, que es una historia en la que se libran grandes batallas que han dejado escritos con sangre nombres popularísimos y horribles tragedias, no está excluída de la ley general.

No es nuevo, por consiguiente, el trágico suceso ocurrido hace poco en una plaza de toros francesa, una tarde en que Miguel Báez (Litri) y José García (Algabeño) mataban alternando.

La tragedia, con los mismos caracteres de horror, se había ya desarrollado á mediados del siglo XIX en la plaza de Cáceres, en una novillada en la que toreaban los diestros extremeños, hermanos Cecilia, según puede leerse en el Gran Diccionario Taurino del finado cornígrafo señor Sánchez Neira, quien reprodujo en su libro lo que acerca del hecho había escrito ya el autor de estas líneas.

Las causas de ambos luctuosos incidentes no son guramente iguales ni aun parecidas, y sólo interesa ahora al lector conocer el interesante episodio dramático que se desarrolló en Francia, en una plaza de toros, y que había comenzado en Sevilla con los amores de una chavala y un mozo juncal, bravo y arrogante banderillero.

Es una historia muy curiosa.



JOSÉ PASCUAL (VALENCIANO)

II

... Y era Carmen la chavala más bonita que por el barrio gitano se paseaba.

Sus ojos, grandes y negros, hacían pensar en las huríes del Profeta; su talle, estrecho y gentil, provocaban mareos, al cimbrarse con gallardías de virgen; su seno abundante causaba vértigos, cuando agitábase tembloroso entre los pliegues del justillo, del que pugnaba por salir; y en toda su persona había un no sé qué de sugestivo y atra-yente, que todo Triana andaba loco tras de la chavala, sin que ella hiciese otra cosa que reirse de las pretensiones de cuantos le hablaban de amores al oído.

Carmen tenía ya elegida su media naranja, y no quería serle infiel ni aun con el pensamiento.

La media naranja de Carmen era Paquillo, un muchacho de la Algaba, banderillero de la cuadrilla de José García.

Carmen y Paquillo se adoraban con locura sin que ninguna nube empañase el cielo de su dicha, que parecía ser eterna, á pesar de las murmura-

ciones con algunos trianeros trataban de mancillar el honor, hasta entonces immaculado, de la gentil chavala.

Unos por envidia, por despecho los otros, todos los mozos del sevillano barrio de Triana, después de beber los vientos por la chiquilla, sin haber conseguido los más afortunados otra cosa que algún gracioso mohín de desprecio, dedicáronse á la «piadosa» tarea de la difamación con el propósito de enemistarla con Paquillo.

Paquillo tenía una fe ciega en la virtud de Carmen, y no daba crédito á las murmuraciones de la gente; pero tanta fué la insistencia con que las malas lenguas difamaron á la chavala, que el banderillero acabó por dudar.

Carmen, que no tenía nada de torpe, desvanecía prontamente las dudas de Paquillo, dándole toda clase de detalles respecto á su ocupación, tiempo invertido en ésta ó la otra faena y personas que podían testimoniar sus dichos, desvirtuando así las afirmaciones de cuantos sin fundamento alguno aseguraban haberla visto en tal ó cual parte sospechosa y con compañía más sospechosa aún.

A pesar de la firmeza y claridad con que Carmen se defendía ante Paquillo, éste, deseando vencerse de una vez de la falsedad y falta de fundamento con que la público opinión acusaba á la chavala, para quedar completamente tranquilo respecto al particular y castigar á los deslenguados, fingió dar crédito á las acusaciones de éstos simulando una ruptura con su novia.

Arreciaron entonces las persecuciones á Carmen,

que no podía salir de casa sin verse, al punto, rodeada de unos cuantos pretendientes que la asediaban con sus enojosos galanteos, siendo inútiles, además, las tentativas de Paquillo para coger á su novia en un renuncio.

Una noche, cuando algunos mozos empezaron á sospechar, en vista de la tranquilidad de Carmen, de la certeza de las afirmaciones de Paquillo, que sostenía haber terminado las relaciones con su novia, quisieron dar un golpe decisivo, y prometieron al banderillero que la vería hablar con el «Pamplinas» á través de la reja de su casa.

Paquillo, como era natural, no quiso creer semejante impostura, y esperó á que le indicasen el día y hora en que pudiera convencerse de la infidelidad de la chavala, con la que afirmaba que nada tenía ya que ver.

El Pamplinas era un infeliz, aspirante á totero, que había resuelto el problema de mantener sus vicios á costa del prójimo, dando «sablazos», y á quien se veía en todas partes con su pantalón de talle y su chaqueta corta, dispuesto á vender su alma al diablo por una peseta, pero incapaz de meterse con nadie, ni mucho menos de jugar una mala pasada á Paquillo, que era compadre del «Algabeño» y le podía ser muy útil.

Por esto Paquillo no quiso creer que Pamplinas, á quien en más de una ocasión había dado dinero, se hubiera atrevido á haer el amor á Carmen, pero, como los mozos del barrio de Triana le habían prometido, con todo género de seguridades, llevarlo para que viese á ambos hablar, resolvió esperar los acontecimientos.

De qué medios se valieron los mozos de Triana para conseguir su propósito no es cosa averiguada; pero lo cierto es que una noche, Paquillo, acompañado de una porción de amigos, pasó por la calle en que vivía Carmen, y ésta hablaba en la ventana con Pamplinas.

La impresión que esto produjo en Paquillo no es para descrita.

Loco de celos y de rabía, Paquillo separándose del grupo de amigos que lo acompañaban y sin que éstos pudiesen evitarlo, lanzóse, rugiendo de coraje, sobre el Pamplinas, lo abofeteó, lo pisoteó, y, ya iba á matarlo con un cuchillo, cuando las personas que habían acudido, atraídas por las voces y el escándalo que se promovió, lograron contener al banderillero.

Paquillo tuvo la desgracia de que al caer al suelo el Pamplinas, se abriese la cabeza con un canto, y los guardias que se personaron en el lugar de la ocurrencia, por supuesto mucho después de que todo hubiese terminado, al ver á un hombre herido, detuvieron al agresor que no opuso resistencia á ser detenido.

Paquillo no supo lo que declaró al verse en presencia del Juez, porque el coraje embargaba todavía sus sentidos, y él mismo se perjudicó notablemente manifestando que su intención había sido asesinar al Pamplinas y que, si no lo había realizado, no fué por falta de intención, sino porque la gente que se puso por medio le impidió consumir su propósito.

La lesión sufrida por el Pamplinas no tuvo importancia alguna, y curó de ella prontamente;



CASTILLO

pero, á pesar de todo, Paquillo fué acusado como autor de un asesinato frustrado, para cuyo delito señala el Código una pena de presidio.

El Pamplinas no pudo, por su parte, explicar el motivo de la agresión de que había sido víctima, viniendo á declarar, después de muchos rodeos y evasivas inútiles, que si la noche de autos se encontraba hablando con Carmen en la reja de la casa en que ésta vivía, fué porque le habían dado cinco duros por ir á decir á la chavala que Paquillo deseaba verla y que lo esperase á la ventana hasta que llegara, declaración que confirmó en todas sus partes la afligida novia del banderillero.

El juez no dió crédito á esta declaración, que Paquillo desmentía rotundamente, en virtud de haber sido imposible la busca y captura de la persona que le había entregado al Pamplinas los cinco duros á que éste hacía referencia; pero si la justicia hubiese ahondado en esta enmarañada cuestión, encaminando sus averiguaciones hacia otro sitio, acaso hubiese encontrado entre los «amigos» que la noche del suceso acompañaban á Paquillo á la persona que, convenientemente disfrazada para no ser conocida, había confiado al Pamplinas la peligrosa misión que éste había desempeñado y que tan en peligro había puesto su vida.

Pero como esa persona no fué hallada, y Paquillo negó haber dado á nadie semejante encargo, el Fiscal, creyendo que se había inventado una fábula para favorecer de algún modo al banderillero, pidió que recayese sobre el acusado todo el peso de la ley, pues no se hacía acreedor á

misericordia quien se mostraba pesaroso por no haber podido arrebatarse la vida á su víctima.

Paquillo fué condenado á muchos años de presidio, y cuando la chavala, transida de dolor, intentó visitarlo en la cárcel, negóse á recibirla diciendo que no quería volver á ver á una hembra tan mala, que había sido su perdición.

Inútilmente escribió Carmen á su novio haciendo miles protestas y jurándole que ella á nadie quería más que á él y con nadie más que con él se casaría, aunque tuviese que esperarlo muchos años, pues Paquillo se negó á aceptar toda clase de disculpas.

Carmen creyó perder la razón, al perder el cariño de su novio, por quien ella hubiese dado gustosa la vida y juró tomar venganza de la ofensa, tan pronto como averiguase quién había sido el autor de la infamia.

Paquillo fué á presidio, y allí recibió la última carta de Carmen, quien, entre otras cosas le decía:

«Soy inocente, Paquillo de mi alma; pero no te escribiré más, hasta que no pueda probarte mi inocencia y darte á conocer al autor de tu desgracia y de la mía, porque yo no puedo ser feliz sin tu cariño.

Yo haré que vuelvas nuevamente los ojos á esta desgraciada, que no quiere morirse mientras tú la creas culpable.»

III

Carmen, después de una crisis angustiosa, durante la cual creyó morir de desesperación, recobró el ánimo y puso en juego todos los medios que su imaginación le sugería para descubrir al autor de la infamia que la había hecho aparecer culpable ante Paquillo, llegando hasta hacer cara á los pretendientes más ricos, con el objeto de utilizar su concurso para el fin que ella se proponía.

Todos sus esfuerzos resultaban inútiles, pues, como si lo hubiese tragado la tierra, el autor de la pesada broma continuaba en el misterio. Pamplinas, por su parte, se volvía loco mirando á todos los hombres á la cara, tratando de reconocer á la persona que le había dado los cinco duros, para que se terminasen las bromas con que los trianeros se chanceaban de él, pero nada conseguía. Su afán de aparecer ante todo el barrio como hombre formal y serio, incapaz de hacer traición á Paquillo ni de requebrar de amores á Carmen, no podía verlo realizado, porque no encontraba á quien con tanto interés buscaba.

Además, el propio Algabeño, que durante la sustanciación del proceso de Paquillo había estado en Sevilla, le había prometido sacarlo á torear, si daba con el paradero de la persona á quien la justicia no pudo echar mano, y no hay qué decir el interés grandísimo que el aspirante á torero tendría en el asunto.

Es claro que, encontrándose ó no al autor de la «broma», la suerte de Paquillo sería la misma; pero Carmen al menos hubiera podido demostrar á su novio que era inocente, y Pamplinas convencer á los «guasones» de que, al hablar por la ventana con la chavala la noche de autos, no tuvo más intención que la de servir al banderillero, que estaba en presidio, y ganarse cinco duros. Habían pasado dos años, y Paquillo, gracias á la influencia del Algabeño que á todo el mundo había hablado á favor de su banderillero, estaba próximo á salir á la calle, en virtud de la serie de indultos que en beneficio suyo se habían otorgado.

Carmen, que estaba enterada de cuanto á su novio se refería, había redoblado sus esfuerzos, para poder presentarse con dignidad delante de Paquillo, cuando éste saliera del encierro, y echarse en sus brazos; pero sus pesquisas obtenían siempre el mismo estéril resultado.

Desesperada un día, y pensando siempre en su Paquillo, se atrevió á contestar afirmativamente á cierta proposición atrevida que le hizo un mozo, guapo y con parneses, que andaba que bebía los vientos por su persona.

—Pero con una condición,—había dicho la chavala.

—Yo paso por todas las condiciones que tú me impongas,—agregó Pepe Luis que así se llamaba el enamorado mozo.

—Mira bien á lo que te comprometes, porque lo que yo quiero es algo dificultoso.

—Aunque me pidas la luna, la tendrás.

—No es preciso tanto, Pepe Luis.

—Pues dime lo que deseas.

—No es más que un capricho ¿sabes? Curiosidad de conocer á la persona que le dió á Pamplinas los cinco duros para que fuese á hablar conmigo, diciéndome que me llevaba un recado de Paquillo.

—Conocerás á esa persona.

—¿De veras, Pepe Luis?—preguntó Carmen, sin poder disimular su alegría.

—Yo cumplo siempre lo que prometo.

—¡Ah! Pues dime, dime quién fué ese «asaura» mal nacido.

—Después.

—También yo sé cumplir mi palabra.

—Eres mujer, y estás enamorada de Paquillo.

—Como si no lo estuviera, porque con Paquillo no me caso.

—No le hace. Después.

—Bueno, después; pero te advierto que sólo con esa condición, accedo, y si eres un traidor, y me engañas, te mato.

—Puede que me mates, si tienes ocasión; pero

no porque yo no cumpla mi palabra. Conocerás á esa persona, cuando tú quieras.

—Mañana, á las diez de la noche, estaré á la entrada del puente.

—No tendrás que esperarme.

—Hasta mañana, Pepe Luis.

—Hasta mañana.

Y cada uno se fué por un lado, pensando Carmen que podría conseguir, sin necesidad de pasar por donde Pepe Luis pretendía, saber el nombre de la persona á quien tanto había buscado, mientras Pepe Luis saboreaba anticipadamente la dicha de poseer á la chavala, por quien tantas locuras había él hecho.

.

Dos días después, apareció el cadáver de Pepe Luis en una choza, enclavada en el término municipal de Sevilla.

Con el corazón atravesado por un cuchillo fué encontrado el mozo, que la noche antes no había dormido en su lecho, y no tardó en averiguarse que la gitana, con quien lo vieron hablando en el puente de Triana algunos amigos, había salido de su casa después de cenar y no había regresado hasta la madrugada.

Esto hizo que la Justicia pusiese sus ojos escrutadores en Carmen, y que ésta fué detenida.

Carmen, sin embargo, estaba satisfecha, y sin demostrar sentimiento alguno ingresó en la cárcel, donde Paquillo, al regresar de presidio fué á visitarla.

IV

—No vengo á verte, porque te quiera como antes, sino para convencerme de si tu eres la chavala que me trastornó el sentido, y que, después de haber sido causa de mi perdición, se divierte con unos y con otros, y, cuando se ha entregado á los hombres, los mata para que no lo publiquen.

—¿Eso te han contado?—respondió Carmen, después de haber escuchado con aparente tranquilidad el discurso de Paquillo, la primera vez que éste, ya indultado, fué á la cárcel á visitar á su antigua novia.

—Eso me han contado, porque esa es la verdad.

—Pues bien, yo voy á decirte el cuento de otro modo, no para que me quieras, porque ese cariño te haría desgraciado, si no para que comprendas mi sacrificio.

—¡Tu sacrificio!

—Sí, mi sacrificio, y cuando te hayas enterado de quién soy, no vuelvas á verme porque yo no he de ser tuya jamás.

—Porque yo no quiero que lo seas.

—Porque no quiero yo.

—Habla claro, porque vas á volverme loco.

—Muy claro, porque deseo que me entiendas. Escucha—y después de un minuto de silencio, que Carmen empleó en recoger sus ideas, prosiguió.—La declaración que hizo Pamplinas, cuando á ti te condenaron, fué verdad. Nos tenían envidia porque éramos felices, y para que tú me creyeses una mujer mala y me abandonases, te pasaron delante de mi reja, cuando Pamplinas me decía, de parte tuya, que te esperase.

—Eso no se probó.

—Mientras no se probara, tú me creías culpable, y cuando te llevaron á presidio, yo juré descubrir al autor de aquella infamia que me arrebató tu cariño, para que supieras quién es la mujer con quien estás hablando.

—Sigue, sigue—dijo Paquillo, al ver que Carmen se callaba para tomar aliento.

—Como no sabes lo mucho que te quiero, no te puedes figurar todo lo que yo anduve, todo lo que yo corrí para encontrar á la persona que buscaba, y mientras más se acercaba el día de que tú salieras de presidio, más interés tenía yo en llegar al fin; pero todo era inútil. Una tarde me salió al paso Pepe Luis, y me dijo al oído una desvergüenza; yo pensaba siempre en mi Paquillo, y accedí á su deseo, á condición de que me dijera quién fué el que había dado á Pamplinas los cinco duros.

—¿Pero Pepe Luis lo sabía?

—Yo me figuré que lo sabía, como me lo figuraba de todos los que solicitaban algo de mí.

—Sigue, Carmen.

—A la noche siguiente me llevó Pepe Luis donde quiso, y ¿para qué voy á contar lo que sigue? Pepe Luis había sido quien, deseando verse libre de ti, se disfrazó y dió aquel recado á Pamplinas, que creyó cuanto éste le dijo. Confesó y lo maté, ¡que Dios lo haya perdonado! No intentó defenderse, porque después de conseguir lo que de mí había conseguido, se conformó con la muerte.

—¿Pero consiguió...?

—Todo, porque fué necesario para que Pepe Luis confesara; por eso no puedo ser ya tuya. Tú te mereces más que yo; pero, al menos, no dudarás de que no había sido una mala mujer.

—¡Carmen de mi vida, cuánto te quiero!

—Peor para tí—contestó la chavala con profunda amargura.—Peor para ti, porque cuanto más me quieras, has de sufrir más.

Y Carmen, no pudiendo contener el llanto, que hacía mucho tiempo pugnaba por brotar de sus ojos, volvió la espalda á Paquillo, que salió de la cárcel con el alma hecha pedazos.

Paquillo intentó ver muchas veces á la chavala; pero ésta negóse resueltamente á ello. Diariamente recorría el enamorado mozo la distancia que había desde su casa hasta la cárcel, y siempre recibía la misma respuesta negativa á su pretensión de ver á Carmen; los vigilantes se resistían á pasar recado á la reclusa, porque conocían de antemano su resolución, pero, como Paquillo era rumbo y no escaseaba las gratificaciones y propinas, encontraba siempre serviciarios que lo complacieran.

—La reclusa, por quien usted se interesa, ha sido conducida anoche al Hospital—le dijo un empleado de la cárcel un día á Paquillo.

—¿Está enferma? ¿Qué tiene? ¿Es cosa grave? —preguntó alarmado el banderillero, sin esperar á que le contestaran.

—Muy grave.

Y Paquillo no escuchó más. Corriendo sin respirar, dirigióse á casa de cuantas personas influyentes conocía, que no eran pocas, en solicitud de que le facilitasen medios de llegar hasta el lecho de Carmen, y como Paquillo era muy apreciado en toda Sevilla, no tardó en hallar lo que buscaba...

Ya era tarde; la chavala había muerto sin que los médicos hubiesen conseguido adivinar la enfermedad extraña que había tronchado en flor aquella joven vida, y Paquillo no pudo evitar que despedazasen el cuerpo de Carmen para hacerle la autopsia.

Carmen no se olvidó, al morir, de Paquillo, y alguien, pasados algunos días, hizo saber á éste que la chavala se había envenenado por entender ella que era un estorbo para la felicidad de su amante.

¡Pobre chavala!

*
* *

En esta tristísima situación de ánimo, fué Paquillo á torear á Francia, con su maestro José García (Algabeño), quien había de matar alternando con Miguel Báez (Litri), seis toros de Miura, de muchas libras y no escaso poder.

Paquillo que, como á todos los enamorados les ocurre al perder á su amada, creyó que se le había concluído el mundo, recibió con relativo alborozo la orden de marcha que le diera Algabeño, y para Francia salió con los demás muchachos de la cuadrilla, dispuesto á dejarse coger por un cornúpeto

No estaba escrito, sin embargo, que él muriese en las astas de una fiera, y por muchos que fueron los actos temerarios que ante los bichos realizó, no fué alcanzado, gracias á la prontitud con que Litri y Algabeño acudían siempre en su auxilio con el capote.

Algabeño llegó á molestarse, y prohibió á Pa-

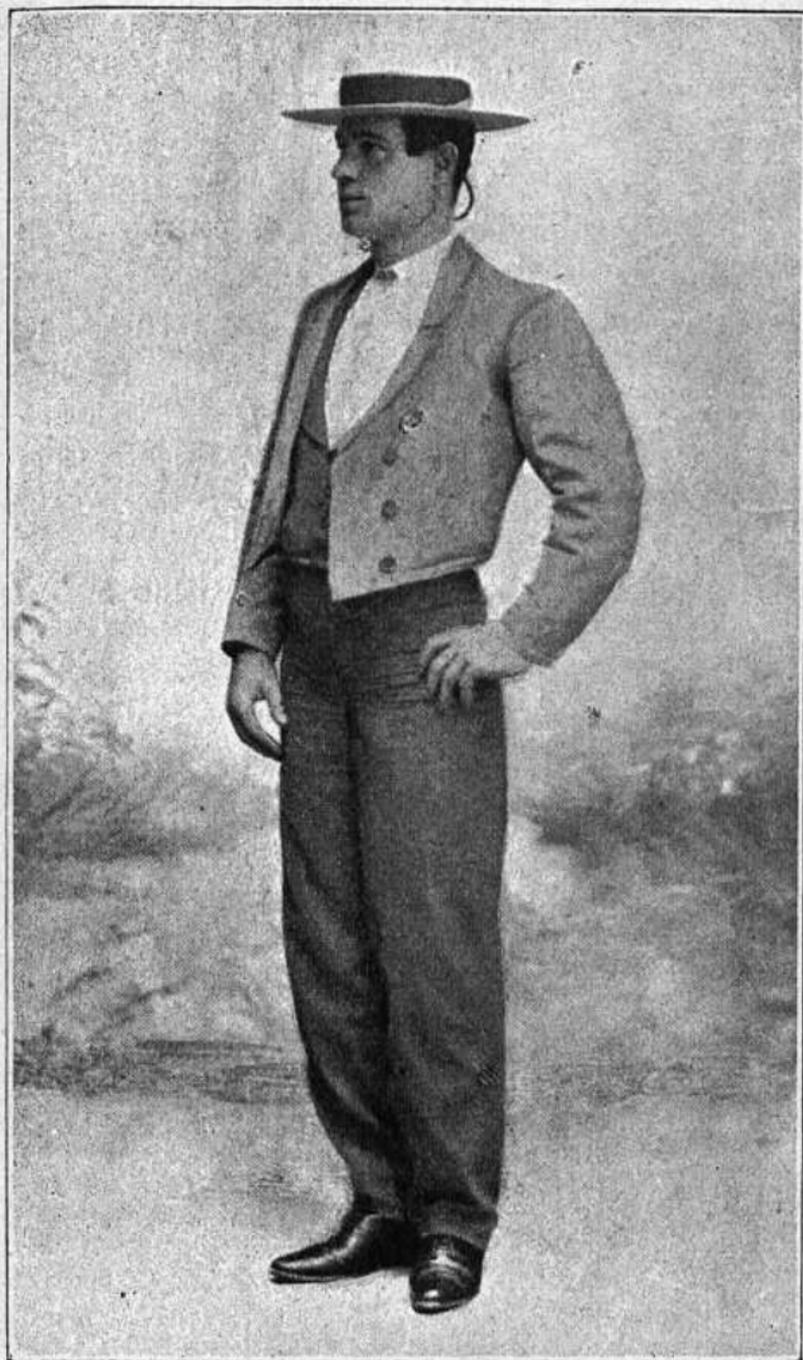
quillo continuar toreando aquella tarde, mandándolo á la barrera; pero los espectadores, que estaban entusiasmados con las «heroicidades» del banderillero, protestaron de la orden de José García, tan pronto como la conocieron, y Paquillo volvió á la arena.

Lidiábase entonces el cuarto toro de la tarde, y los rehileteros con la banderillas en la mano corrían de un sitio para otro sin poderlas clavar, por las malas condiciones de la res. De pronto, y sin que la mayoría de los espectadores pudiera explicarse el accidente, un grito de horror resonó en toda la plaza, al ver á Paquillo revolcarse con el cuerpo atravesado por dos banderillas.

El caso, que nadie se explicaba satisfactoriamente había sido muy claro. Cuando uno de los pones, deseando aprovechar uno de los pocos momentos en que el toro se había colocado en suerte, emprendió la carrera con las banderillas en las manos para dejarlas en la piel del cornúpeto, Paquillo, desesperado ya de no poder morir como había intentado, se interpuso rápidamente entre el lidiador y la fiera, clavándose él mismo los rehiletos, que le entraron por la espalda, y le salieron por el pecho.

Paquillo murió, completamente destrozado por los rehiletos, y sus labios, al quedar inmóviles, se plegaron en una leve sonrisa, debida acaso á la idea de que iba á unirse en la eternidad con la chavala Carmen, aquella gitana graciosa y gentil, que sacrificó su existencia á la felicidad ilusoria del valiente banderillero de Triana.

Litri, Algabeño y todos los individuos de la



GUERRERITO

cuadrilla tuvieron que prestar muchas declaraciones en el proceso, á que el suicidio de Paquillo dió lugar; pero, aclarado suficientemente el caso, ningún torero fué molestado, pues el único á quien se detuvo, que fué el banderillero que tenía en las manos las banderillas que habían atravesado á Paquillo, fué puesto en libertad provisional bajo fianza, al principio, y, cuando se comprobó su inocencia, en libertad definitiva.

El caso, que comentó la prensa francesa aprovechando la ocasión para poner como digan dueñas á los aficionados al toreo, no fué el primero, pues, como ya hemos dicho, un mal torero clavó, en Cáceres, á mediados de la pasada centuria un par de rehiletes en la espalda de otro infeliz, que murió en medio de las mayores torturas.

Fuensantica

I

El Alcalde le había negado á Julio Briviesca la mano de su hija, porque Fuensantica, que así se llamaba la muchacha, no estaba por las finuras del señorito.

Ella quería para marido un huertano, aunque fuese pobre, que supiera regar el predio, y disputar á puñetazo limpio el agua de la acequia á los demás mozos del pueblo. Los señoritos que apestaban á hembras, viciosos y desocupados, le hacían poca gracia, porque ni servían para nada ni tenían la fuerza que aquellos bravos huertanos de su pueblo.

El señorito Julio era muy guapo, pero señorito al fin, y á Fuensantica le molestaban las finuras, así es que le faltó tiempo para despacharlo á cajas destempladas, cuando él le formuló su pretensión de entablar relaciones.

Julio Briviesca era hijo del Diputado del distrito, y como se interesaba mucho por Fuensantica, al verse desauciado por ésta, apeló á un recurso que él creía de resultados positivos, aunque no le sirvió para maldita de Dios la cosa. Fuése derecho al padre de la moza, alcalde del pueblo por influencia de su progenitor, y, después de exponerle su desco, le indicó un si es no es veladamente, que, si le daba su hija en casamiento, presidiría la corporación municipal mientras viviese, y que, si se la negaba, se vería privado de las funciones de autoridad, que en este caso se entregaría á quien á él menos conviniese.

Y como el bueno del Alcalde tenía gran apego á la vara, y además le pareció muy bien la idea de emparentar con los Briviesca, gente rica y de alta prosapia, prometió desde luego casar á su hija con el hijo del Diputado, fuese ó no del gusto de la moza.

Pero el señorito que amaba lealmente á Fuensantica, se opuso resueltamente á todo acto de violencia, y dijo al Alcalde que sólo se casaría con ella, si la moza daba gustosa su asentimiento, por lo que su misión de padre debía reducirse en este caso á aconsejarla.

Así lo prometió el Alcalde, agregando que, cuando el verano siguiente volviese el señorito Julio al pueblo, le diría definitivamente su resolución.

Julio regresó á la capital muy esperanzado, porque creía que al fin la moza desistiría de su propósito de casarse con un huertano, y cedería al deseo de su padre de emparentar con la familia de los Briviesca, pero se equivocó comple-

tamente, porque la moza no atendió los consejos de su progenitor, y éste que, antes que todo, era un buen padre, concluyó por negar la mano de su hija, renunciando de este modo al honor que tanto ambicionaba.

Como no hay nada que excite tanto el deseo como las dificultades, Julio, lejos de darse por vencido, reanudó sus pretensiones y aquel verano lo pasó en el pueblo, donde, si, por ser quien era, lo colmaban todos de agasajos, sufría mucho ante los desaires de Fuensantica, cuya tenacidad se explicaban pocos.

No era, sin embargo, Julio Briviesca el que padecía, si no también el bueno del Alcalde, que veía en peligro su bastón de borlas, porque pensaba que el Diputado trataría de vengarse de la ofensa que á su hijo se le infería, quitándole el mando; pero se equivocaba, porque el señor Briviesca no pensaba en semejante cosa, ni creía que debía él intervenir directa ni indirectamente en el pleito entablado por su hijo.

Fuensantica, á quien halagaba un poco el amor de Julio, no encontraba en el pueblo mozo que la solicitara formalmente, acaso porque los huertanos creyeran que no debían poner los ojos en la misma persona en que los tenía puestos el hijo del Diputado ó por temor á ser víctima de los rigores del Alcalde, todo lo cual servía para mantener vivo el fuego de la pasión que Julio sentía.

Deseando poner término á aquella situación, embarazosa para todos, el Alcalde que interpretaba la conducta de su hija en sentido de aproximación

hacia Julio, la interrogó una noche acerca del asunto.

—¿No tienes novio, Fuensantica?

—Demasiado sabe usted que no lo tengo, padre.

—Pues ya es preciso que te decidas, y escojas el hombre con quien te hayas de casar, porque soy viejo, y no quiero quedarte sola en el mundo, cuando me muera.

—Pero, si nadie me dice una palabra respecto á esa cuestión, ¿quiere usted que yo pida relaciones á los mozos?

—No quiero eso, Fuensantica, porque no es esa la costumbre, y porque no se me antoja que seas tú quien busque marido, sino los mozos los que te pidan por mujer.

—Entonces...

—Pero es que no es verdad lo que dices.

—Yo no miento, padre.

—Mientes, puesto que el señorito Julio anda que bebe los vientos por tu persona, y no le haces caso. Es guapo, rico, y te quiere mucho, y puedes estar segura de que no se te ha de proporcionar mejor partido.

—Es que yo no quiero al señorito.

—Así se lo dije, cuando me pidió tu mano, porque yo no deseo otra cosa que verte feliz, y porque me figuraba que, cuando le hacías un desprecio tan grande, sería porque tuvieses amores con otro mozo; pero ni nadie te habla de amores, ni quieres á ninguno todavía, y no está bien que una moza tan bonita como tú se quede para vestir santos, por caprichos necios.

—A mí no me gustan los señoritos, padre.

No me gustan porque no tienen fuerzas para nada, están enclenques y paliduchos, y apestan á todo menos hombre.

—No desatines, Fuensantica, no desatines. Los señoritos son hombres como los demás, y si efectivamente algunos son como tú los pintas, tambien los hay fuertes y robustos, sanos y vigorosos como el señorito Julio, que no tiene nada que envejar á los huertanos.

—Si yo me convenciera de eso, quizás, quizás me casara con él.

—Ya te convencerás de que no te engaña tu padre. Y, poco después de haber sostenido con su hija el anterior diálogo, el Alcalde hablaba con Julio, haciéndole concebir esperanzas; pero lo que no se atrevió á decirle fué que Fuensantica deseaba tener una prueba de su robustez y virilidad.

II

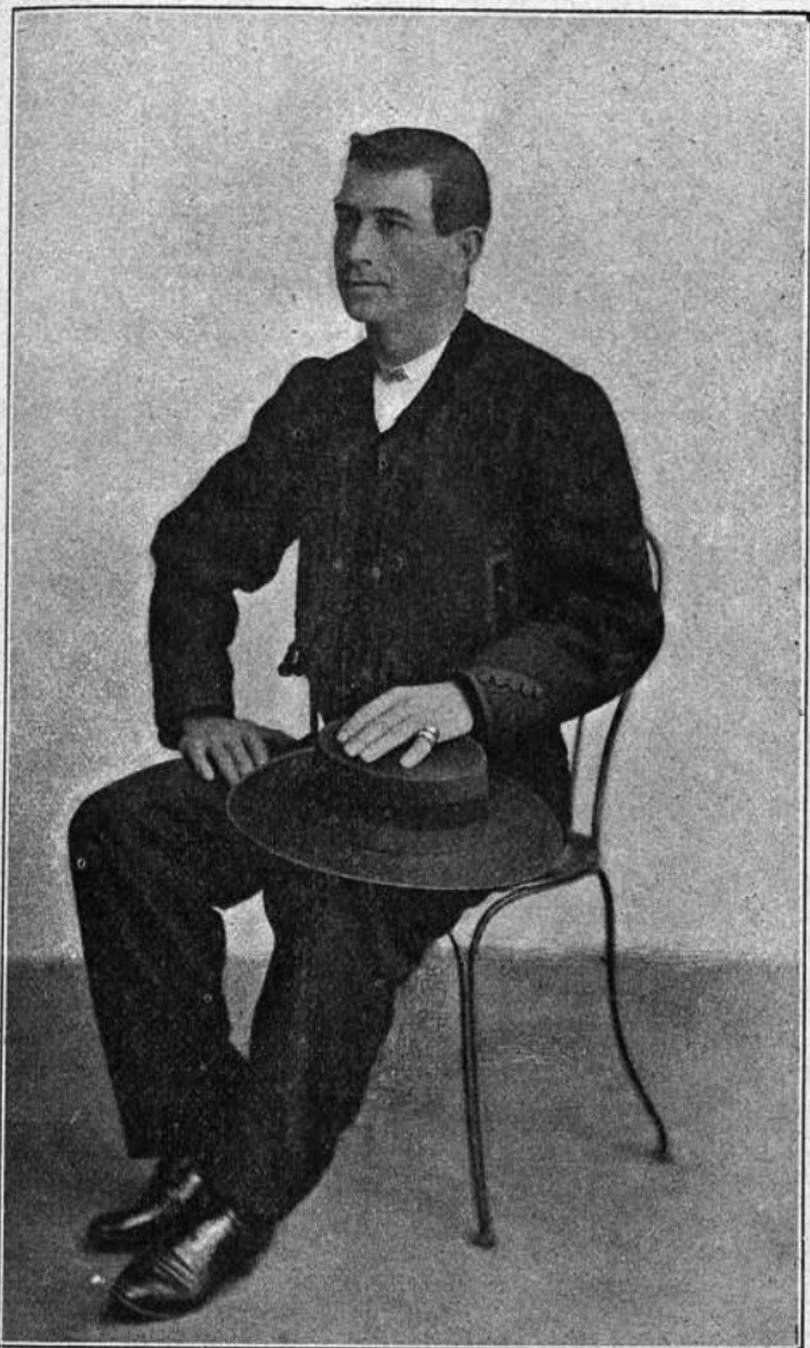
Mohino y cabizbajo andaba el bueno del Alcalde, pensando en el modo de salir de aquel atolladero, cuando un día, al terminar la sesión en que el Ayuntamiento había acordado celebrar una fiesta de toros en la plaza pública del pueblo con motivo de la festividad del Patrono, tropezó en la calle con el señorito Julio, y antes de que éste le interrogara, cogiólo por un brazo, y lleno de júbilo le dijo: «Señor Briviesca, su partido está ganado; y mucho me alegro en poderle comunicar esta noticia.»

—¿De veras, señor Alcalde?—preguntó Julio, lleno de satisfacción.

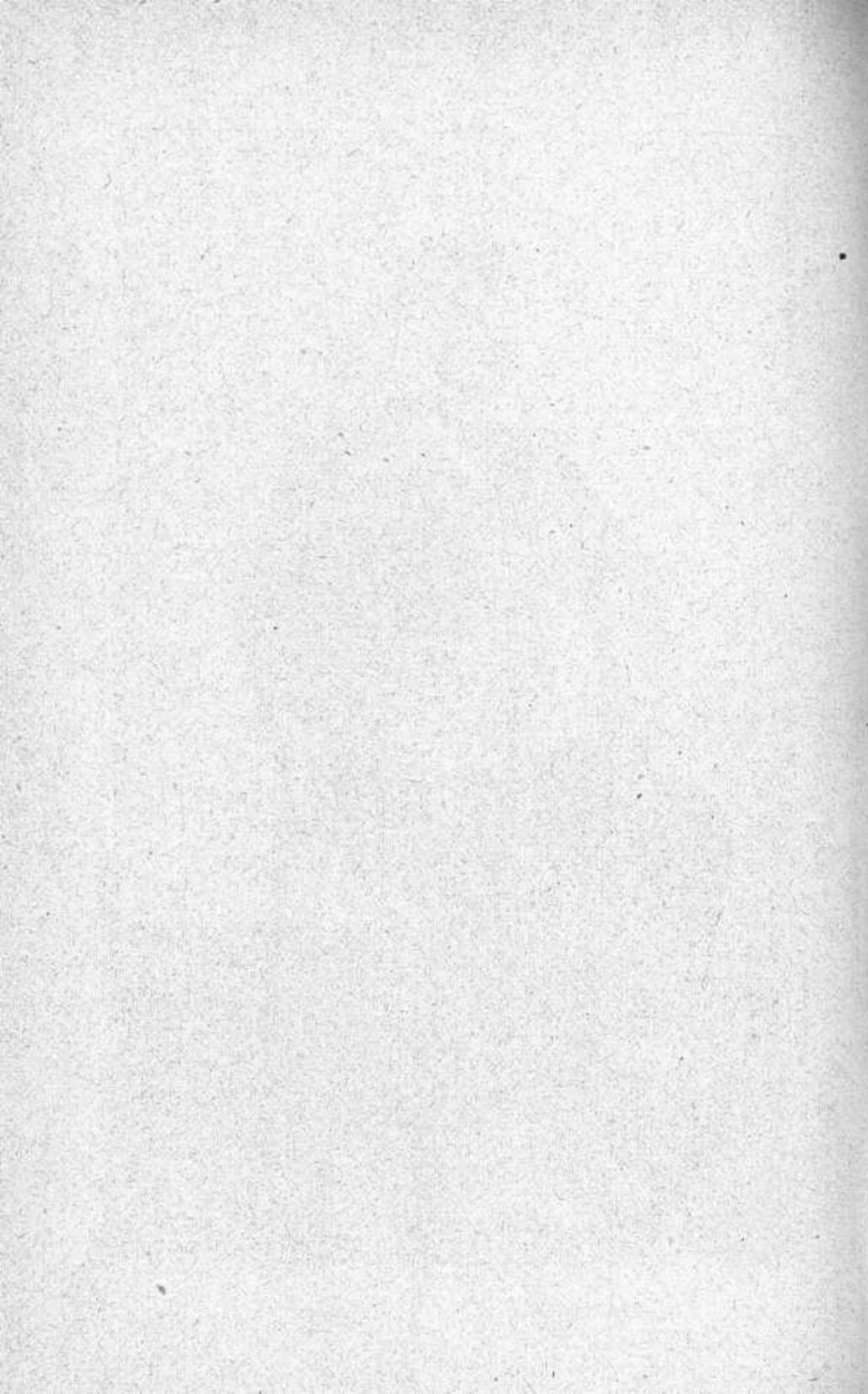
—Sí, señor, es partida ganada; pero antes contésteme á una pregunta. ¿Le gustan á usted los toros?

—No hay español, á quien desagrade esta fiesta,

—¿Ha toreado usted alguna vez?



BANDERILLERO BLANQUITO



—No, señor, pero no comprendo qué relación puedan tener los toros con Fuensantica.

—Mucha, señor Briviesca, mucha.

—Explíquese usted.

—A eso voy. Fuensantica es muy aficionada á las corridas, y usted le es muy simpático; pero como ella duda de la sinceridad de su cariño, desea que le dé usted una prueba de que no la engaña y de que la pretende con buen fin.

—Esa duda es una ofensa, señor Alcalde.

—Yo no dudo, don Julio, y si dudara no hubiera permitido que usted me hablase del asunto; pero las mujeres son caprichosas, y cuando se les mete una idea en la cabeza, no hay más remedio que dejarlas.

—En suma ¿qué prueba de cariño desea obtener Fuensantica?

—Pues pretende—dijo tímidamente el Alcalde,— que usted toree en la corrida que para la fiesta del Patrono del pueblo ha acordado la Corporación municipal.

—Eso es un capricho, que nada puede probar; pero, como adoro á Fuensantica, torearé como los demás mozos.

—Entonces, será usted mi yerno.

Y no hablaron más por entonces; pero el Alcalde aceleró el paso para llegar á su domicilio lo más pronto posible, y en seguida que vió á su hija le notifico que Julio, deseando convencerla de que era un hombre tan fuerte y robusto como los demás, torearía en la corrida del Patrono.

Y así, sucedió, en efecto. En la plaza pública celebróse la fiesta de los toros, organizada por el Ayuntamiento, que aquel año quiso que fuesen cuatro becerros los que se lidiasen, en lugar de los bueyes que otros años se corrían, para evitar desgracias.

Fuensantica, sentada sobre una alta tribuna construída delante de la misma puerta de las Casas Consistoriales presenciaba la fiesta, en compañía de dos ó tres amigas y de su padre y dos concejales más, y el resto del vecindario estaba en las esquinas, detrás de las empalizadas con que se habían obstruído las bocacalles.

Los huertanos jóvenes, y algunos viejos animosos se hallaban en medio de la plaza, luciendo sus habilidades, y todo el mundo estaba satisfecho y divertido con los curiosos incidentes de la lidia.

Julio, que se había despojado de la americana, quedándose en mangas de camisa, á pesar de su poca práctica en el toreo, hacía mil prodigios sorteando á las reses, que inútilmente le perseguían, porque el arriesgado joven habíase posesionado de un secular árbol, que un tiempo estuvo verde, y trás del tronco seco excitaba á las fieras, divirtiéndolo á los espectadores, y consiguiendo agradar á su amada.

Fuensantica, ante tal prueba de valor, no pudo negarse á dar su mano á Julio, con gran contento del Alcalde, que de una vez consiguió la perpetuidad en el gobierno del pueblo y el honor de emparentar con familia tan distinguida como la de Briviesca.

La boda no tardó en celebrarse, y el pueblo en masa celebró con manifiesta alegría aquel acontecimiento, pues todos estaban agradecidos al Diputado, y todos querían á Fuensantica que, valiéndose de la influencia que sobre su buen padre ejercía, había dispensado no pocos beneficios al vecindario.

La gitana

I

«La gitana», que así denominaba todo el mundo á Anita, había terminado sus relaciones con Pepe, el «Salaó», por exceso de cariño, que también las personas que se quieren mucho se ponen de «morros» por quererse, y, no pudiendo vivir el uno sin el otro, se dejaron de ver.

Anita abandonó el pueblo de su naturaleza, seducida por las falaces promesas de una odiosa Celestina, y Pepe, obligado por su profesión de banderillero, no tardó tampoco en salir de Jerez de la Frontera, donde había conocido á aquella criatura, tan bonita como un sol, y por quien hubiese dado toda la sangre de sus venas, si á ella le hubiera sido precisa para satisfacer un capricho, ¡la amaba tanto!

Por esta razón, dejaron ambos de verse, aunque la separación no pudo disminuir el inmenso cariño que ambos se profesaban.

Y transcurrió mucho tiempo sin que ninguno de los dos tuviese noticia del otro, pero, consumiéndose ambos lentamente de pena, no había para ellos consuelo ni alegría.

«La gitana» había sido conducida á Cádiz, donde logró verla un capitán de marina, que, habiendo quedado prendado de su belleza, la hizo ventajosas proposiciones de casamiento, aun á pesar de haberla conocido en una mancebía, proposiciones que Anita no quiso aceptar, porque su alma grande y generosa no le permitía engañar á nadie.

Así lo declaró francamente «la gitana», pero esta negativa no sirvió sino para aumentar el deseo del marino, que en aquella manifestación de lealtad, creyó ver la redención de la bella pecadora que tanto le interesaba.

Anita pensaba siempre en su Pepe, y creyendo que la decisión de seguir á la Celestina que con falaces promesas la había engañado y conducido á Cádiz, la había perjudicado haciéndole imposible el amor del banderillero, procuraba divertirse para buscar en los placeres y el vino el olvido de su desgracia, porque desgracia era para ella la pérdida de aquel su primer amor por el que constantemente suspiraba.

Anita, pensando que, cuando menos lo esperase, se había de encontrar algún día con su Pepe, no desesperaba de reconquistarlo, pues ella sabía bien que cuando un hombre ama apasionadamente, no hay ofensa que no perdone ni obstáculo que con el tiempo no venza; pero los meses transcurrían

sin tener noticias de él más que por algún que otro periódico que daba cuenta de la habilidad y arte con que el «Salao» había puesto banderillas en alguna plaza.

Al fin, y como no hay fortaleza que resista al oro, el marino pudo rendir aquella plaza que parecía inexpugnable, y Anita aceptó las proposiciones de éste en ocasión en que, habiendo sabido que su Pepe vivía en Sevilla con otra mujer, se hallaba completamente desesperada.

Anita y el Capitán de marina, su nuevo amante, se fueron á vivir juntos, ella con el alma destrozada, y él completamente feliz. «La gitana», ya que no por cariño, procuraba por gratitud no amargar la existencia de su amante, que la había rodeado de todo género de comodidades y la había sacado del lupanar, pero ni el lujo ni las diversiones eran elementos bastantes para reanimar aquel espíritu abatido que el tedio consumía, y es que para una persona que ama no hay dicha posible sin la posesión del ser amado.

Pepe, por su parte, había buscado á «la gitana», recorriendo las mancebías de todas las poblaciones que con motivo de su profesión visitaba; pero en ningún sitio le daban noticias de ella, y no tuvo más remedio que procurar olvidarla substituyéndola, cosa que no logró en absoluto porque de vez en cuando le mortificaba el recuerdo de su Anita, pidiendo frecuentemente á Dios y á todos los santos de la Corte Celestial que la hiciesen feliz.

Y así, soñando constantemente el uno con el otro, transcurrieron cuatro años, que fueron una

eternidad para Anita y Pepe, hasta que la suerte se apiadó de ellos, y cuando menos lo esperaban ambos, encontráronse un día el uno frente al otro. ¡Qué sorpresa más agradable y qué impresión más profunda la que experimentaron ambos!



ANTONIO MONTES



II

El capitán de marina que tan apasionada y desinteresadamente amaba á Anita, deseando complacerla y procurando curarla de aquella constante melancolía, cuya causa no acertaba á explicarse, porque suponía que ya habría olvidado á aquél su primer amante, de quien ella misma le hablara en los primeros días de sus relaciones, había organizado en su obsequio una serie de «juergas» á campo libre, á las que había invitado á muchos amigos.

Anita agradeció mucho la atención y delicadeza de su amante, y usando de la autorización que él le diera, llevó á la fiesta á muchas mujeres alegres, que habían sido amigas y compañeras suyas, quienes, al verse libres de la «dorada» jaula en que agostaban su juventud, respiraron, con la misma satisfacción que deben hacerlo los encarcelados en el momento en que se le abre la puerta de su encierro.

El capitán de marina, Anita, y los invitados todos llevaban ya una semana divirtiéndose en una finca, enclavada en el término municipal

de Cádiz, cedida por su dueño para este fin, cuando al «Niño de la Guitarra», un tocador contratado para las juergas, anciano ya, que conocía á todos los toreros, se le ocurrió ir á Cádiz para regresar en seguida con las cuadrillas que aquella tarde torearaban en la plaza de la ciudad, con el fin de animar á todos, que ya empezaban á aburrirse de cansancio.

El capitán de marina hizo al principio alguna oposición al proyecto del «Niño de la Guitarra», pero como la idea le pareció muy bien á Anita, concluyó por ceder, y el viejo tocador, jinete sobre una hermosa jaca, emprendió el camino satisfecho, llegando á Cádiz á media tarde.

El «Niño de la Guitarra», al entrar en la población, fué derecho á la plaza de toros, y tanto habló y tales cosas dijo á los toreros, que éstos aceptaron el convite, y convinieron en ir á la fiesta aquella noche, si en la corrida no ocurría desgracia alguna.

Esperó el «Niño de la Guitarra» entre barreras, que fué el sitio d'onde había hablado con los dos matadores, amigos suyos, y cuando la corrida terminó felizmente, el viejo fué á la puerta de la plaza, esperó á que los lidiadores subiesen á sus coches respectivos, y sin dar á ninguno tiempo para que protestasen, ordenó á los cocheros que le siguieran. No fué necesario hablar mucho para que éstos le obedeciesen, y media hora más tarde, el «Niño de la Guitarra» reuníase con los demás juerguistas, que recibieron á los lidiadores de toros con muestras ostensibles de satisfacción.

Los toreros llevaban sus trajes de luces, y ésto

contribuyó mucho á que las amigas de Anita se desviviesen por obsequiarlos, y ellos, que estaban alegres porque en la corrida no había ocurrido ningún percance y porque el público 'os había aplaudido con entusiasmo, no tardaron en fraternizar con los demás invitados y en entablar animadas conversaciones con las invitadas.

Pepe el «Salao», que era uno de los banderilleros que concurrieron á la fiesta, fué el único que no participaba de la alegría general. Había llegado á Cádiz dos días antes, había visitado todas las mancebías sin ver en ninguna de ellas á quien buscaba, y al encontrar repentinamente á su Anita, siendo la reina y señora de toda aquella gente que estaba divirtiéndose, sintió recorrer todo su cuerpo un frío glacial que lo paralizó en absoluto.

Más pálido que un cadáver, temblando de emoción y con los ojos desencajados miraba, sin atreverse á pronunciar una palabra, á aquella mujer que había sido suya en cuerpo y alma, y á quien, al encontrar tan inopinadamente, no podía dirigir un reproche, ni referirle todas las amarguras que por su causa había sufrido.

Anita, al ver á su Pepe, creyó morir de espanto. Se avergonzaba de ser objeto de las atenciones de todos, de llevar lujosos vestidos de seda, de ser amada por el capitán de marina, y renegaba de su suerte por haberla encontrado su primer amante en ocasión tan inoportuna.

La impresión de Anita y Pepe fué tan intensa, que ninguno de los dos pudo disimularla, á pesar de los esfuerzos que los dos hicieron, y no pasó desapercibida para nadie.

El «marino», no sospechando la verdadera causa de la palidez que inundaba el rostro de Anita, creyó que ésta se había indispuerto, y le aconsejó que se retirara; pero ella negóse resueltamente, esquivando toda conversación con aquel hombre que tanto la amaba y de tantas atenciones la había rodeado.

—¿Qué te pasa, Anita? ¿Estás enferma?—le preguntó una amiga, temerosa de que una indisposición repentina privase á todos de la diversión.

—¡Qué ha de pasarme! ¡Qué se me escapa el alma, y no tengo siquiera derecho á formular una queja! ¡Que está aquí el único hombre á quien quiero, y no entiende lo que le dicen mis ojos!

—¿Quién? ¿Ese Pepe de quien tanto me has hablado?

—Ese, mi Pepe de mi vida, á quien adoro con toda mi alma, y á quien voy á matar de dolor—agregó Anita, saltándosele las lágrimas.

—No te apures. ¿Tienes confianza en mí?

—¿Qué pretendes?

—Poneros el uno frente al otro. Me causa pena tu sufrimiento.

—Es que no quiero que haya disgustos.

—No tengas cuidado, y confía en mí.

Y ambas amigas se separaron, yendo Anita á ocultarse para que no la viesan llorar, hasta que, llegada la hora de la cena, que aquella noche se había apresurado en atención á los toreros, el capitán de marina, la buscó para que ocupase su puesto de honor en la mesa.

La alegría de los comensales no tuvo límites durante toda la comida, contribuyendo á ello poderosamente los toreros con sus frases ingeniosas, y desviviéndose todos por obsequiar y animar á Anita, á quien consiguieron sacar de su mutismo. El único que no desplegó los labios fué Pepe, cuya pasividad pasó casi desapercibida para todos.

Cuando, terminado el banquete, abandonaron todos sus asientos, Pepe fué cogido del brazo por la muchacha que había prometido á Anita ayudarle en la reconciliación, y llevándose aparte, habló con él durante algunas minutos. Lo que le dijera, no se ha podido averiguar, pero lo cierto es que, cuando los comensales divididos en grupos vagaban por la finca, Anita, sentada entre su amiga, que le había arrebatado la guitarra al tocador, y Pepe, se disponía media hora más tarde á cantar una malagueña, con los ojos preñados de lágrimas y temblando de emoción.

Anita cantó, cantó con sentimiento tan profundo que no parecía sino que había puesto su alma en la copla, y Pepe el «Salao», no pudiéndose contener, levantóse y tendió los brazos, en los que cayó la gitana, cuya boca se comía á besos el banderillero, más amante y apasionado que nunca.

Otros dos toreros, que charlando con otras tantas muchachas, se hallaban sentados cerca de Anita y Pepe, al ver á éstos abrazándose con tanto entusiasmo, acercáronse á reconvenirle, por suponer que se trataba de una nueva conquista; pero la amiga de la gitana les impuso silencio, obli-

gándolos á que dejasen latir juntos aquellos corazones enamorados que tanto habían sufrido.

Los toreros y los invitados todos, que no tardaron en enterarse de lo ocurrido, temían que el marino provocase una cuestión con Pepe el «Salao», pero sus temores se desvanecieron en absoluto, cuando Anita, con la cara sonriente presentóse ante su amante, solicitando hablar con él á solas.

El capitán de marina después de oír á su amada, se limitó á decir: «Que seas muy feliz, tan feliz y dichosa como yo había pretendido hacerte, y no olvides lo mucho que te he amado; pero no puedo sacrificarte á mi egoísmo. ¡Adiós!»

Le dió un abrazo, y montándose en una jaca, abandonó la finca en dirección á Cádiz, no sin antes dar orden de que continuase la fiesta todo el tiempo que Anita y sus invitados lo desearan. Anita, que deseaba hallarse á solas con su Pepe, ordenó el regreso á la ciudad, donde vivió con Pepe el «Salao» muchos años, durante los cuales procuró recompensarlo de las amargas sufridas.

El capitán de marina no volvió á verla; pero se interesaba mucho por su suerte, y de una manera indirecta hizo llegar á manos de Anita grandes cantidades, sin que ésta conociese jamás la procedencia de aquel dinero, que tan oportunamente recibía, siempre en épocas de apuros.

El frasco de esencia ⁽¹⁾

I

Antonio Montes, que fué uno de los matadores de toros más serios que anduvieron por el mundo, y que, á pesar de su concienzudo trabajo, no pudo conseguir el figurar en los carteles de la Villa y Corte más que una sola temporada, fué invitado á dirigir la novillada que algunos aficionados trianeros habían organizado en Sevilla.

No pudo Montes rehusar la invitación, porque la comisión organizadora estaba compuesta por los jóvenes más distinguidos del barrio de Triana, en que Antonio se había criado, y en el que habitaban sus amigos más íntimos, y vióse obligado á aceptar.

En la cuadrilla de aficionados figuraba además como banderillero uno de los muchachos que ha-

(1) Este cuento, que es una curiosa anécdota de la vida torera, atribuida á infinidad de diestros, lo publica el autor, á pesar de su falta de originalidad, por creer que interesará á los aficionados más que toda historia inventada cualquiera historia vivida.

bía ayudado á misa, en la misma iglesia en que Antonio Montes, algunos años antes de dedicarse al toreo, desempeñaba «funciones eclesiásticas», y no pudo negarse tampoco á prestarle un capote de lujo para que lo luciera en el paseo, lo cual contribuyó poderosamente á aumentar la popularidad que ya gozaba el valiente diestro sevillano.

La animación en el barrio con motivo de aquel festival era extraordinaria, y hombres y mujeres se pasaban el día charlando de lo mismo. Hasta el señor Ramoncito, que á los setenta años de edad recordaba con júbilo las proezas por él realizadas durante su juventud en la plaza del Puerto de Santamaría donde ejerció el oficio de monosabio, se entusiasmaba hablando de la fiesta de los mozos del barrio y se permitía dar consejos á los individuos de la improvisada cuadrilla acerca de la manera de ejecutar las suertes.

Los flamantes lidiadores ejecutaban sus facultades continuamente delante de una silla, y no faltaba quien se creía que al pisar la arena había de eclipsar con su habilidad y su valor las glorias del mismísimo Pedro Romero.

Pero en la improvisada cuadrilla había de todo, pues si bien es cierto que la mayor parte de los mozos se hallaban muy envalentonados, no lo es menos que más de uno de los que habían solicitado puesto para figurar como agente activo en la fiesta, había perdido los ánimos y mientras más próximo estaba el momento de demostrar su valor, más lejos se hallaba de poseerlo, aun cuando sacando, como vulgarmente se dice, fuerzas de flaqueza, procuraba mostrarse tranquilo.



CERRAJILLAS

Currillo Pastrana, uno de los mozos que con más arrogancia aparente hablaba de la fiesta, en la que iba á actuar de puntillero, veía con espanto acercarse el día terrible, y, después de encomendarse á todos los santos de la Corte Celestial y á la Virgen de la Macarena, su patrona, para que lo sacasen ileso de aquel amargo trance, fuese á ver á su amigo Montes, en demanda de consejo.

—Mira, Antonio—le dijo,—no es que yo tenga «jinda», porque á mí no' me ha parío mi madre' pa que yo tenga esas cosas; pero quiero quear bien, y es mester que me digas cómo se pué salir ileso de la plaza sin saber torear.

—No toreando.

—Es que yo no voy á salir en la cuadrilla na más que de figurón, porque la gente es mu guasona, y luego van á pitorrearse de mí, y voy á tener que andar á puñalás ó poco menos con el que de mí se pitorree.

—Pos haz entonces lo que sepas, que yo estaré al cuidao pa que el bicho no te pille.

—El caso es que yo no sé na del toreo.

—Entonces ¿por qué has querío salir?

—Pa que los demás no me achicaran.

—Pos si no sabes toreá, tienes «jindama», y no qués que te pille un toro, mejó es que te mueras antes de salí á la plaza.

—Pa morirme, no es mester consejos de naide.

—Mejó es que te mueras, porque, si sales na más que de figurón, te matan los trianeros, conque tú verás lo que haces, Currillo.

—Es que á mí me han dicho que vosotros tenéis un secreto pa que juyan los toros de las presonas y no las corneen.

—Pos no lo sabía.

—¿Es chungua?

—¡Qué ha de ser chungua! ¿Tú crees que, si yo tuviese ese secreto, me hubiese pillao aquel marrajo, que me jizo polvo ahora dos años toa la región glútea?

—Pos mira, el señó Ramoncito, que ha andao toa la vida al lao de toreros, me lo ha dicho.

—Pos vé al señó Ramoncito que te explique ese secreto, y luego me lo explicas tú pa que lo sepamos los dos.

—Iré, ya lo creo que iré, á que me lo explique.

Y Currillo dió por terminada su conferencia, de la que no quedó muy satisfecho, decidido á ir á casa del viejo monosabio á comprar el secreto de que lo creía poseedor, costase lo que costara.

II

Con asombro de los demás jóvenes de la cuadrilla de aficionados y aun del propio Antonio Montes, director de la lidia, salió Currillo á la arena decidido y arrogante, dispuesto al parecer á tragarse vivos á los toros.

Cuando comenzó la fiesta, y en el preciso momento en que el torero de afición, separóse de la barrera para dirigirse capote al brazo al sitio en que el cornúpeto se revolvía contra algunos de los lidiadores que, ansiosos de lucirse, lo zarrandeaban de lo lindo, Montes detuvo al Currillo para interrogarle

—¿Te descubrió el señó Ramoncito el secreto?

—Sí, hombre, sí. Por cinco duros.

—No es mu caro—replicó Antonio Montes sonriéndose.

—No es mu caro, porque me va á serví pa quitarles los moños á toos esos fantasmones que presumen de lo que no son.

—¿Y no pué saberse en qué consiste el secreto?

—¡Pa que veas lo que son las cosas! Ahora eres

tú el que me pides el favó que yo te pedía; pero no te lo niego.

—Tengo mucha curiosidá.

—Pos mira—dijo Currillo, sacando del bolsillo izquierdo de su chaquetilla corta un pomo de esencias,—llevando este frasco, pué uno cualquiera acercarse á toos los toros del mundo, porque el tufo los atonta y no jieren.

—¿De veras?

—Como te lo digo, y ahora lo vas á ve.

Y efectivamente, Currillo dirigióse al cornúpeto, abrióse de capa á una distancia respetable, y el bicho, después de escarbar la arena, lanzóse en persecución de otro lidiador que se encontraba más próximo y que no cesaba de citarlo.

Esto contribuyó á animar, aun más de lo que ya lo estaba, á Currillo, que se acabó de convencer del prodigioso efecto de su frasco de esencias, y confiado en que llevando tan eficaz elixir, no habría toro que se le atreviese, acercóse al bicho, que, queriendo desengañar al insolente temerario, lo hizo volar.

Cayó al suelo Currillo, muerto de susto, y sin desperfecto alguno en su persona, pero creyendo que por el dolor del porrazo que había sufrido se le escapaba el alma, y, levantándose rápidamente corrió como un desesperado hacía la enfermería, haciendo reir á cuantos lo vieron.

Reconocido detenidamente por un médico, éste le dijo que no tenía más que «mieditis»; pero Currillo negóse á continuar toreando, bien arrepentido de haberlo intentado una vez siquiera.

En vista de la derrota sufrida, el mozo fué á

casa del señor Ramoncito, con la pretensión de que éste le devolviese los cinco duros que por el frasco de esencias le había cobrado, pero no lográndolo entre otras razones, porque el viejo monosabio no tenía ya los cien reales.

—Usted me ha engañao, señó Ramoncito, y eso está mal hecho.

—Lo mal hecho es un jorobao, que en mí no caben engañifas, ni soy capás de burlarme de un mozo tan juncal como tú.

—Entonces ¿por qué me ha cogió el toro?

—¿Por qué? Pos mira, porque estaría constipao y no olió bien.

.
Poco tiempo después, Antonio Montes encontró al señó Ramoncito en la calle de la Sierpe, y lo detuvo, diciéndole:

—¡Cuidao que es usted guasón!

—¿Por qué me dices eso, Antonio?

—¿Por qué lo he de decir? Por los cinco duros que le sacó usted á Currillo por aquel frasco pa que no lo cogiesen los toros?

—¡Qué querías que hiciese, si el muchacho se empeñó en que yo sabía un secreto pa salir incólume de la plaza, y me hacía mucha falta el dinero?

—Bueno; pero, en resumidas cuentas, ¿qué clase de esencia le metió usted en el frasco?

—Tila pa los «niervos.»

Paquita

I

Nerviosilla y juguetona, bulliciosa y alegre, Paquita era el encanto de cuantos se acercaban á comprar flores.

Antes de que el sol apareciese cada mañana tras las elevadas cambres del Tibidabo, acudía la simpática muchacha á su obligada tarea, y, canta que te canta, con la satisfacción del deber cumplido y la tranquilidad de su conciencia de virgen, empleaba las primeras horas del día en co'ocar las flores en los recipientes llenos de agua, en formar ramos, en rociar las macetas destinadas á la venta.

En la Rambla de Barcelona no había por aquellos tiempos vendedora más graciosa y amable que Paquita. Ella parloteaba con todos sus parroquianos, animaba á sus compañeras las floristas, y, burla burlando, lograba sin gran esfuerzo colocar diariamente toda su mercancía.

Era muy joven, pero su corta edad no era obstáculo para infundir respeto á los pocos que se atrevían á molestarla con insidiosas proposiciones de amor.

Paquita no amaba más que sus flores. ¡No tenía muy pocos años para pensar en esas cosas!

Sus parroquianos habituales ya la conocían y respetaban sus pudores con extremada obstinación. La niña agradecía las atenciones de que era objeto y correspondía á ellas con sonrisas y charlas, que sonaban á música de querubens.

La *Alegría de la Rambla* llamábanle cariñosamente las compañeras, por su ingénua jovialidad, y la *Virgen invulnerable* le decían algunos sátiros que, habiendo puesto sitio á la plaza con propósito de rendirla, habíanse visto chasquoados en sus poco honestas aspiraciones.

—¡Hola, Alegría! Has madrugado mucho hoy— la saludaban invariablemente las compañeras todas las mañanas.

—Bah! Como siempre—contestaba Paquilla.—Está amaneciendo.

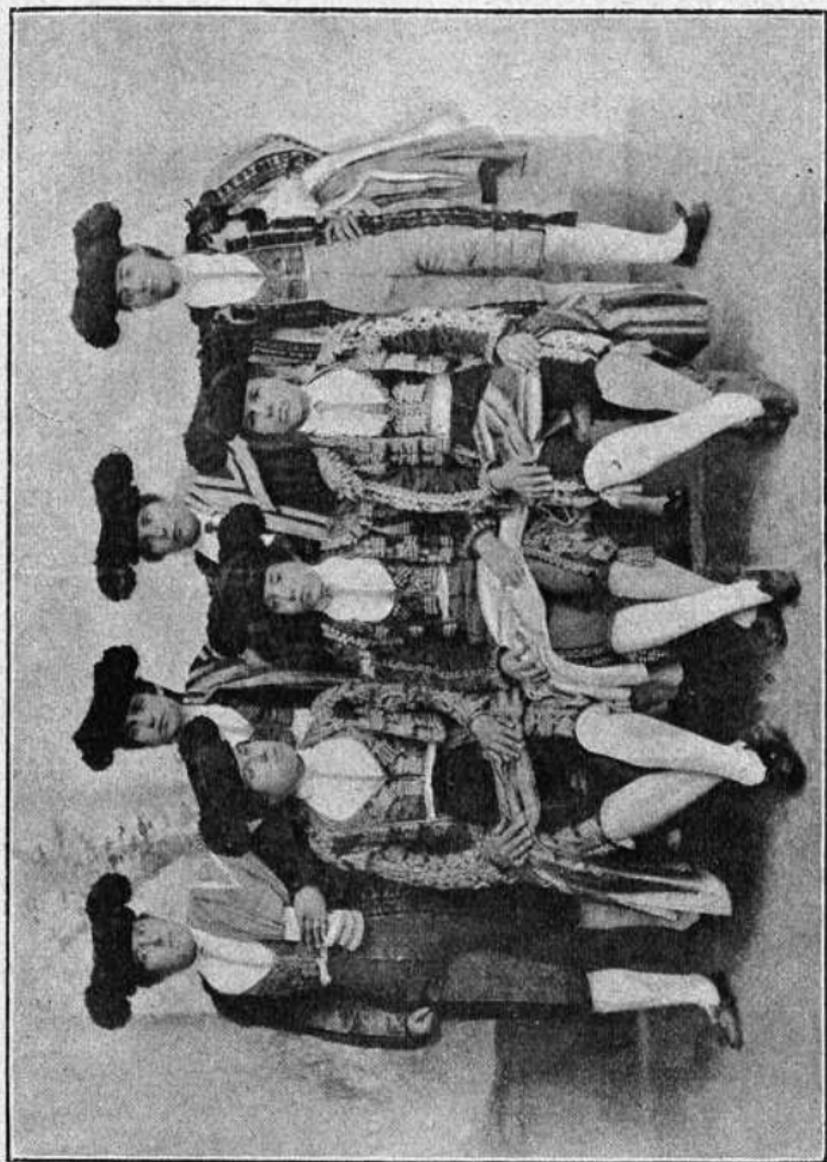
—No, Paquita, no. Ya ha amanecido. El sol ha salido contigo á la calle.

—No lo veo—objetaba la niña.

—Lo vemos nosotras, en cuanto tú llegas á la Rambla.

Paquita refase del elogio y comenzaba su tarea, saludando á la aurora con su alegre canturreo.

Pero una mañana, Paquita no se presentó en su puesto. Los parroquianos de la niña tuvieron que proveerse en otros sitios, y ni aun el aumento



PRIMITIVA CUADRILLA DE SEÑORITAS TORERAS



del negocio consoló á sus compañeras de aquella ausencia inusitada.

Paquita no apareció tampoco el día siguiente, ni el otro, ni el otro...

Así transcurrieron nueve días, y cuando, al cabo de ellos volvió la gentil niña á servir á sus parroquianos, en su rostro advertíanse las huellas de un dolor profundo, el surco de muchas lágrimas.

Iba vestida de luto, y su canturreo no saludó el nacimiento de la aurora.

El pájaro había enmudecido.

Paquita, la graciosa y alegre Paquita había dejado de ser la *Alegría de la Rambla* para convertirse en la *Virgencita dolorosa*, nuevo cariñoso sobrenombre que le fué aplicado.

El dolor de la niña era justificado. Había perdido á su madre, á quien mantenía y quedó sola en el mundo, sola con sus tristezas...

II

Paquita lloró mucho, mucho, su desgracia. Lloraba á su madre siempre que de ella se acordaba, ¡y se acordaba de ella siempre!...

Su alma necesitaba á alguien á quien dedicarse, y como ningún vivo le inspiraba un afecto tan profundo que exigiera una absoluta penetración, se entregaba de lleno á su madre muerta.

Pero las almas de los muertos por muy penetradas que puedan estar con las de los vivos, suelen no corresponder á las efusiones del amor, y Paquita necesitaba un cariño más real.

No fué extraño, pues, que Angel, un joven estudiante de Medicina que le testimonió varias veces su afecto de manera tan elocuente como respetuosa, fuese correspondido.

Angel acudía todaas las mañanas al puesto de Paquita, se hacía colocar una flor en el ojal de la americana, y después de dirigirle dos ó tres frases cariñosas, pero impregnadas de respeto, se despedía de ella hasta el día siguiente.

Una mañana Angel vióse sorprendido por una ingenua exclamación de alegría que Paquita exhaló, al verle llegar.

—¡Ah, gracias á Dios, que llega usted don Angel!

—¿Me esperaba?

—Sí, con mucha impaciencia.

—Necesito que me preste usted un favor.

—¡Yo! ¿En qué puedo servirla?

—¡Oh! En mucho. ¿No es usted médico?

—Estudiante de Medicina solamente.

—Bien, el caso es igual. Yo sé que usted es muy aplicado y sabe curar muchas cosas.

—No, Paquita, no sé. Además, no estoy autorizado para ello, aunque supiera.

—Qué lástima! ¡Yo que lo he esperado para que me curara!

—En fin, dígame qué le sucede y acaso pueda aconsejarle.

—Pues mire usted cómo tengo esta mano.

Y, mientras hablaba así, Paquita mostraba á Angel su manita hinchada, envuelta en una porción de trapos.

—¡Quítese esos trapos, criatura!

La niña obedeció, un si es no es ruborosa y sollozante, y dijo, extendiendo nuevamente la mano:

—Vea. Ayer, haciendo un ramo de flores, me pinché y no hice caso al principio; pero, como después se me ha hinchado, tengo un miedo...

—Sí, sí, es verdad—repuso Angel examinando detenidamente la mano lesionada.

—¿Qué debo hacer, don Angel?

—Nada por ahora. A la tarde iré yo á su casa,

si tiene la bondad de decirme dónde vive. Está la espina dentro y habrá necesidad de sacarla...

Paquita se alarmó, pero Angel prosiguió, al parecer con indiferencia.

—No se asuste. No sufrirá mucho. Ruéguele á cualquier vecina que vaya á su casa, para que nadie murmure si me ven entrar en ella...

La joven huérfana agradeció profundamente esta prueba de respeto, y empezó á cobrar afición al estudiante.

La amistaad íntima entre jóvenes de diferente sexo es peligrosa; rara vez deja de convertirse en amor y esto es lo que ocurrió á Angel y Paquita. Se amaron.

III

Angel, joven apasionado y tierno, y Paquita, desprovista de toda otra afeción y libre de su albedrío, fabricaron un nidito en un piso muy alto de la calle de la Princesa, y con la despreocupación de la juventud y el mal ejemplo de la vida poco ordenada de las poblaciones muy populosas, rindieron culto á Venus, ajenos á toda clase de prejuicios é indiferentes á todo género de murmuraciones.

Fueron felices, y con saber esto, no es necesario manifestar que los días transcurrieron con una velocidad pasmosa.

¡La felicidad camina siempre en tren expreso, mientras que el dolor lo hace en pesadas carretas! ¡Por eso es tan breve el placer gozado! ¡Por eso es interminable la amargura sufrida!

Ello fué que Angel terminó su carrera, que se despidió de Paquita con el propósito de volver... y la *Virgencita dolorosa* expresó inútilmente noticias del ingrato.

El amante no volvió jamás.

Que si lloró Paquitá? Lágrimas muy amargas; pero bienaventurados los que l'oran porque el llanto es rocío del Cielo que purifica las almas y las conforta para la terrible batalla de la vida.

Muchos pretendientes solicitaron los favores de la virgen viuda; pero Paquita los desdeñó á todos, porque el recuerdo de su Angel la dominaba en absoluto.

Además, Paquita quería ser honrada. Cierto que había pecado por amor, pero el vicio no la había contaminado, y ella, con una moralidad más amplia y acaso más recta que la que prescriben los ridículos convencionalismos sociales, creía mantenerse pura.

Un día, pletórica de penas y ayuna de consuelos, topóse en plena plaza de Cataluña con una amiga, que la conservaba algún afecto. Era ésta la hija de una vendedora de flores, cuyo puesto estaba instalado cerca del que tuvo Paquita. Hacía tiempo que se había *independizado* huyendo de la casa paterna é ignoraba que la *Virgencita dolorosa* había dejado de ser florista.

Con la necesidad que experimentan las almas afligidas de hacer á alguien partícipe de sus impresiones y angustias. Paquita refirió á su amiga todas sus desventuras.

—¿Y no has vuelto á tener noticias del traidor?
—interrogó Lola, que así se llamaba la amiga, cuando la que fué la *Alegría de la Rambla* terminó entre lágrimas y sollozos, su penosa confesión.

—No; nada he vuelto á saber de él.

—Pero ¿lo amas todavía?

—Mucho, mucho—respondió Paquita con vehe-

mencia.

—¿Y por qué no vas en su busca?

—No tengo dinero y, además, ignoro si me recibiría bien.

—Eso...

—Aunque yo, con tal de verlo una sola vez, sería capaz de cualquier sacrificio.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Espérame mañana en este mismo sitio. Quizá, si eres atrevida y no te arredra el viajar mucho, puedo yo facilitarte el medio de que, alguna vez, encuentres á tu Angel.

—Pero...

—Hoy nada más puedo decirte. No faltes mañana... y hablaremos.

Separáronse Lola y Paquita; pero ésta, esperanzada con la promesa de su amiga, no sosegó un momento, temerosa de que no se realizaran sus deseos.

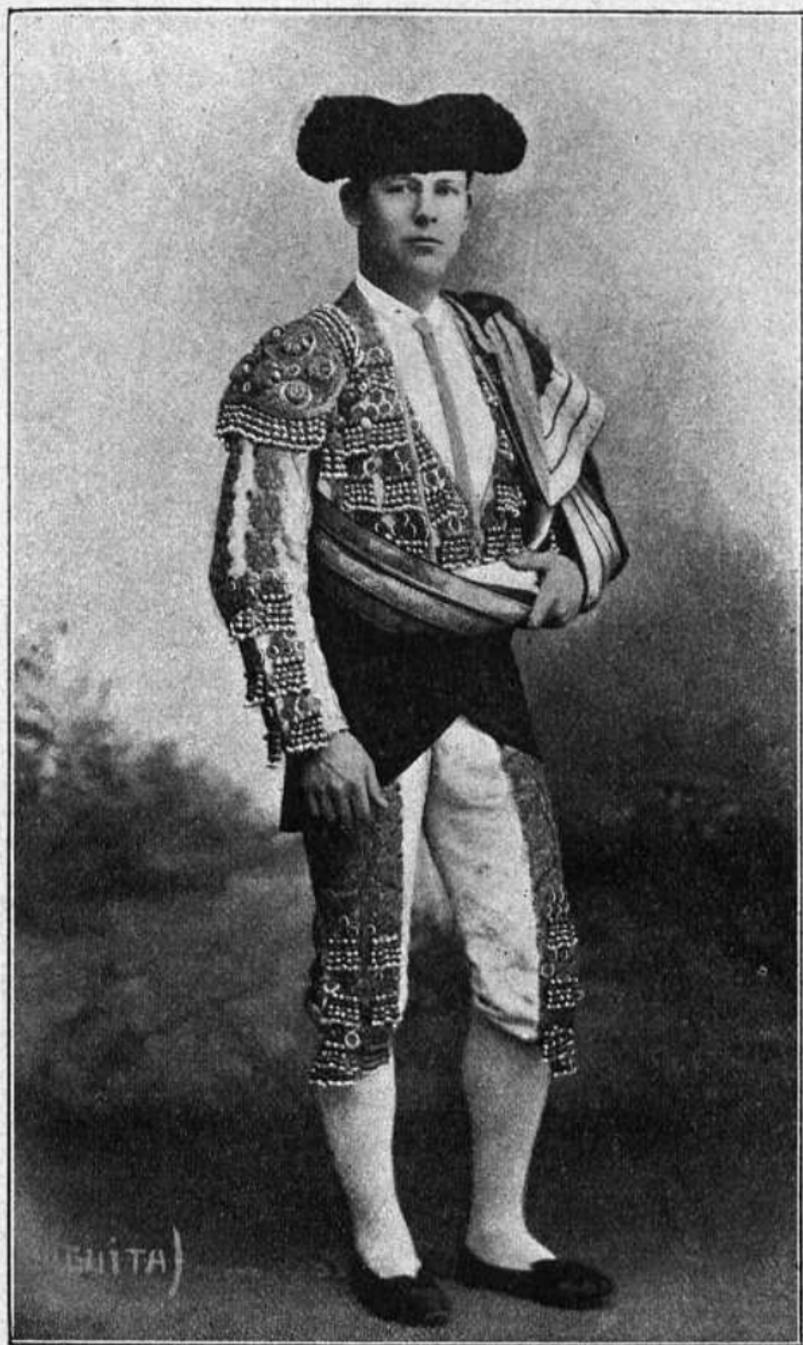
Afortunadamente, Lola no había mentido. La *Virgencita dolorosa* viajaría en breve por toda España, envuelta en una aureola de popularidad poco frecuente para su sexo.

IV

Por aquella épocaa Armengol, el inteligente aficionado al Arte taurino, deseando aumentar el esplendor de la fiesta nacional ó acaso solamente por afán de lucro, organizaba la cuadrilla de señoritas toreras, aquellas famosas *noyas barcelonesas* que tantos y contradictorios juicios merecieron á los cornígrafos.

El autor de estas líneas no fué nunca partidario de que el sexo bello luciese su valentía... y sus formas ante los cornúpetos. Ha creído que el arte se prostituía con estas mistificaciones; que la mujer carece de las aptitudes necesarias para la lidia de reses bravas, y que la fiesta nacional es espectáculo muy serio, é impropio, por lo tanto, para que la más graciosa y débil mitad del género humano pretenda en él competir con la otra mitad. Esto no obstante, reconoce que la cuadrilla de señoritas toreras que organizara Armengol fué la *troupe* femenina que con más arte y más arrojo ha salido á los medios.

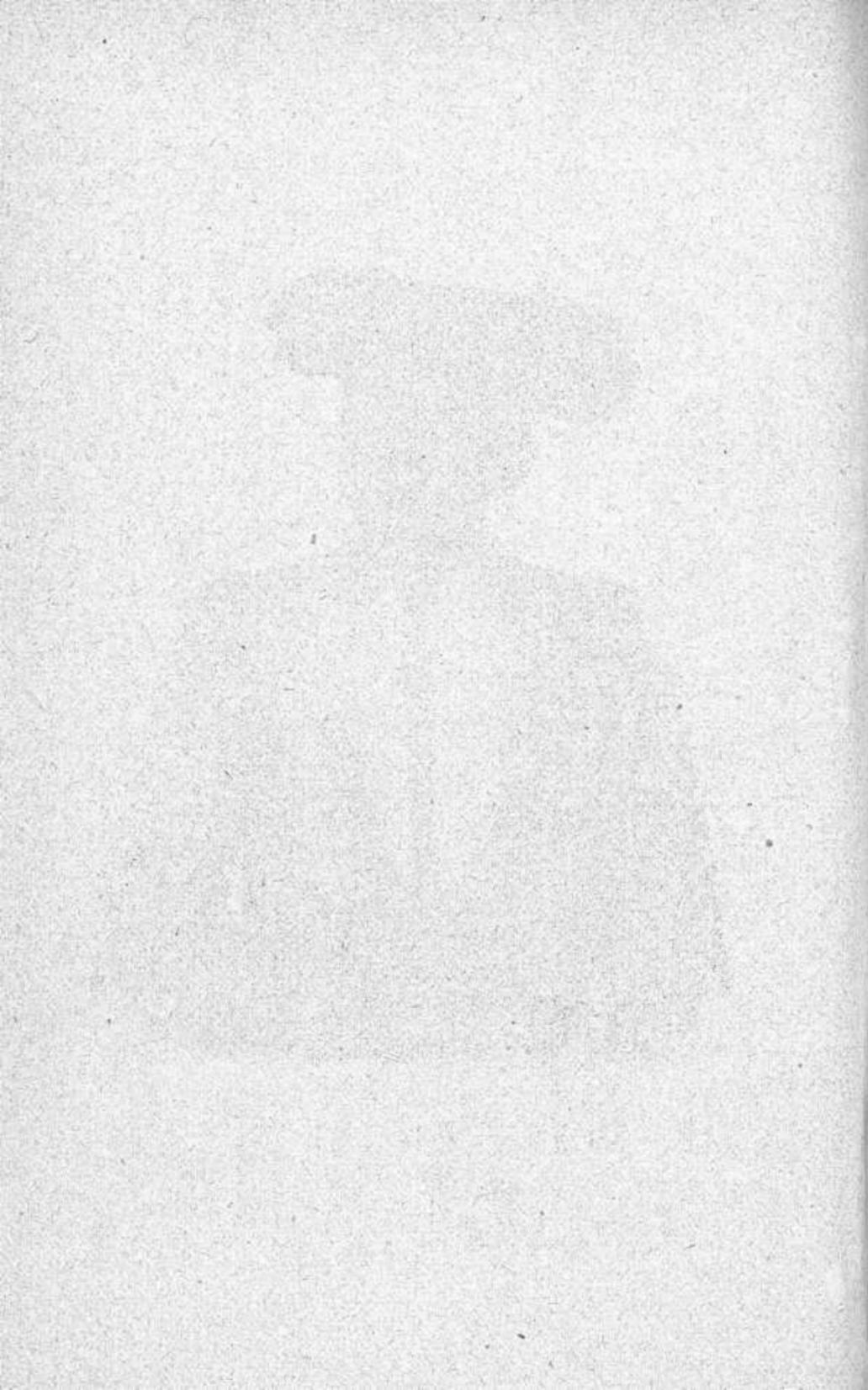
De aquella cuadrilla, pues, formó parte Paquita, por recomendaciones de su amiga Lola, que ya



PULGUITA



RAFAEL GUERRA (GUERRITA)



estaba afiliada y llevaba muy adelantado su aprendizaje el día en que ambas se encontraron y se comunicaron sus impresiones.

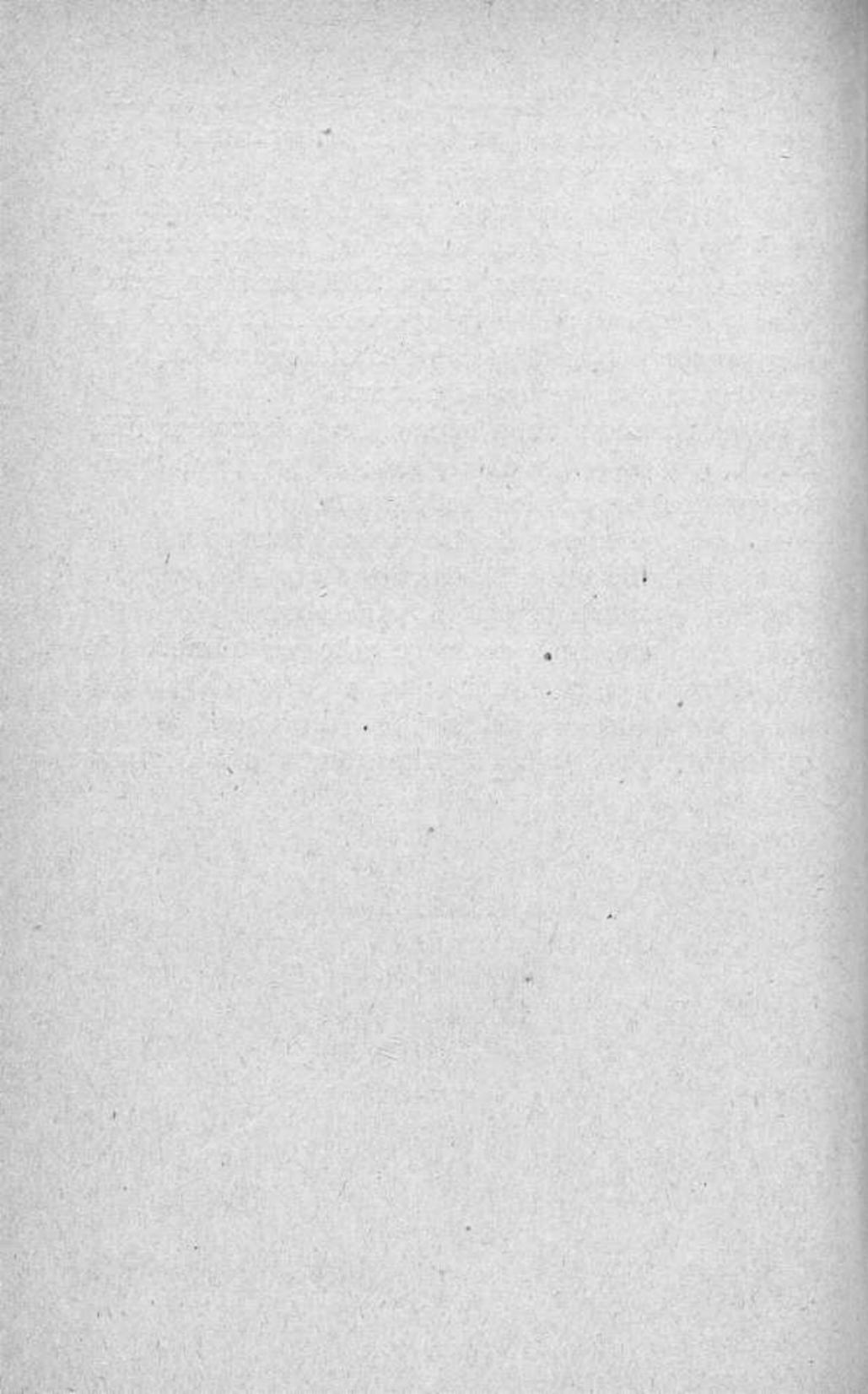
La *Virgencita dolorosa*, que al ingresar en la cuadrilla dejó de oirse llamar así, recorrió triunfalmente toda España y casi toda América, pero, cuando llegó al punto de residencia de Angel, ni aun preguntó por el que había sido causa de que ella derramase tantas lágrimas.

Había pasado mucho tiempo, nuevos amores, más fáciles y menos platónicos que el primero, modificaron los propósitos de Paquita.

¡Oh inconstancia de las cosas humanas!

La cuadrilla de señoritas toreras obtuvo, con ello, un peón de brega muy notable.

El arte nacional no acrecentó el número de sus glorias; pero inscribió en el libro de su historia un nombre que, sin la volubilidad de un estudiante, no hubiera figurado entre sus páginas.



Rafael Guerra (Guerrita)

Aunque la biografía de los toreros no tiene gran importancia en un libro, por ser sumamente conocida de todos los aficionados, séanos lícito consignar aquí por excepción, las fechas más notables en que el más completo y más grande lidiador de toros ha ilustrado con sus hechos el arte, puramente español.

Nació Rafael Guerra (Guerrita) en Córdoba, el 8 de Marzo de 1862, y á los ocho años de edad fué sorprendido en el matadero sorteando reses en unión de su inseparable amigo «Mogino».

La cariñosa madre de Guerra fué la primera en oponerse resueltamente á que continuasen adelante las aficiones del muchacho. No podía borrar de su imaginación el terrible fin de su cuñado el famoso espada José Rodríguez (Pepete), muerto en la plaza madrileña en aquellos días precisamente.

A pesar de tal oposición, Rafael siguió entregán-

dose cuantas veces pudo á su delirio por ser torero, y contra viento y marea ingresó como banderillero, en 1876, en la cuadrilla de niños organizada por «Caniqui», padre de Mogino.

En septiembre del mismo año, tuvo la cuadrilla contrata formal con una empresa de Andújar, y en aquella corrida lució Rafael el primer traje de luces, azul y negro, que costó catorce duros, en una ropavejería, y que le «sentaba» al novel diestro como á un Santo Cristo un par de pistolas.

Poco después fué la cuadrilla á Bujalance y allí lució Guerrita un traje verde y negro, hecho á su medida, cuyo coste fué de 500 pesetas.

La primera contrata seria que tuvo la cuadrilla organizada por Caniqui fué en Sevilla, el 15 de Julio de 1877, actuando de matador Currito Avilés, y entre los banderilleros el entonces apodado «Llaverito», que más tarde fué el colosal califa de Córdoba, Rafael Guerra, la figura más notable de la tauromaquia hasta ahora, desde que el arte nacional existe.

Cuenta uno de los biógrafos de Rafael que el gozo de éste no tuvo límite cuando regresó á su casa, y entregó á su madre el primer dinero ganado seriamente con exposición de su vida, mostrando especial empeño en que, con lo que después fuese adquiriendo, se emplease en la mejora y perfección de la industria curtidora, que era el único sostén de la casa, pues es sabido que el más grande torero contemporáneo ha sido siempre el más económico y menos gastoso de toda la gente de coleta.

Los cuatro años siguientes los pasó Llaverito

toreando aquí y allá, casi ignorado, como ocurre al principio de su carrera á cuantos al toreo se dedican, y el año de 1882 comenzó á ir en compañía de matadores de toros, como «Bocanegra», Valentín Martín y Manuel Molina, entre otros, y aquel mismo año, el 14 de Agosto, Fernando Gómez (El Gallo), que había visto torear á Rafael en la corrida de inauguración de la plaza de Vista Alegre, de Bilbao, lo contrató ventajosamente para que sustituyera en su cuadrilla á Diego Prieto (Cuatro-Dedos), que acababa de doctorarse.

El 24 de Septiembre de 1882 hizo Rafael su aparición en la plaza de Madrid, como banderillero de la cuadrilla de Fernando Gómez, y entonces fué cuando relegó al olvido su apodo de Llaverito para adoptar definitivamente el de Guerrita, que ha inmortalizado con sus hazañas, siendo los primeros toros que banderilleó, formando pareja con Miguel Almendro, «Picudo» y «Caravaco», de la ganadería sevillana de don Anastasio Martín.

El día 5 de Octubre de 1883, por cesión del Gallo, mató en Madrid al toro «Mojoso», de la ganadería de «Laffitte», haciendo una faena superior; pero el 16 del mismo mes, estoqueó y banderilleó al toro «Jerezano», de Muruve, y la suerte le fué adversa, por cuya razón no quiso escuchar la palabra «alternativa» que ya dejaban oír los exaltados entusiastas, siendo este el gran secreto de Rafael, cuya conducta debieran imitar todos los toreros de hoy, quienes, apenas matan un toro en cualquier plaza de tercer orden, ya solicitan doctorarse, sin preparación suficiente, siendo esto

causa de que luego no sirvan ni para banderilleros ni para matadores.

Dos años más siguió junto á su protector y maestro, yendo de triunfo en triunfo, haciendo apretar á todos los banderilleros y proporcionando ventajosísimas contratas al Gallo, que, aparte sus méritos propios, encontró en Guerrita novedad y aliciente para sus ajustes.

Pasó luego Guerrita á la cuadrilla de «Lagartijo», y, junto á éste, salió en Madrid el 23 de Octubre de 1885, banderilleando el toro «Cuervo», de Veragua, y en aquella misma corrida le cedió «Frascuero» la muerte del sexto toro, ante el cual demostró tal arte que se hizo amo de los públicos y conquistó el afecto de aquellos dos colosos de la tauromaquia.

Lagartijo le hizo alternar con él en distintas plazas durante dos años, y al fin quedó acordada la alternativa para el 29 de Septiembre de 1885, en cuya corrida se lidiaron cinco toros de Vázquez y uno de Gallardo, siendo éste, llamado «Arrecio», el que se eligió para el doctorado.

La tarde de su alternativa, Rafael Guerra, en uno de los primeros pases, fué cogido y volteado, resultando con varios varetazos y el destrozo de toda la ropa; y al matar el cuarto toro lo citó á recibir tres veces, lográndolo á la cuarta en fuerza de obligar á la res que murió de una estocada soberbia.

El 30 de Octubre del referido año pasó á la Habana, donde toreó por primera vez el 20 de Noviembre, matando al toro «Lagartijo», de la ganadería de Nandin, por cesión de Francisco Arjo-

na Reyes (Currito), regresando á España á principios de 1888, y, á cambio de dos cornadas que recibió, se trajo más de 19.000 duros.

Alternó, en Sevilla, con el infortunado «Espartero» por primera vez el 15 del Abril del mismo año de 1888, lidiando ganado de Orozco, y en los corrales de la plaza, al terminarse la corrida, fué brutalmente agredido porque la fortuna le favoreció en el trabajo.

Asistió á la corrida en que se inutilizó el banderillero Bebe, en Cartagena, el 5 de Agosto de 1888, y por indisposición de «Frascuero» mató el toro «Cimbareto», de la ganadería de Saltillo, que ocasionó la desgracia del que prometía ser digno compañero de Guerrita.

El 12 de Mayo de 1890 toreó en la despedida de Salvador Sánchez, y de triunfo en triunfo, entre aplausos delirantes, ha conquistado la admiración del público con su arte completísimo, siendo el ídolo de todos los aficionados, hasta que se retiró definitivamente del torreo con una fortuna de más de diez millones de reales.

Actualmente se dedica á la administración de sus bienes y al cuidado de su ganadería de reses bravas, siendo sus distracciones favoritas la caza y el juego de pelota.

Cuando Guerrita comenzó á torear, su mayor placer lo constituían los dulces, y su mejor amigo era quien le proporcionase las mejores golosinas. Hoy la mas preciada joya con que se le puede obsequiar es un buen reclamo de perdiz ó un excelente perro de caza.

Durante su arriesgada profesión, Guerrita ha

dado muerte á 2,547 cornúpetos, de los cuales mató 42 mientras fué novillero; 172 en corridas serias, cedidos por otros diestros; y 2,333, estoqueados por él como matador de alternativa.

Existe la creencia de que Guerrita ha sufrido pocos percances durante su carrera taurina, y, para que se convenzan del error, los que así piensen, basta consignar los siguientes brevísimos apuntes de las veces que el famoso lidiador, fué cogido por los toros.

16 de Agosto de 1882.—Un toro de don Vicente Martínez, en Bilbao, lo volteó aparatosamente ocasionándole varios varetazos.

12 de Octubre de 1882.—«León», toro de la ganadería de don Ildefonso Sánchez, en Madrid, también le produjo varetazos.

15 de Agosto de 1883.—«Malos pelos», toro de la ganadería de Patilla, en Orihuela, le causó magullamientos contra la barrera.

11 de Mayo de 1884.—«Cerrajero», de Veragua, lo derribó y contusionó, en Madrid.

12 de Junio de 1884.—«Ganguito», de Adalid, lo atropelló al salir en falso, en Savilla.

25 de Junio de 1884.—Un toro de la ganadería de Carreros, en Valladolid, lo cogió y contusionó al entrar á matar.

17 de Agosto de 1884.—«Herrador», de la ganadería de Benjumea, en Bilbao, al poner banderillas al quiebro, lo cogió y volteó, pateándolo en el suelo.

5 de Octubre de 1884.—«Finito», de Laffite, en Madrid, lo engancho por un sobaco volteándolo.

24 de Mayo de 1885.—«Tiznadillo», de Núñez



BEBE Y UN PICADOR DE SU CUADRILLA

de Prado, en Madrid, lo alcanzó, volteó y contusionó.

6 de Septiembre de 1885.—«Feo», de Veragua, en Madrid, cuando lo preparaba «Lagartijo» para el descabello, arrancó tras de Guerrita, y lo derribó y pisoteó.

23 de Octubre de 1885.—«Arriero», de Veragua, en Madrid, lo enganchó y volteó contusionándole.

2 de Mayo de 1886.—«Jumero», de Miura, en Cádiz, lo enganchó y volteó al entrar á matar.

14 de Julio de 1886.—«Novillo», de Lizaso, en Pamplona, lo arrolló al entrar el diestro á matar.

2 de Agosto de 1886.—Lo cogió y volteó cuantas veces entró á matar, un toro de Castrillón, en San Roque.

29 de Septiembre de 1887.—«Arrecío», de la ganadería de Gallardo, lo volteó aparatosamente en Madrid.

20 de Noviembre de 1887.—«Calderero» de la ganadería de Nandín, le produjo una herida en el cuello, en la plaza de la Habana.

1 de Enero de 1888.—«Boticario», de la ganadería de Saltillo, lo arrolló y magulló, en la Habana.

22 de Abril, de 1888.—«Codorniz», de la ganadería de Vázquez, lo enganchó y le destrozó la ropa, en Madrid.

29 de Abril de 1888.—«Pescolito», de Lafitte, en Jerez, le administró un fuerte varetazo en el pecho.

6 de Mayo de 1888.—«Polvorín», de Ripamillán, en Zaragoza, lo volteó y le infirió un puntazo en un muslo y una contusión en la frente.

21 de Mayo de 1888.—«Bonito», de Anastasio,

en Córdoba, lo enganchó aparatosamente causándole varetazos.

15 de Junio de 1888.—«Lagartijo», de Veragua, lo cogió y lo volteó lanzándolo á gran altura.

15 de Agosto de 1888.—«Navarro», de Medrano, lo pisoteó y contusionó fuertemente, en Gijón.

14 de Julio de 1889.—«Galguito», de Cámara, en Madrid, le infirió varetazos destrozándole el traje por completo.

25 de Julio de 1889.—«Retoño», de Ibarra, en Valencia, lo suspendió por una ingle, dándole un puntazo.

11 de Septiembre de 1889.—Lo atropelló en Salamanca un toro, de Carreros, al saltar el diestro la barrera.

26 de Diciembre de 1889.—«Novillo», de Lagartijo, lo derribó y pisoteó, en Córdoba.

20 de Abril de 1890.—«Farolito», de Udaeta, en Sevilla, lo enganchó y volteó al rematar un quite.

24 de Abril de 1890.—«Limeto», de Vázquez, lo enganchó y lo dejó casi en cueros, en Madrid.

4 de Mayo de 1890.—«Granadillo», de Ibarra, en Madrid, le dió un varetazo en un muslo.

17 de Mayo de 1890.—«Pandito», de Mazpule, en Madrid, lo derribó y contusionó.

24 de Junio de 1890.—«Conocedor», de Pérez de la Concha, en Jerez de la Frontera, lo trompicó, derribó y pisoteó.

6 de Julio de 1890.—«Gorrión»; de Orozco, en Madrid, lo enganchó por el pecho, desgarrándole la camisa.

8 de Septiembre de 1890.—Un toro, de Anastasio Martín, en Murcia, lo derribó al matar.

5 de Octubre de 1890.—«Granadillo», de Saltillo, en Barcelona, le dió en la cara un puntazo corrido.

13 de Octubre de 1890.—Un toro, de Zalduendo, en Zaragoza, lo volteó al estoquear.

23 de Noviembre de 1890.—«Manzanito», de Pacheco, en Valencia lo engancho y volteó aparatosamente.

22 de Marzo de 1891.—«Cotorrito», de Saltillo, en Madrid, lo derribó y pisoteó.

14 de Mayo de 1891.—«Cometo», de Hernández, lo derribó y contusionó, en Madrid.

17 de Mayo de 1891.—«Guitarrico», de Orozco, en Valencia, lo derribó y corneó.

27 de Julio de 1891.—Un toro de Ibarra lo derribó y le destrozó á cornadas la taleguilla, en Valencia.

28 de Agosto de 1892.—Un toro del Saltillo, en San Sebastián lo contusionó fuertemente en la cadera izquierda.

2 de Septiembre de 1892.—Un toro de Cámara, en Daimiel, á la salida de un quite, lo derribó.

22 de Septiembre de 1892.—Un toro de Vicente Martínez, en Logroño, le dió un varetazo en el pecho, y le hizo una pequeña herida.

20 de Agosto de 1893.—Un toro de Cámara, en Bilbao, lo engancho, volteó y pisoteó.

7 de Septiembre de 1893.—«Bragadito», de Solís, en Murcia, lo engancho é hirió al matar.

A pesar del sinnúmero de percances sufridos por Guerrita, puede considerársele como afortunado,

pues el famoso califa cordobés no se ha visto jamás en inminente peligro de muerte, como otros diestros; pero ésto se debe, aun más que á su fortuna, á su habilidad y facultades extraordinarias



PEPETE



El problema taurino del siglo XX

¡Coincidencia extraña! El siglo xx ha sorprendido al arte taurino—porque es innegable que la tauromaquia, al menos como nosotros la entendemos y consideramos, es un arte,—en la misma circunstancia y peligro que lo sorprendiera el siglo xix, é idénticas son también las causas que ahora, como entonces, han determinado ese movimiento de opinión que contra la «fiesta más nacional», como llama á las corridas de toros el ilustre conde de las Navas, agitan con vivo interés, aunque todavía con escaso fruto, los detractores del hermoso espectáculo.

Frecuentes desgracias acaecidas en las plazas impulsaron al conde de Montarco y otros hombres distinguidos de aque'la generación de 1800, á solicitar la abolición del espectáculo, cuyo origen se pierde en la lejanía de los tiempos y desgraciados accidentes, motivados éstos como aquéllos por la impericia de los lidiadores, han movido á los citados periodistas á iniciar su campaña con-

tra lo que constituye una manera de ser del pueblo español.

En el siglo xix lograron ver satisfecha su aspiración los enemigos del arte taurino, arrancando al rey D. Carlos IV la cédula de 10 de Febrero de 1805, en virtud de la cual quedaron «cesantes» todos los lidiadores de toros... ¿Conseguirán su propósito los «abolicionistas» de hoy, y encontrarán quien, como el favorito Godoy, incline al jefe del Estado á firmar un decreto de la misma índole?

Tal es el problema planteado acerca del arte taurino al comenzar el siglo xx y la solución de ese problema no la creemos muy lejana ni difícil.

O se establecen cátedras taurinas, no como la que por Real orden de 28 de Mayo de 1830 fundara en Sevilla Fernando VII, y cuya dirección desempeñó el gran Pedro Romero, sino como las que pedía el ilustre don Manuel María de Santa Ana en la proposición de ley presentada el 17 de Febrero de 1880, ó desaparece definitivamente el arte de lidiar toros.

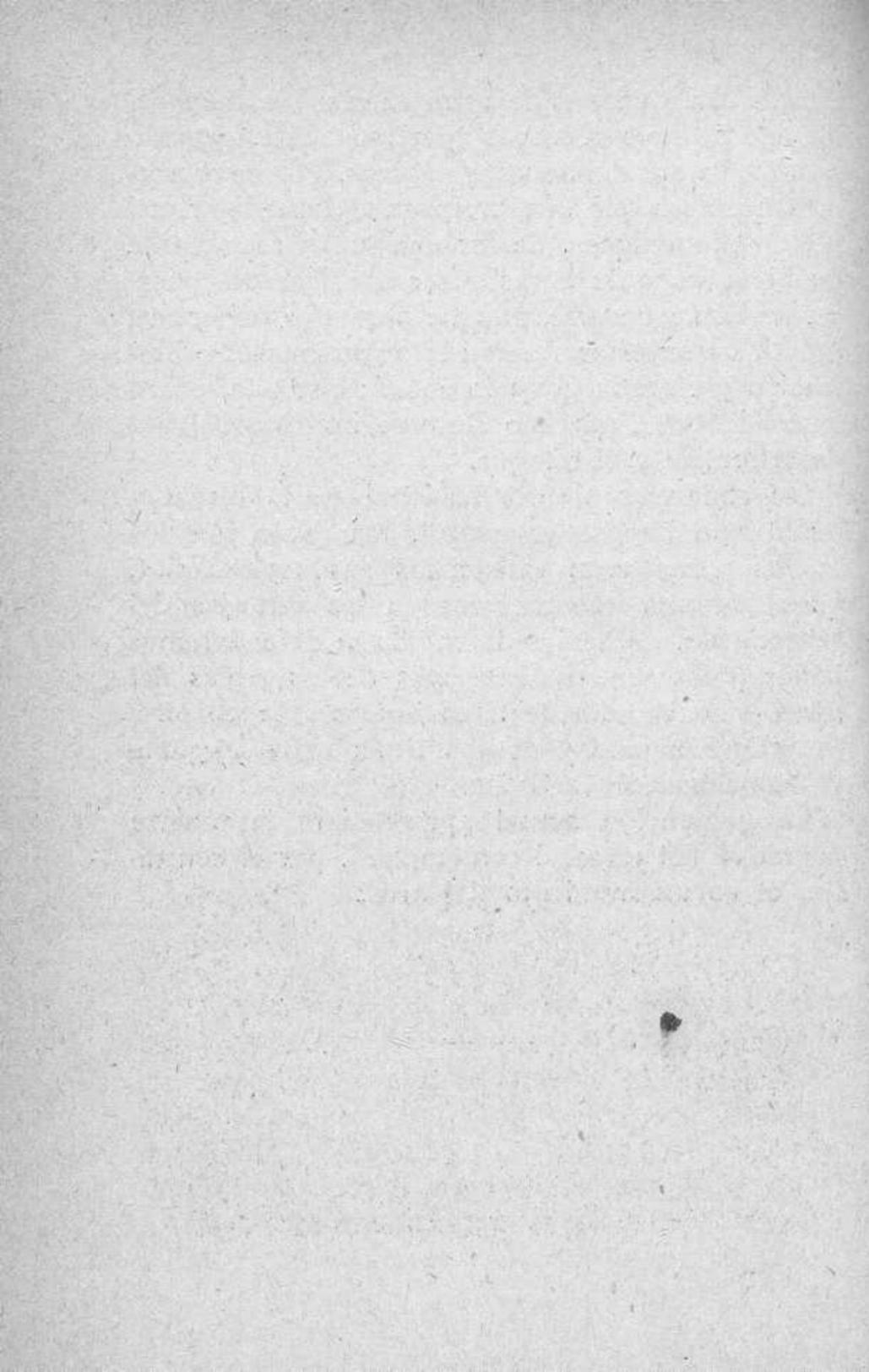
No son tan poderosos los enemigos con quienes la tauromaquia tiene que luchar en la presente centuria, como lo fueron los que obtuvieron de Felipe V el decreto de abolición de las corridas en los comienzos del siglo xviii ni como los contemporáneos del conde de Montarco; pero la labor de los abolicionistas, aunque lenta, es continua y persistente.

La civilización del siglo xx supera á la que encontraron los hombres que vieron brillar la aurora del siglo anterior; y la cultura de las mo-

dernas civilizaciones deja muy atrás á la de aquella época, cuyo recuerdo glorioso ha consignado la historia nacional en sus páginas. Por esto creemos nosotros que la tauromaquia debe dejar, así nos lo prometemos, de ser una lucha repugnante de hombres y de fieras y ser considerada únicamente como un arte, aunque para ello tuviera su práctica que estar reservada á personas de ilustración y elevada posición social; como lo estuvo antes de que Francisco Romero inventase el uso de la muleta y el estoque.

De continuar el arte nacional en la forma y modo que hoy se encuentra, más vale que los abolicionistas vean satisfechas sus aspiraciones, pues nosotros que creemos en las ventajas del espectáculo, no hemos defendido ni defenderemos jamás á los toreros ignorantes de las reglas del toreo, sino la lidia de toros bravos, que no ofrece peligro alguno y es una fiesta culta, elegante y eminentemente artística.

La generación actual ¿presenciará la muerte definitiva del toreo, ó contemplará, por el contrario, el encumbramiento del arte?



De re taurina

I

Error gravísimo es indiscutiblemente el en que están los actuales detractores del espectáculo taurino, que han seguido el movimiento de opinión iniciado hace años por los ilustres periodistas señores Navarrete y Ferreras al creer que pueda la sociedad abolicionista de las corridas de toros llegar á algo práctico en su aspiración, pues no es cosa tan fácil el suprimir de un plumazo un espectáculo, alma de la vigorosa raza española, lesionando los grandísimos intereses creados, aunque reconocemos que el estado en que actualmente se encuentra el arte taurino es muy semejante al en que se encontraba en los primeros años del siglo anterior, y las causas de dicho estado comtamente idénticas: la falta de diestros, y adviértase que no decimos de toreros, que éstos por desgracia son muchísimos, más de los convenientes.

Entonces, en la época citada, en que Pedro Romero había abandonado voluntariamente el palenque de sus triunfos, había fallecido de muerte natural Costillares y habían perecido trágicamente Pepe-Hillo en Madrid, Perucho y Antonio Romero en Granada, y José Romero en Salamanca, el arte nacional sufrió gravísimo quebranto, que sirvió de pretexto á los enemigos de la fiesta para pedir la supresión definitiva, pues la pragmática sanción expedida por Carlos III en 1785 prohibiendo el espectáculo, de nada había servido, no sólo porque no había sido general dicha prohibición, sino porque se concedían licencias para la celebración de corridas á cuantos pueblos lo solicitaban. La mala impresión que las citadas desgracias habían producido en el país, favoreció los deseos y aspiraciones de los abolicionistas de principios del siglo XIX, y á instancias de éstos, y después de la tramitación de un expediente, en el que se advertía desde luego la mala fe de cuantos en el asunto intervinieron, expediente en el que informó extensamente contra la celebración de las corridas el conde de Montarco, el monarca expidió en Aranjuez una Real Cédula, el día 10 de Febrero de 1805, denegando la concesión de licencias que se habían otorgado y prohibiendo en absoluto las fiestas de toros y novillos.

Hoy, y desde que los venerables maestros de la tauromaquia que se llamaron Rafael Molina (Lagartijo) y Salvador Sánchez (Frascuero), agobiados por la gloria inmarcesible de sus triunfos, se retiraron de los cosos, el arte, después de su más brillante época, ha venido á menos, mante-

niéndose vivo durante algunos años el entusiasmo de la afición, gracias al Califa II, el gran Rafael Guerra, que en su paso por todas las plazas de España aún dejaba entrever lo que es la lidia de toros. Retirado Guerrita, las corridas á que ahora asisten los aficionados, no son otra cosa que una repugnante lucha de hombres y fieras, que necesariamente tiene que ocasionar muchas desgracias.

La tauromaquia es un arte que tiene sus reglas precisas, y es una insensatez y una temeridad reprobable el querer practicarlas sin conocerlas. Si cuantos pisan los ruedos conocieran el arte de torear, no ocurrirían en las plazas otras desgracias que las que pudieran derivarse de las caídas que ante los toros dieran los diestros, accidente fortuito á que están expuestos el albañil que trabaja en el andamio, el minero, el maquinista, etc., etc.

Aunque no muchas, nosotros hemos presenciado algunas cogidas de toreros; pues con toda sinceridad declaramos que cuantos percances de esta índole hemos visto han sido ocasionados por la impericia de los lidiadores. Antonio Reverte fué cogido por un Veragua en Cáceres, por detenerse á mirar al público cuando estaba el torero con la muleta tendida para dar un pase; el toro se arrancó, Antonio no lo vió llegar y fué cogido. La grave cogida de Mazzantini en Badajoz, que los aficionados quizá recuerden, fué debida á haber el diestro de Elgóibar entrado á matar, hallándose el toro humillado; Montes fué cogido en Olivenza por lancear á un toro tuerto por el lado que no veía. Y así todos los demás. Lo verdade-

ramente prodigioso es que no ocurran hoy más desgracias de las que ocurren, habiendo tanto suicida.

Con todo, nosotros creemos que nada conseguirán los abolicionistas, pues no son en la actualidad tan numerosos como en 1805 los enemigos de las corridas de toros, ni los momentos por que atraviesa el país se prestan á una provocación, ni podría darse ahora, como entonces se dió, colocación á los muchos que viven exclusivamente del arte taurino. Los toreros, que, por virtud de la Real Cédula de Febrero del año citado, quedaron cesantes, fueron empleados, cada cual según sus aptitudes, pero hoy, exceptuando la media docena de matadores de toros que, con las ganancias ya obtenidas, pudieran vivir sin ejercer su profesión, ¿en dónde se iba á colocar á los demás? Aparte de que las trescientas veinte plazas de toros que actualmente existen en España son, en su inmensa mayoría, de particulares, que quedarían arruinados con la prohibición del espectáculo, y las veintitantas ó treinta á lo sumo que entonces existían, eran propiedad de las corporaciones oficiales.

Si los señores abolicionistas modernos hubieran encaminado su gestión á conseguir que no vistieran el traje de luces personas que no hubieran probado su competencia en el arte, nosotros y los verdaderos aficionados nos hubiéramos apresurado á adherirnos á ellos. Por el camino que van, creemos que no harán otra cosa que perder el tiempo.

II

No sé bajo qué aspecto considerarán los abolicionistas del espectáculo taurino las corridas de toros, ni en qué razones fundarán su pretensión; pero sí les hemos de repetir que no han de llegar á nada práctico en esta su campaña antipatriótica.

Un distinguido escritor ha dicho: «La barbarie consiste en lanzarse el hombre al peligro sin los necesarios medios de defensa, y con probabilidad, por consiguiente, de perecer víctima de su arrojo»; y como en las corridas de toros no carecen de medios de defensa los «diestros» que se dedican á lidiar reses bravas, antes por el contrario, se los suministran con exceso la inteligencia y el arte, debemos deducir lógicamente que no es un espectáculo bárbaro la hermosa fiesta española. Y antes que nos salgan al paso los... sabios, esos sabios que califican de iletrados á los cornígrafos, diciendo que ¿por qué ocurren tantos sinietros en los cosos?, tenemos que agregar que nos-

otros no llamamos «toreros» sino suicidas, bárbaros suicidas, á los que sin inteligencia ni arte se ponen ante los cornúpetos.

Más brevemente: las corridas de toros no son una barbarie; los bárbaros son los que pretenden luchar con las fieras y salir ilesos, no teniendo los medios necesarios de defensa y ya diremos otro día cómo puede corregirse este mal, que con mayor sentimiento que los abolicionistas lamentamos nosotros.

Prohiban, si quieren hacer un favor al arte taurino, que salgan á las plazas los «maletas»; pero de ningún modo el espectáculo que, aun reconociendo nosotros que es á veces ocasión de desgracias, no es ni puede ser la causa de ellas. Suprímase la causa, y ya hemos dicho cuál es, y desaparecerá el efecto.

No crean los aficionados que esa idea «luminosa» que se les ha ocurrido á los abolicionistas de las corridas de toros es idea nueva, ni mucho menos.

Muchos años antes que se expidiera la Real Cédula de 10 de Febrero de 1805 prohibiendo en absoluto, en todo el reino de España, las fiestas de toros y novillos, el Santo Padre Pío V, en su famosa Bula de 20 de Noviembre de 1567 impuso la pena de excomuni6n mayor á los Príncipes cristianos que permitiesen en sus dominios el espectáculo taurino, á los eclesiásticos que los presenciasen, á los lidiadores y á cuantos contribuyan á su celebraci6n, privando, además, de sepultura cat6lica á los que muriesen toreando.

Claro está que si tal Bula no hubiere sido abo-

lida por los Pontífices Gregorio XIII y Clemente VIII, quienes consintieron las corridas de toros sin más limitación que la de que no se verificasen en días de fiesta, nosotros, que somos católicos y en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia queremos permanecer y morir, nada hablaríamos en defensa del espectáculo ni á él tendríamos afición, aun sabiendo que los maestros de Teología de Salamanca enseñaban que los clérigos podían lícitamente concurrir á las fiestas de toros; que el Pontífice Alejandro VI asistió á ellas con la corte romana; que el católico Rey Felipe II puso el veto al informe favorable á la proposición formulada por el sacerdote señor Sosa en las Cortes celebradas en Madrid en 1566 para que se prohibiesen las corridas; que, vigente la Bula de Pío V, defendieron con energía las corridas de toros el sabio economista Juan de Molina y el Padre Martínez de Prado, á pesar de su carácter religioso; que la primera obra que se escribió «cerca de la materia de los toros», fué debida á la pluma del Padre Castañeda, jesuíta de reconocido talento; y que en muchas ocasiones se han celebrado fiestas de toros, ya para obsequiar á los clérigos, ya por éstos organizadas.

Resulta, pues, que los señores organizadores de la sociedad abolicionista de las corridas han retrocedido unos cuantos siglos para encontrar esa idea luminosa que defienden con tesón, gastando pólvora en salvas. De la dificultad de obtenerse en este propósito de abolicionistas el resultado que ellos apetecen, puede juzgarse sabiendo que la citada Bula del Pontífice Pío V no fué sufi-

ciente á concluir las corridas de toros, en un país eminentemente católico como lo es España, y en una época en que la fiesta nacional, privilegio exclusivo entonces de la nobleza, no estaba regularizado ni generalizado.

La única ocasión en que el pueblo ha dejado de concurrir al espectáculo taurino, fué cuando el rey intruso Pepe Botella, con la pretensión de conquistar simpatías, organizó en Madrid varias corridas, y franqueó gratis las puertas de la plaza; pero los aficionados taurinos, como buenos patriotas, ni á culatazos entraron á presenciar una fiesta que dejaba de ser nacional por el móvil que la promovía.

Este caso no volverá á repetirse, y pueden, por consiguiente, irse desilusionando los abolicionistas, porque las fiestas de toros y novillos no desaparecerán de España mientras los españoles dispongan de un palmo de terreno.



OSTIONCITO

III

El que no sabe es como el que no ve, y el que no ve, si se empeña en andar sin lazarillo que le guíe, se expone á romperse algo ó á dar, cuando menos, muchos tropezones; así el que desconoce el arte de los Romeros, si habla algo de tauromaquia, dice muchas tonterías.

Eso precisamente les ocurre á los abolicionistas de la fiesta nacional: que se han metido en terreno para ellos vedado, y están dando cada traspies que va á ser preciso establecer fábricas de chichoneras para que puedan preservarse de los porrazos.

Cuantos, sin otro motivo que su ridícula presunción, se «lan» de literatos, han creído que el arte de Costillares es cosa reñida con la cultura é ilustración, y han calificado de analfabetos á todos los que acerca de la materia taurina escriben. Claro está que no merece semejante tontería el ocuparse en ella; pero, como es un deber moral y una obra meritoria á los ojos de Dios

el enseñar á quien no sabe, vamos á convencer á esos... sabios que han incurrido en tan cursi vulgaridad, del error en que se encuentran, si es que de buena fe quieren convencerse.

Suponemos que algunas de esas eminencias que combaten las corridas de toros habrán oído hablar de ese librito llamado «El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha», escrito por un tal Miguel de Cervantes, y casi me atrevo á asegurar que haya, entre los que califican de iletrados á los cornígrafos, quien conozca á «Sancho Panza» y á «Dulcinea»; pues para que no se pongan en ridículo nuevamente diciendo tonterías y necedades, conviene que sepan que el «Manco de Lepanto» fué revistero de toros.

Sólo esta razón debiera bastar á los enemigos de la fiesta taurina para detenerles en su campaña; pero, como ellos creen cosa de buen tono el decir pestes contra las corridas, y no querrán dar su brazo á torcer á las primeras de cambio, hemos de agregar que Quevedo, Calderón, Lope, Moratín, Zorrilla, Cánovas del Castillo, González Bravo, el conde de Salazar, Menéndez Pelayo, Rodríguez Rubí, Albareda, Martos Jiménez, Ortega Munilla, Moya y otros hombres eminentes de igual altura, cuya lista sería interminable, escribieron de tauromaquia con entusiasmo, para enaltecer el arte que ha inmortalizado á Pepe-Hillo, Cúchares y otros muchos.

Pero, es claro; ¡en algo han de diferenciarse los literatos de verdad, los que con su talento engrandecieron la patria, de los necios presuntuosos!

Aquéllos tributaron al espectáculo típico del pueblo español los elogios dignos de su grandeza; éstos hablan de la fiesta nacional con todo el estúpido desdén de la ignorancia. Porque conviene advertir que los taurófobos no desperdician ocasión de predicar contra el toreo; pero concurren á las corridas, siempre que tienen para ello ocasión, sugestionados por la sublime grandeza de la lidia, que no pueden comprender.

Por interés propio, por egoísmo, no deben los abolicionistas calificar de iletrados á los cornígrafos, cuando no tengan, para justificar el calificativo, otra razón que la de que éstos escriben de cosas taurinas, pues así pondrán de manifiesto que desconocen la literatura española, y no sienta bien tal desconocimiento en quien aspira á ser considerado como escritor erudito.

Quien, por desconocer el arte de lidiar toros, no sea partidario de la fiesta nacional, lo mejor que debe hacer para disimular su ignorancia, es no hablar del asunto, pues hablar de lo que no se entiende y, sobre todo hablar mal, es provocar la risa, lo cual es mil veces peor que provocar el enojo.

Indudablemente todos los argumentos que, en pro de su teoría, exponen los detractores del espectáculo nacional, pueden combatirse hasta no dejar de ellos el más diminuto grano de la arena moveediza sobre que se asientan; pero, por lo mismo que la tarea es fácil y poco meritoria por lo tanto, no vale la pena de impugnar á enemigos tan pequeños, ya que la victoria no ha de reportar prez alguna al vencedor.

El vencedor en este caso es el aficionado á la fiesta nacional, el sublime, grandioso, noble y patriótico espectáculo español, de los españoles y para los españoles.

CARTA HISTORICA (1)

sobre el origen y progresión de las fiestas de toros en España, que por encargo del principe de Pignatelly, escribió don Nicolás Fernández de Moratin el año 1776.

Excmo. Sr. Príncipe de Pignatelly:

El asunto sobre que V. E. se ha dignado mandarme escribir, ha sido siempre tan olvidado como otras cosas de nuestra España; por lo que faltándome Autores que me den luz, diré las pocas noticias que casualmente he leído, y algunas que de las conversaciones se me han quedado en la memoria.

Las Fiestas de Toros conforme las executan los Españoles, no trahen su origen, como algunos piensan, de los Romanos, á no ser que sea un origen muy remoto, desfigurado, y con violencia; porque las fiestas de aquella Nación en sus Circos y Amphiteatros, aun quando entraban Toros en ellas, y éstos eran lidiados por los hombres,

(1) El extraordinario interés que encierra este documento para la historia del llamado **Arte Nacional**, nos mueve á insertarlo en este libro, creyendo otorgar así un favor á los aficionados que lo deseen conservar.

eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron origen á nuestras fiestas de toros, se podrá también afirmar que todas las acciones humanas deben su origen á los antiguos y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma Naturaleza.

Buen exemplo tenemos de esto en los indios del Orinoco, que sin noticia de los Espectáculos de Roma, ni aun de las Fiestas de España, burlan á los Caymanes ferocísimos, con no menor destreza que nuestros Capeadores á los Toros: y el burlar y sujetar á las Fieras de sus respectivos países, ha sido siempre ejercicios de las Naciones, que tienen valor naturalmente, aun antes de ser esto aumentado con artificio.

Pero pasando de los discursos á la Historia, es opinión común en la nuestra, que el famoso Rui, ó Rodrigo Díaz de Vibar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los Toros á caballo. Esto debió de ser por bizarría particular de aquel Héroe; pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo ix tuvo unas Fiestas públicas que se reducían á soltar en una Plaza dos Cerdos, y luego salían dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada qual con un palo en la mano buscaba como podía al Cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el Gallo, siendo la diversión de este regocijo el que, como ninguno veía, se solían apalea bien.

No obstante esto, el Licenciado Francisco de Cepeda, en su «*Ressumpta Historial de España*», llegando al 1.100, dice: «Se halla en memorias

»antiguas que (este año) se corrieron en Fiestas
»públicas Toros, espectáculo sólo de España, et-
»cétera, etc.»

También se halla en nuestras Crónicas, que el año 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con Doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones hubo también Fiesta de Toros.

Entonces se cree que empezaron á componer las Plazas, y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo grangería de este trato, habiendo Arrendatarios para ello, que sin duda serían Judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del Marqués de Villena, y de aquel Estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de Toros, y se la cayó el chapín, etc., etc. Y lo cierto es, que quando este monarca Don Juan se casó con Doña María de Aragón en 20 de Octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas Fiestas de Toros.

Prosiguió esta gallardía en tiempo de los Reyes Cathólicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma Reyna Doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevía á prohibirla, como lo dice en una Carta, que escribió desde Aragón á su Confesor Fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: «De los toros sentí lo que Vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinación de nunca más verlos en mi vida, ni ser en que se corrian; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.»

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo Emperador Carlos V, aun con haver nacido y criándose fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el Rey Felipe II. También Carlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un javalí, que había muerto quince sabuesos, herido diez y siete, y á un Montero, lo qual es una especie de toreo. También Felipe II mató así otro javalí en el bosque de Heras, donde le hirió el caballo, y otra vez en Valdelatas donde le rompió el borceguí de una navajada.

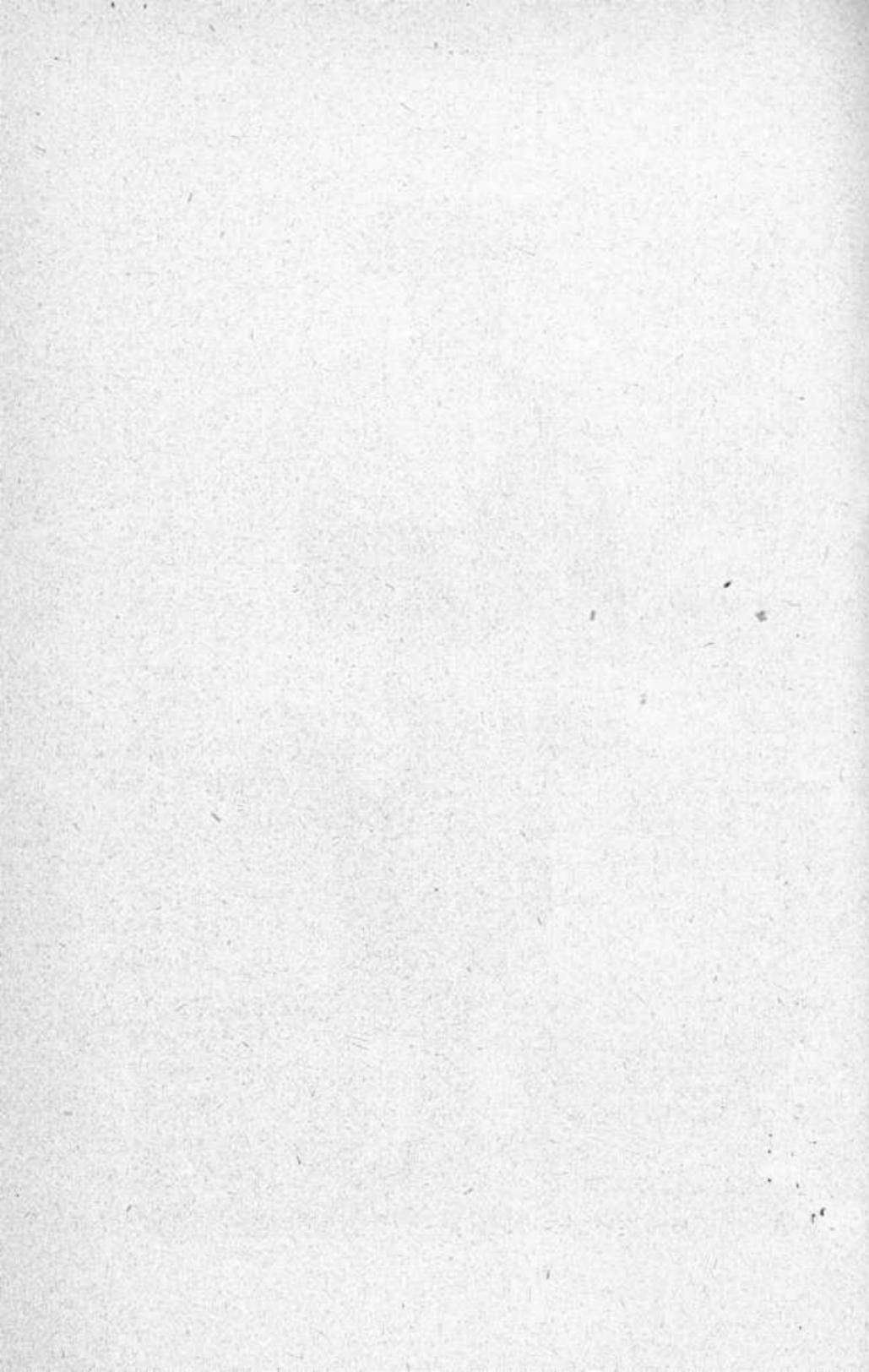
Felipe III renovó, y perfeccionó la Plaza de Madrid en 1619. También el Rey Don Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató más quatrocientos javalíes, ya con Estoque, ya con la Lanza y ya con la Horquilla.

Así prosiguieron las Fiestas por todo el Reynado de Carlos II, las quales cesaron á la venida del Señor Felipe V, y la más solemne que hubo fué el día 30 de Julio del año de 1725, á la que asistieron los Reyes, en la Plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas, y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia, y con poco gusto, por no ser inclinados á estas Corridas; y esto produjo una nueva habilidad, y forma una cierta, y nueva Historia de los Toros.

Estos espectáculos, con las circunstancias notadas, los celebraron en España los Moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas Cortes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa. De los



BARQUERITO



Moros lo tomaron los Chistianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

Para ver acosar toros valientes
Fiesta un tiempo Africana, después Goda,
Que hoy les irrita las sobervias frentes, & &



Pero es de notar que eran estas Funciones solamente de Caballeros, que alanceaban, ó rejonaban á los toros siempre á caballo, siendo esto empleo de la primera Nobleza y sólo se apeaban al empeño de á pie, que era quando el toro le hería algún Chulo, ó al caballo, ó se perdía el Rejón, la Lanza, el Estribo, el Guante, el Sombrero, etcétera; y se cuenta que los Caballeros Moros, Christianos, que en tal lance, hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercén de una cuchillada, como Don Manrique de Lara, y Don Juan Chacón, etcétera.

Los Moros torearon aun más que los Christianos, porque éstos, además de los Juegos de Cañas, Sortijas, etcétera, que también tomaron de aquellas Empresas, Aventuras, Justas y Torneos, etcétera, de que fueron Teatros Valladolid, León, Burgos y el sitio del Pardo; pero extinguidas las

contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun más en Francia todo se reduxo acá á las Fiestas de Toros, á las cuales se aficionaron mucho los Reyes de la Casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy un Padre, que se acuerda de haver visto á Carlos II, á quien sirvió autorizar las Fiestas Reales, de las cuales había tres votivos al año en la Plaza Mayor á la vista del Rey, sin contar los extraordinarios y los de fuera de la Corte. Ya se ha dicho que estas Fiestas eran solamente empleo de los Caballeros entre Christianos y Moros; entre éstos hay memoria de Muza, Malique-Alaber y el animoso Gazul.

Entre los Christianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Felada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño, etcétera. También fué insigne el conde de Villamediana y don Gregorio Gallo, caballero de S. M., y del orden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la Plaza, y inventó la espinillera para defensa de la pierna, que por él se llamó Gregoriana.

El poeta Tafalla, celebra á los caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de Don Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, también diré, que mi abuelo materno fué muy diestro, y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondesor, conde de Tendilla. Y el duque de Medina-Sidonia, visabuelo de este señor que hay hoy día, era tan diestro, y valiente con los toros,

que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decía, que las verdaderas cinchas habían de ser las piernas del jinete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos, en las bodas de Carlos II con Doña María de Borbón, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros.

Don Nicolás Rodrigo Novella imprimió el año de 1726 su «Cartilla de torear», y en su tiempo eran buenos Caballeros Don Gerónimo de Olaso y Don Luis de la Peña Terrones, del Abito de Calatrava, Caballerizo del Duque de Medina-Sidonia, y también fué muy celebrado Don Bernardino Canal, Hidalgo de Pinto, que rejoneó ante el Rey con mucho aplauso el año de 25, y aquí se puede decir que se acabó la raza de los Caballeros (sin quitar el mérito de los vivos) porque como el señor Felipe V no gustó de estas Funciones, lo fué olvidando la Nobleza; pero no faltando la afición de los Españoles, sucedió la Plebe á exercitar su valor, matando los Toros á pie, cuerpo á cuerpo con la Espada, lo qual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo menos su perfección) es hazaña de este siglo.



Antiguamente eran las Fiestas de Toros con mucho mayor desorden, y amontonada la gente,

como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubillo de Aragón, del qual no hablaré por ser barbaridad inimitable, ni de los Despeñaderos para los toros de Valladolid, y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquiera nación; y así se dice, que en unas Fiestas del Rey Chico de Granada, mató un toro cinco, ó seis hombres, y atropelló más de cincüenta. Sólo se hacía lugar á los Caballeros, y después tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pie (que entonces no había toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometían al toro, acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando) y otros le remataban con chuzos, y á pinchazos con el estoque corriendo, y de pasada, sin esperarle, y sin habilidad, como aun lo hacen rústicamente los mozos de los lugares; y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Alhóndiga.

Hoy esto es insufrible; y no obstante en la citada fiesta del año 25, delante de los mismos reyes, y en la Plaza de Madrid, se mataron así los toros desjarretados, y que vive quien lo vió, y lo pinta así la Tauromachía escrita aquel año; prueba evidente de que no había mayor destreza. Los que desjarretaban eran esclavos moros; después fueron negros y mulatos, á los que también hacían los señores aprender á esgrimir para su guarda; lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su Jerusalén de desjarretar dice:

.... Que en Castilla los esclavos

Hacen lo mismo en los toros bravos.

Quando no había Caballeros se mataba á los toros tirándoles garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Gerónimo de Salas Barbadillo, Juan de Yaque y otros autores de aquellos tiempos; y hasta que tocaban á desjarretar, los capeaban también, cuyo ejercicio de á pie es muy antiguo, pues los moros lo hacían con el Albornoz y el Capellar.

Mi anciano padre cuenta que en tiempos de Carlos II, dos hombres decentes se pusieron en la Plaza delante del balcón del Rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los pies del suelo, por más que repetidas veces les acometiese el toro, al qual burlaban con sólo un quiebro de cuerpo, ú otra leve insinuación; lo que agradó mucho á la corte.

El año de 26, se evidenció por Noveli que todavía no se ponían las vanderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpón. Por este tiempo empezó á sobresalir á pie Francisco Romero el de Ronda, que fué de los primeros que perfeccionaron este Arte, usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara, y á pie firme, y matándole cuerpo á cuerpo, y era una cierta ceremonia, que el que esto hacía llevaba calzón y colete de ante, correón ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas.

Hoy que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetán, fundando la defensa no en la resistencia sino en la destreza, y agilidad. Así empezó el estoquear, y en quantos libros se hallan escritos en prosa, y en verso sobre el asunto, no se halla noticia de ningún estoqueador, habiendo

tanta de los Caballeros, de los Capeadores, de los Chulos, de los Parches y de la Lanzada de á pie; y aun de los Criollos, que enmaromaron la primera vez al toro en la Plaza de Madrid en tiempo de Felipe IV.

También debo decir, no obstante, que en la Alcarria, aun viven ancianos, que se acuerdan haber visto al nombrado Abuelo mío, tender muerto á un toro de una estocada; pero esto, ó fué acaso, ó gentileza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó también Potra el de Talavera, y Godoy caballero extremeño.

Después vino el fraile de Pinto, y luego el Fraile del Rastro; y Lorenzillo, que enseñó al famosa Melchor, y el célebre Martincho con su cuadrilla de Navarros, de los quales ha havido grandes vanderilleros, y capeadores, como lo fué, sin igual, el diestrísimo licenciado de Falces.

Antiguamente hubo también en Madrid Plaza de Toros junto á la Casa del Duque de Lerma, hoy del de Medina-Celi, y también ácia la Plaza de Antón Martín, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Triste.



Poco después que se hizo la plaza redonda en el Soto Luzón, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada, quadrillas de Navarros y Andaluces, que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo, el Malagueño, que aun vive; y entre otros de menor nota, se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid, con su hijo Pedro Romero, el qual, con Joaquín Rodríguez, ha puesto en tal perfección este Arte, que la imaginación no percibe que sea ya capaz de adelantamiento.

Algunos años há, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de quatro á seis estocadas, ni en que éstas fuesen altas ó baxas, ni en que le despaldillase ó le degollase, etcétera, pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe. Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una Dama, y no á matar de una estocada á una fiera tan espantosa.

Y aunque algunos reclaman contra esta función llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversión; y nuestra difunta Reyna Amalia, al verla, sentenció: «Que no era barbaridad, como la ha-

»vían informado, sino diversión donde brilla el valor y la destreza.»

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las vastas de toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfección á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo más noticias.

Quedo no obstante, muy gozoso de haver servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

Nicolás FERNANDEZ DE MORATIN.

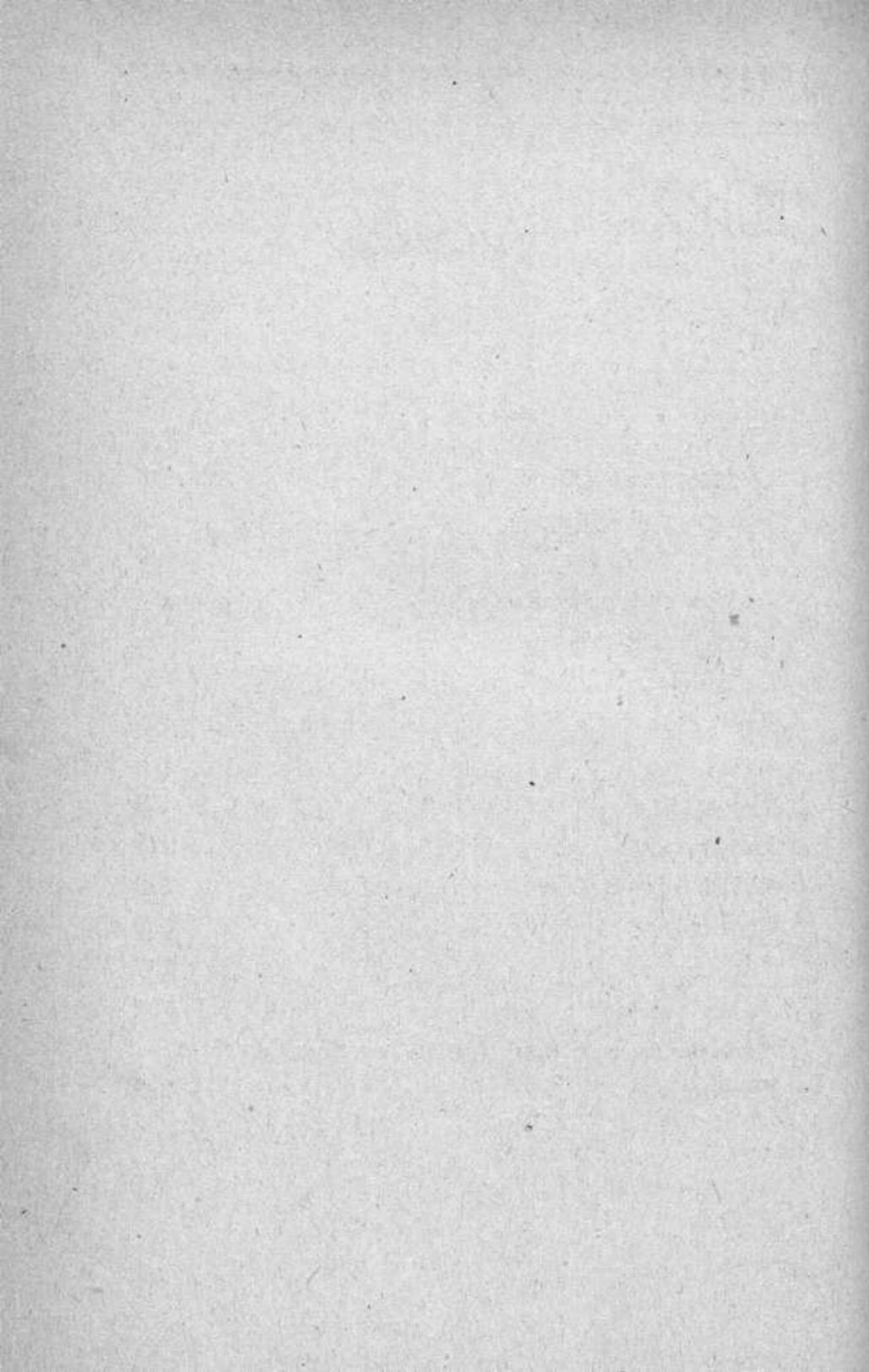
Madrid 25 de julio de 1776.

FIN



INDICE

	<u>Págs.</u>
El Vaquerillo.	5
La muerte de Ginesillo.	17
Venganza de Filigranas.	27
Flor de la Sierra.	47
La fiesta del Patrono.	65
Cuadrilla de pájaros.	79
La Silfide.	91
Regalo de boda.	105
La Chavala.	119
Fuensantica.	139
La gitana.	149
Rafael Guerra (<i>Guerrita</i>).	179
El problema taurino en el siglo XX.	189
Paquita.	167
De re taurina.	193
Carta histórica de don Nicolás Fernández de Mo- ratón.	205



OBRAS DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

MARAVILLAS AMERICANAS

CURIOSIDADES GEOLÓGICAS Y ARQUEOLÓGICAS,

PERSPECTIVAS, TRADICIONES,

LEYENDAS, EPISODIOS HISTÓRICOS,

ALGO DE TODO

POR LA

BARONESA DE WILSON

Este libro de la escritora más popular en América, es ameno, entretenido, curioso y por extremo atrayente é instructivo. Puede clasificarse entre los que proporcionan, no sólo grato solaz, sino encanto singular, que se renueva á cada página, cautiva el ánimo y le suspende con las brillantes descripciones, los bosquejos de costumbres interesantes, los episodios sensacionales que relata con singular maestría.

Enlázase en el conjunto de la obra lo primitivo con lo prehistórico, la época contemporánea con la colonizadora; y sus cuadros, en fin, trazados á vuela pluma constituyen fieles copias de la vida americana.

2 tomos de 238 y 220 páginas con 56 correctos grabados fotográficos

5 PESETAS

La Revolución Portuguesa

POR

JOSÉ BRISSA

Completísimo libro que contiene cuanto se refiere á tan importante suceso histórico.

Después de un ligero resumen de los principales hechos de la casa Braganza y de las causas que ocasionaran el regicidio cometido por Buíça en Terreiro do Paço, relátase los preparativos revolucionarios llevados á cabo por los prohombres de la República, la muerte de Dos Reis y el esfuerzo supremo del bravo oficial de la marina portuguesa Machado dos Santos que inició el triunfo de la causa defendida por los libertadores de Portugal.

Los momentos trágicos de la revolución están descritos según relatos de testigos presenciales, con toda la conmovedora grandeza del movimiento republicano.

Son bellísimas las ilustraciones de esta obra; vistas de barricadas y efectos de los proyectiles, campamentos de tropas revolucionarias, artillería que luchó en las calles de Lisboa, retratos de los reyes, ministros, revolucionarios que más se distinguieron, é infinidad de notas curiosas fotografiadas, y que resaltan con todos sus detalles por estar impreso el libro en magnífico papel satinado.

Un tomo de **320** páginas y **135** grabados.

PRECIO: 2 pesetas

LA REVOLUCION DE JULIO EN BARCELONA

SU REPRESION, SUS VICTIMAS

PROCESO DE FERRER

RECOPIACION COMPLETA DE SUCEOS Y COMENTARIOS

por **JOSÉ BRISSA**

(TERCERA EDICIÓN)

Esta interesante y completísima obra que contiene una amplia relación de los acontecimientos ocurridos en España desde el comienzo de la guerra del Rif, y especialmente en Barcelona, hasta fin de Enero de 1910, va adornada con ciento diecisiete ilustraciones fotográficas: vistas del Consejo de guerra, barricadas, retratos, etc., etcétera, está impresa en excelente papel satinado, consta de 352 páginas y cuesta **DOS PESETAS**.

Encuadernada en tela, con planchas doradas,
TRES PESETAS.

ESPAÑA EN MARRUECOS

Crónica de la campaña de 1909 con magníficas ilustraciones de corresponsales y dibujantes particulares

por

A. RIERA

(CUARTA EDICIÓN)

Esta importante obra forma un hermoso volumen (25×16½) de 416 páginas, impreso en buen papel satinado y adicionado con un mapa plegable de las posesiones conquistadas por España en el Rif y ocho láminas litográficas.

Precio: 3'50 pesetas. Encuadernada en tela, con planchas doradas, 5 pesetas.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

NUEVA EDICIÓN

IMPRESA EN PAPEL INDIANO

Forma un reducido y manuable volumen de 16 centímetros de largo por 11 de ancho y 2 de grueso y 275 gramos de peso; consta de 928 páginas, va impreso en papel indiano, que á pesar de su finura no es transparente, está compuesto en tipos nuevos, claros y legibles, y va encuadernado en tela flexible. Cada ejemplar está encerrado en su estuche correspondiente.

Esta curiosa y perfecta edición de la admirable obra del *Príncipe de los Ingenios*, que puede rivalizar con sus semejantes en cuanto á su presentación y demás condiciones materiales, se vende en todas las librerías al precio de 4 pesetas.

RECOPIACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS

POR

LUIS GONZAGA TAPIA

Año 1841. (5.^a edición) Corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia. Cuatro tomos en folio y en dos grandes volúmenes, encuadernados en pasta española.—70 pesetas.

EL COCINERO UNIVERSAL

Es un tomito de gran utilidad para las familias y que no debe faltar en el ajuar de ninguna mujer que pretenda ser buena ama de gobierno.

Se recomienda asimismo por su economía.

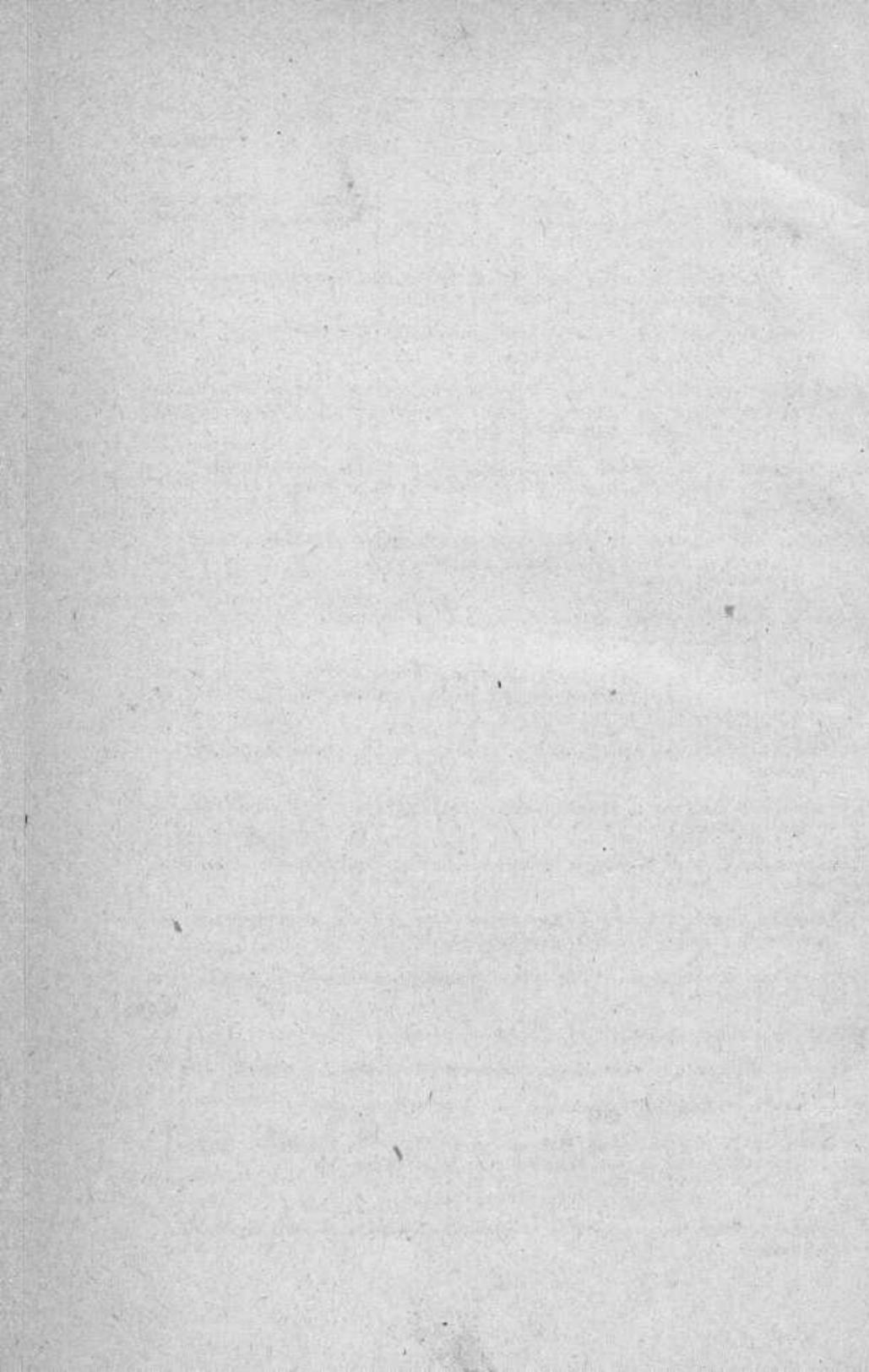
Precio: 50 céntimos.

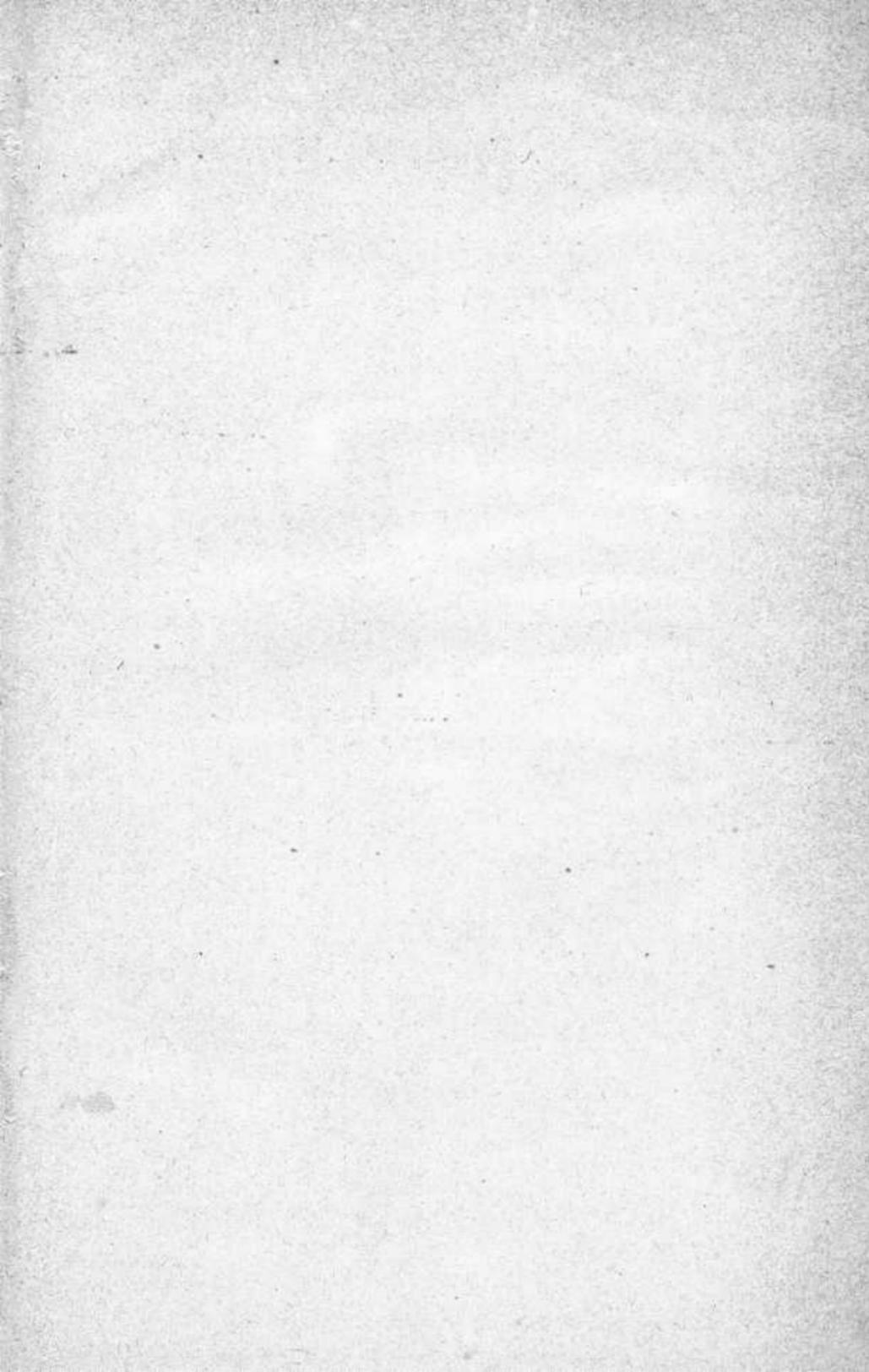
Obras poéticas

- Obras poéticas de José Bapromontó.**—Magnífica edición ilustrada con ocho primorosas láminas.—2 pesetas.
- Obras completas de D. Ramón de Campoamor.**—Cuatro tomos ilustrados: 1.^o *Los pequeños poemas*, 2.^o *Doloras y Humoradas*, 3.^o *Poemas*, 4.^o *Poesías y castares*.—Cada tomo 2 pesetas.
- La Poesía en el mundo, por M. R. Bianco Belmonte.**—Un hermoso tomo profusamente ilustrado.—2 pesetas.
- Parnaso argentino.**—Poesías selectas recopiladas. Edición ilustrada con veintiséis retratos, un tomo.—2 pesetas.
- Parnaso venezolano.**—Selecta recopilación de las mejores poesías, impresas sobre magnífico papel satinado. Un tomo de 470 páginas, ilustrado con más de treinta retratos.—2 pesetas.
- Parnaso cubano.**—Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Adrián del Valle, con un prólogo del mismo.— Ilustrada con 42 retratos 2 pesetas
- Poesías completas de José Santos Chocano.**—Nueva edición cuidadosamente corregida por el autor, con un prólogo de *M. González Prada*, un tomo.—2 pesetas.
- Tesoro del Parnaso americano.**—Obra ilustrada con retratos, dos tomos.—4 pesetas.
- Poesías escogidas de Juan de Dios Peza.**—Única edición autorizada por el autor y aumentada con varias composiciones inéditas. Un tomo.—2 pesetas.
- Obras de Manuel Acuña.**—Un tomo con 8 magníficas ilustraciones.—2 pesetas.
- Poesías de Antonio Plaza.**—Un tomo ilustrado con 8 primorosas láminas.—2 pesetas.
- Pasionarias, por Manuel Flores.**—Edición ilustrada con 8 preciosas láminas.—2 pesetas.
- Futilizas, por J. Ferrer Esteller.**—Un precioso tomo ilustrado, encuadernado en tela, con planchas doradas.—2 pesetas.
- El Parnaso Mexicano.**—Antología completa de sus mejores poetas. Un tomo.—2 pesetas.
- Poesías de Andrés Bello.**—Un tomo.—2 pesetas.
- Parnaso chileno.**—Un tomo ilustrado con 30 retratos 2 pesetas.
- Poesías de Olegario V. Andrade.**—Un tomo, 2 pesetas.
- Poesías de José Asunción Silva.** Con prólogo de Unamuno. Un tomo, en rústica. 2 pesetas. Encuadernado en tela.—3 pesetas.

~~~~~

Cada uno de estos tomos cuesta 2'50 pesetas encuadernado en tela con plancha dorada.





# OBRAS DE CAROLINA INVERNIZIO

de venta en esta Casa Editorial

## LOS MISTERIOS DE FLORENCIA

(Cuatro tomos)

- |                                     |                                  |
|-------------------------------------|----------------------------------|
| 1.º LA HUÉRFANA DE LA JU-<br>DERIA. | 3.º EL ESPECTRO DEL PA-<br>SADO. |
| 2.º PASIONES Y DELITOS.             | 4.º LOS AMORES DE MARCELO.       |

LA MUJER FATAL, 2 tomos.  
CORAZON DE MADRE, 2 tomos.  
LA SEPULTADA VIVA, 2 tomos.  
RINA O EL ANGEL DE LOS AL-  
PES, 2 tomos.  
EL BESO DE UNA MUERTA, un  
tomo.  
LA VENGANZA DE UNA LOCA  
(2.ª parte de *El beso de una  
muerta*). 1 tomo.  
EL CRIMEN DE LA CONDESA, un  
tomo.  
EL RESUCITADO (2.ª parte de *El  
crimen de la condesa*), 1 tomo.  
LA PECADORA, 1 tomo.  
LAS HIJAS DE LA DUQUESA, un  
tomo.  
EL ERMITAÑO (2.ª parte de *Las  
hijas de la duquesa*), 1 tomo.

LA MALDITA, 1 tomo.  
EL HIJO DEL AHORCAÑO (2.ª  
parte de *La maldita*), 1 tomo.  
PARAISO E INFIERNO, 1 tomo.  
EL ULTIMO BESO, 1 tomo.  
EL GENIO DEL MAL, 1 tomo.  
EL SECRETO DE UN BANDIDO  
1 tomo.  
LA LUCHA POR EL AMOR, un  
tomo.  
LAS VÍCTIMAS DEL AMOR, un  
tomo.  
CORAZÓN DE OBRERO, 2 tomos.  
AVENTURERA, 2 tomos.  
HEROISMO DE UNA MUJER, (2.ª  
parte de *Aventurera*), 1 tomo.  
AL BORDE DEL ABISMO, 1 tomo.  
LAZO FUNESTO (2.ª parte de *Al  
borde del abismo*), 1 tomo.

## LAS TRAGEDIAS DE LOS CELOS

(Cuatro tomos)

- |                                   |                                    |
|-----------------------------------|------------------------------------|
| 1.º DORA Ó LA HIJA DEL<br>ASESINO | 3.º EL COFRE MISTERIOSO.           |
| 2.º LOS MARTIRIOS DEL AMOR.       | 4.º EL CASTIGO DE UN MAL-<br>VADO. |

## CADENA ETERNA

(Cuatro tomos)

- |                                  |                                      |
|----------------------------------|--------------------------------------|
| 3.º LA BODA TRÁGICA.             | 3.º HIJA SIN PADRES.                 |
| 1.º LA HIJA DEL CEMENTE-<br>RIO. | 4.º EL TRIUNFO DE LA INOCEN-<br>CIA. |

LA REINA DEL MERCADO, dos  
tomos | AMOR TRIUNFANTE (2.ª parte de  
*La Reina del Mercado*), un tomo

## MISTERIOS DEL CRIMEN

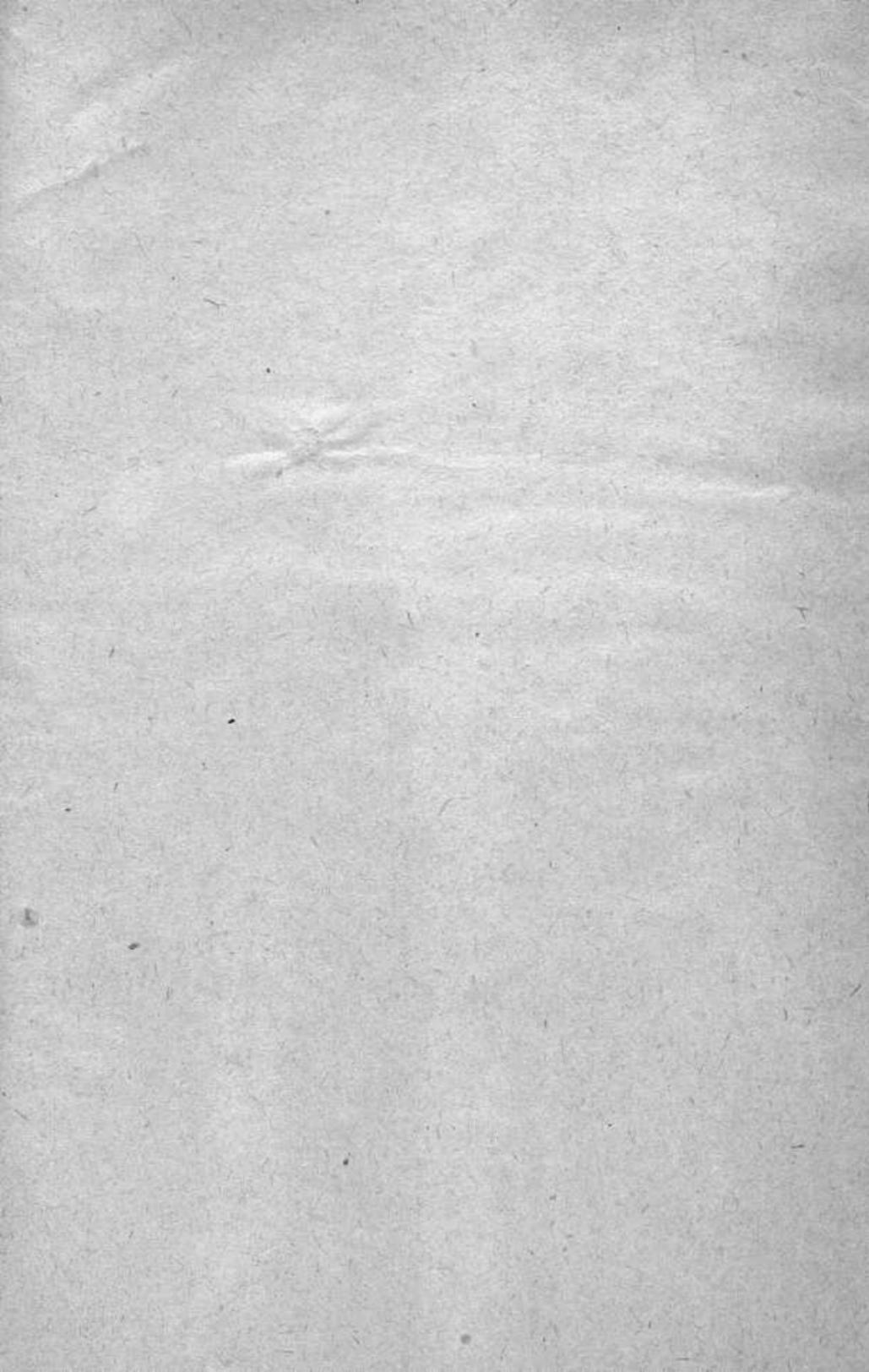
(Cuatro tomos)

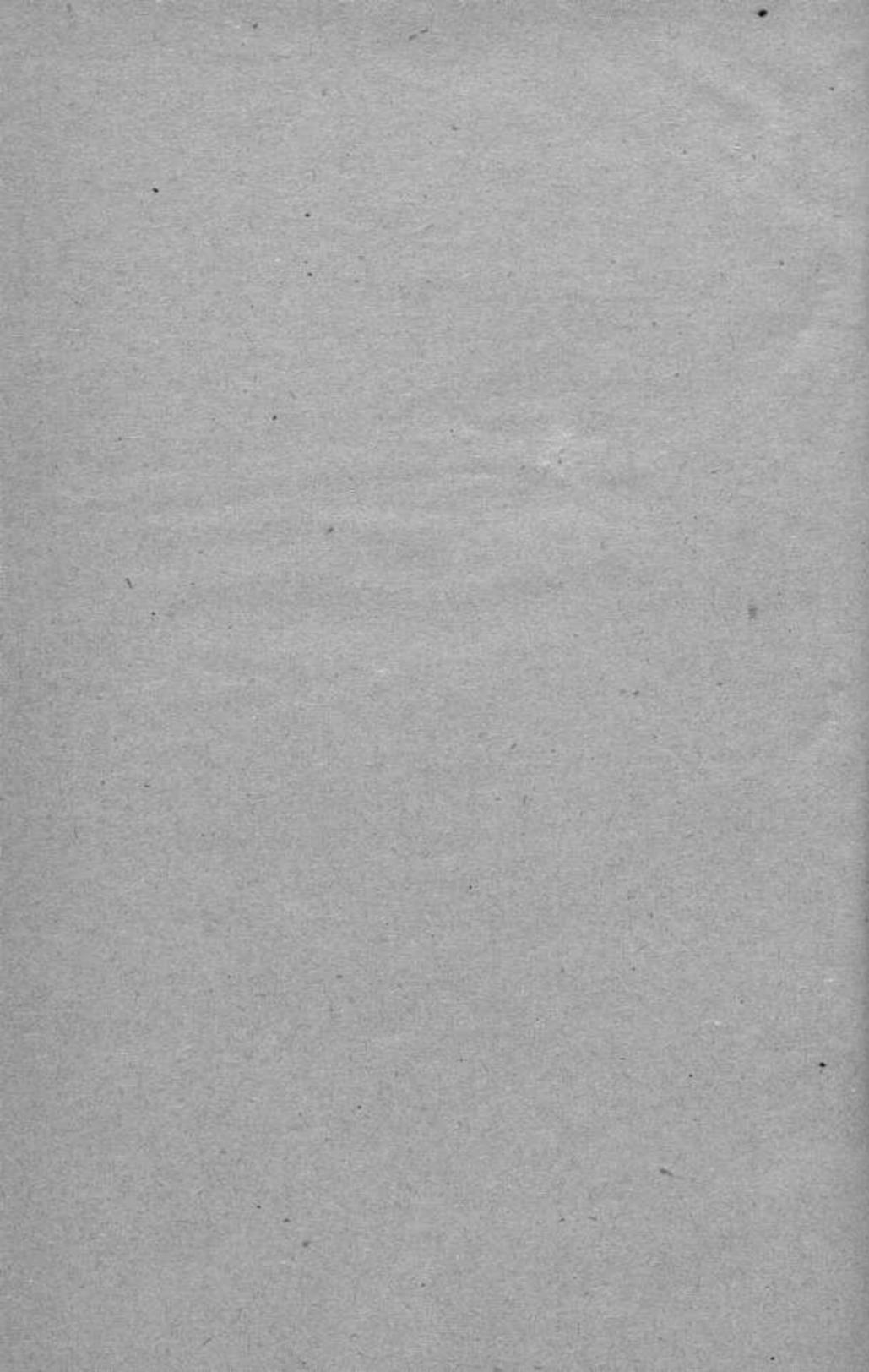
- |                           |                                 |
|---------------------------|---------------------------------|
| 1.º SATANELA.             | 3.º EL SUPLICIO DE LA INOCENCIA |
| 2.º LA MANO DE LA MUERTA. | 4.º JUSTICIA DIVINA.            |

LA CIUDAD MISTERIOSA, dos to-  
mos.  
LOS DESESPERADOS, (2.ª parte de  
*La Ciudad Misteriosa*), dos tomos  
LAS DESHONRADAS (3.ª parte de

*La Ciudad Misteriosa*), dos tomos  
EL CALVARIO DE UNA MADRE dos  
tomos.  
ARREPENTIMIENTO (segunda parte  
de *El Calvario de una madre*)

Precio: una peseta cada tomo.





# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

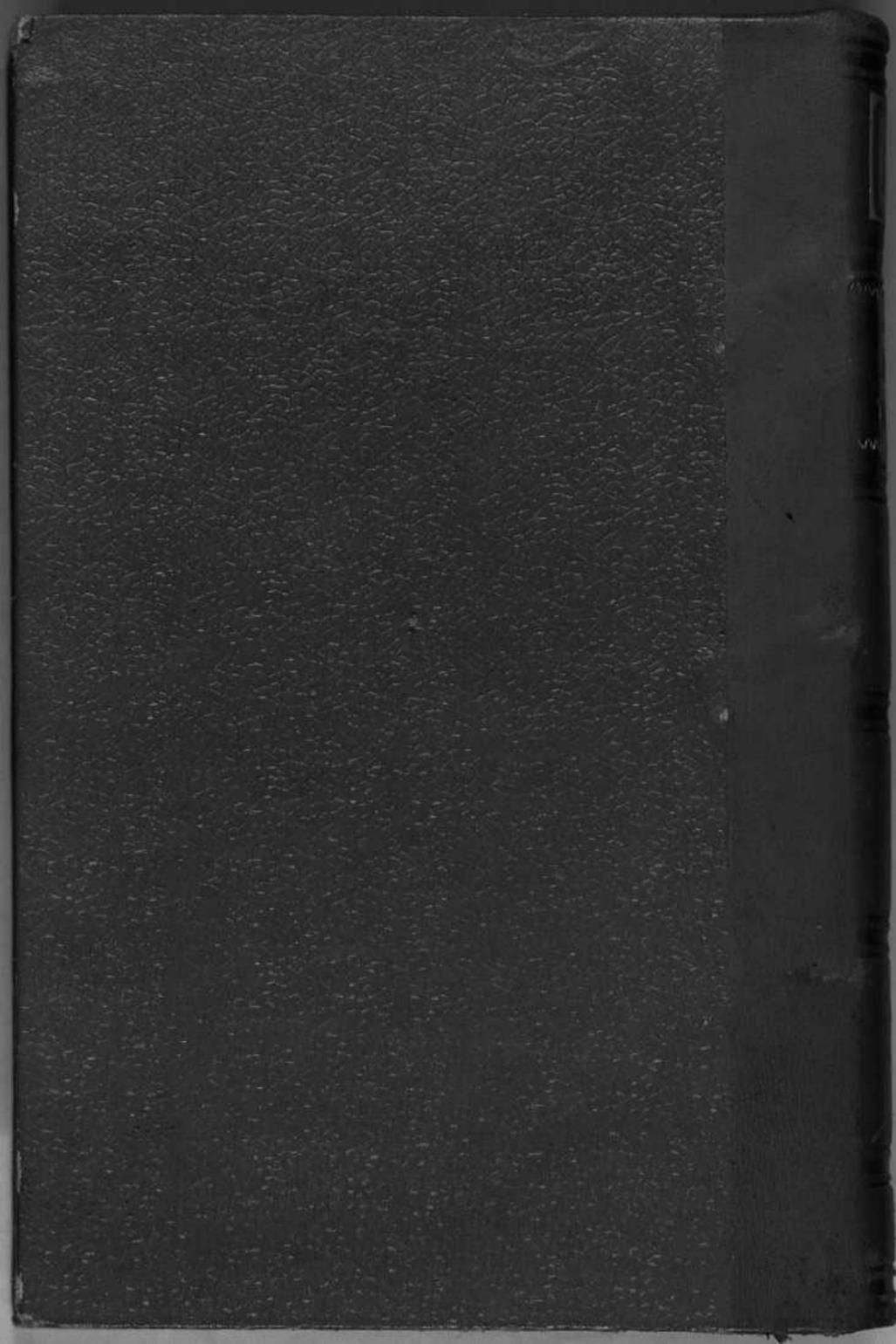
Pesetas.

Número... 289 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición .....

Tabla... 6 | Valoración actual.....

Número de tomos.. .....



289.

~~~~~  
CABAÑAS

ALMA

TORERA
~~~~~